

00466



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

PROPAGANDA GUERRILLERA EN EL SALVADOR:
DE LA GUERRA A LA PAZ; DE LA CLANDESTINIDAD
A LA LEGALIDAD

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
**MAESTRIA EN CIENCIAS
DE LA COMUNICACION**
P R E S E N T A
RITA CEBALLOS NAREDO

ASESORA: YOLANDA MEYENBERG LEICIGUI

MEXICO, D. F.

2001



Universidad Nacional
Autónoma de México



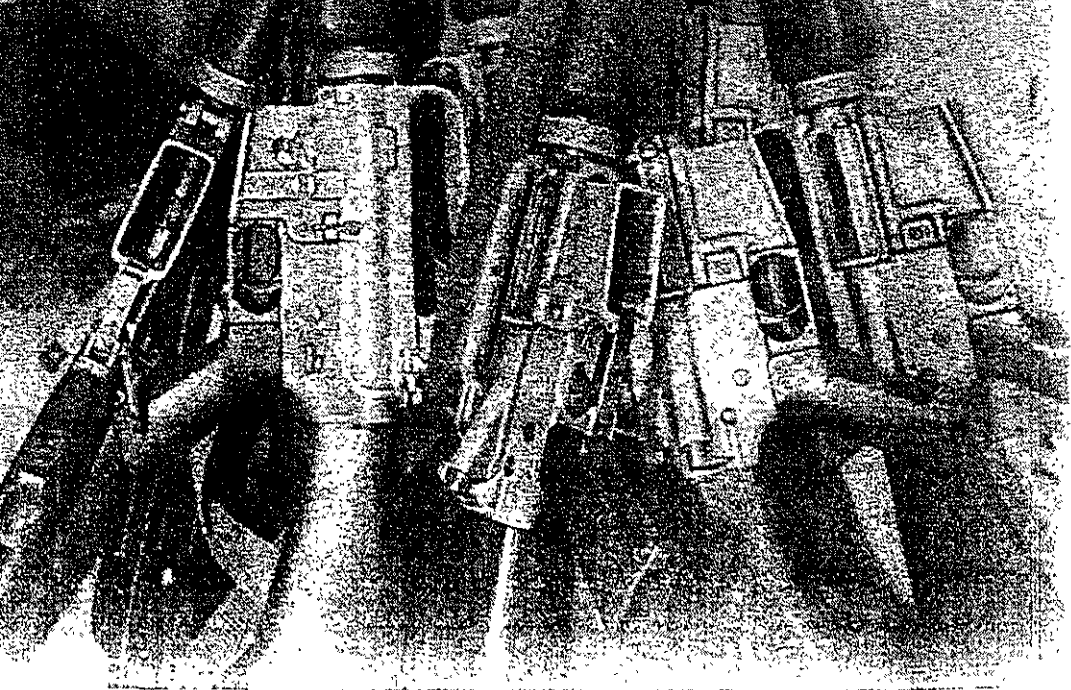
UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**Propaganda Guerrillera en
El Salvador: de la guerra a la paz,
de la clandestinidad a la legalidad**



A los salvadoreños, por su heroísmo; a “Chusón”, donde sea que esté, y a Juan José Dalton, que siempre está conmigo.

A mis padres, por el inmenso orgullo que me merecen. A Tania Domínguez y a Alejandra Meyenberg, que con mucho cariño, y de diferentes maneras, permulieron y alentaron esta investigación.

A Vivian, Gaby, Alfredo, Yoyo, Leo, Jorge, Mirna y Guillermo... Y, por supuesto, y en primer lugar, a Karen y a Lorenzo. Sin ellos no hubiera sido posible este intento.

INDICE

I. A manera de introducción	1
II. Una presentación necesaria	7
III. Conceptos, definiciones y características: otra aclaración imprescindible	15
IV. Una última nota introductoria: sobre cuestiones metodológicas y bibliográficas	27
CAPITULO I: Los orígenes	30
CAPITULO II: Los antecedentes, 1930-1970	37
II.1. 1932: La masacre	39
II.2. 1930-1944: La prensa opositora	42
II.3. 1944: La revolución abortada	45
II.4. 1961: Otro cuartelazo	50
II.5. 1944-1960: Prensa opositora vs prensa oficial; nueva escalada en la confrontación ideológica	53
II 6. Los 70, el preámbulo	57
II.7. Los 70: De la prensa opositora a la propaganda guerrillera	65
CAPITULO III: La guerra, la paz; la propaganda guerrillera	74
III.1. 1979-1980, la coyuntura	74
III.2. 1979-1980: Propaganda, la otra guerra	82
III 3. 1981: La guerra	86
III.4. 1981: Las radios guerrilleras	89
III 5 1982-1985, las definiciones	99

III.6. La propaganda guerrillera entre 1982 y 1985: Readecuaciones	107
III.7 1986-1988, el empantanamiento	115
III.8 Propaganda guerrillera entre 1986 y 1988: Afianzamiento	120
III.9. 1989: Elecciones, la ofensiva	124
III.10. Propaganda guerrillera, 1989: La mayoría de edad	130
III.11. 1990-1992: La negociación	134
CAPITULO IV: 1992-1994: La paz; de la clandestinidad a la legalidad	148
IV.1. La parálisis	153
IV.2. Pautas teóricas para una polémica	157
IV.3. Otras pautas para la misma polémica	162
Un acápite obligado	168
CONCLUSIONES	169
BIBLIOGRAFIA	176
RELACION DE ENTREVISTADOS	180
ANEXOS	

I.-A MANERA DE INTRODUCCION

La verdad era que apenas si recordaba su nombre exacto. En los últimos tiempos se había llamado “Ignacio Rodríguez”, “Justo Sierra”, o simplemente “Nacho”¹, y había andado muy lejos de todo lo que una vez tuvo algo que ver con Armando Salazar, que era como se llamaba realmente.

Pero ya no había de otra: la guerra se había acabado recién la semana anterior, y como por arte de magia, todo había vuelto a la normalidad, si es que el término cabe en un país como El Salvador, donde las masacres de civiles y los asesinatos de monjas, sacerdotes, diputados y estudiantes llegaron a ser endémicos.

Chalatenango², por ejemplo, ya no era más el Chalatenango de las leyendas épicas de la guerrilla, y volvía otra vez a ser el árido y olvidado departamento que fue siempre, hasta el día en que empezó la guerra y las tropas rebeldes tomaron posiciones en su territorio.

San Salvador tampoco era ya el paso incierto hacia las zonas de control de la guerrilla; el sobresalto aquel, la Guardia Nacional cada dos pasos, la urgencia de conservar hasta la exageración todas las medidas de seguridad recomendadas en los manuales de la clandestinidad: el sábado, la comandancia rebelde en pleno había desembarcado en el aeropuerto internacional de Comalapa -dicho sea de paso, de cuello y corbata y en medio de un recibimiento público de sus simpatizantes-, y el domingo había ofrecido una fiesta en el hotel Sheraton, el mismo que

¹ “Nacho no es un personaje ficticio. Corresponde exactamente a la descripción inserta en el texto. Su nombre “legal” es Armando Salazar, y en efecto, fue responsable de “Radio Farabundo Martí” durante buena parte de la guerra. Al término del conflicto bélico, y luego de desavenencias con la dirigencia de la organización donde militó --las Fuerzas Populares de Liberación “Farabundo Martí”, uno de los grupos que integra el FMLN--, “Nacho” abandonó las filas ahora ex guerrilleras

² Limitrofe con Honduras, el departamento de Chalatenango se ubica en la franja noroccidental de El Salvador, una de las más montañosas del país. Durante la guerra, Chalatenango fue uno de los principales bastiones rebeldes, junto con el oriental departamento de Morazán

había ocupado, en son de guerra, durante la espectacular ofensiva militar de 1989

Tal y como había vaticinado 12 años atrás, cuando estalló el conflicto bélico, la guerrilla había entrado finalmente a San Salvador, pero no en la forma en que lo había previsto, sino en otra muy diferente; mucho más inocua: nada de tanquetas, barbas descuidadas ni banderas rojas; mucho menos de verde olivo. Con todo -sin embargo- la presencia legal de la insurgencia en la capital era, como acostumbraba a decir el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)³ en sus buenos tiempos, “una victoria política innegable”.

Todavía no se sabía, o no toda la gente podía adivinarlo, pero era una situación irreversible. Quedaban aún arsenales escondidos en el norte y el oriente del país, incluso en la vecina Nicaragua, que había servido de retaguardia durante buena parte del conflicto salvadoreño; pero la guerra se había acabado. Para siempre. El FMLN entraba así en vías de extinción, o por lo pronto, en un proceso profundo de transición política. Pero tampoco lo sabía.

“Nacho”, en particular, ni ideas tenía.

Había estado “enmontañado” durante casi una década, ocupándose día tras día en echar a andar una emisora de radio desde el centro mismo de los combates que también día a día se registraron en Chalatenango. Y, lógicamente, estaba seguro de que la firma de la paz, aunque difícil en los primeros momentos, no sólo significaba exactamente una victoria política guerrillera, sino que permitiría al FMLN hacer realidad todo aquello que había prometido y por lo cual había decidido el camino de las armas.

Alto, recio, de ceño fruncido todo el tiempo y lentes permanentes, “Nacho” era casi casi la estampa que nos enseñaron de lo que debía ser un guerrillero cabal: discreto, seguro de sí, disciplinado, con aquel halo místico de los años 60-70 y una explicación coherente y siempre

³ Nombre con el que se conoció la unidad que integraron en octubre de 1980 cinco organizaciones guerrilleras que apenas unos meses después iniciaron la guerra. Tras la firma de los Acuerdos de Paz, en 1991, el FMLN pasó a convertirse en un partido político legal, y así funge hoy en El Salvador

dispuesta para cada ocasión. Para colmo, escribía poemas; poemas que versaban sobre lo que también aprendimos que escribían los guerrilleros cabales: los “compas” caídos, la crudeza de la guerra, las esperanzas de la paz.

Pero este día del que estamos hablando aquel “Nacho” no era el mismo que yo había conocido muchos años atrás. Llegó tan puntual como siempre, con pantalón y camisa beige, y las mismas botas que había usado durante años en los cerros de Chalatenango; su porte, sin embargo, inspiraba una rara confusión de sentimientos.

Este día, por mediación suya, empezaría a cumplirse uno de los acuerdos contemplados en el Protocolo de Paz firmado apenas unas semanas antes en la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, en relación con el destino de los mecanismos de propaganda creados y utilizados por la guerrilla durante el conflicto.⁴

Así que esa mañana, a fuerzas, tenía que inscribir legalmente a la radio - la *Farabundo Martí*, como se llamaba “oficialmente”, o *La Farabundo*, como le decían- que durante casi 10 años había operado de forma clandestina desde Chalatenango; e inscribirse a sí mismo como uno de sus “responsables”, de acuerdo con la nomenclatura guerrillera.

Y no era tarea fácil.

No sólo porque implicaba llegar, así, sin seudónimos ni “capuchas” al local que durante años fue uno de los búnquers más temidos del ejército salvadoreño -sobre todo para los periodistas nacionales y extranjeros-, y que ahora, en virtud de los nuevos aires, estaba bajo control directo no ya de los militares, pero sí de funcionarios públicamente vinculados a la extrema derecha.

Más que eso, implicaba admitir a las claras el cambio tan brutal y tan brusco que significaba la paz para la guerrilla. Y más todavía: incursionar en canchas nuevas y muy diferentes, como las que ofrecía la

⁴ Firmados en diciembre de 1991 tras un complejo proceso de negociaciones, el Protocolo para la Paz en El Salvador contemplaba en uno de sus acapites la incorporación legal a la sociedad de los mecanismos de propaganda del FMLN en un lapso que no debía exceder el mes de diciembre de 1992

tibia legalidad que empezaba a funcionar en El Salvador, y medir fuerzas en ella.

Así que su llegada a la Secretaría de Comunicación y Prensa de la Presidencia de la República fue la noticia del día. Había unos 12 reporteros esperándolo, con la parafernalia que imponía el caso, en aquella mansión convertida en oficina, llena de archivos metálicos y de secretarías también bastante grises.

Al final de un pasillo oscuro y flanqueado por estanterías de piso a techo, lo esperaba Mauricio Sandoval, el Secretario de Prensa de la Presidencia, amigo personal del Presidente Alfredo Cristiani y hombre de abierta inclinación ultraderechista.

No hubo gran protocolo: Sandoval indicó a “Nacho” los procedimientos necesarios --llenar unos formularios, tomarse un par de fotos y esperar por una credencial que a partir de ese momento lo identificaría como corresponsal de Radio Farabundo Martí--, y “Nacho” cumplió paso por paso con los requisitos.

Después, credencial en mano, contestó tres o cuatro preguntas a la prensa con frases que ya se sabía de memoria de tanto escribirlas para los programas de *La Farabundo*: “la paz es fruto de una victoria indiscutible del FMLN”; “la paz es el primer paso para una transformación a fondo de la sociedad salvadoreña”; “el FMLN no ha hecho sino cambiar de trincheras para continuar su lucha por una sociedad justa”, etcétera, etcétera.

Sandoval no contestó ninguna de las preguntas que le hicieron, pero su rostro denotaba un cierto aire de triunfo. “Nacho”, en cambio, era la imagen de una situación todavía indefinible que parecía mezclar esa sensación de “victoria indiscutible” que invocaba en sus declaraciones, y un sentimiento de incertidumbre y dudas⁵.

⁵ La afirmación se sustenta en entrevista concedida a la autora, en San Salvador, precisamente ese día. Fragmentos de esa entrevista fueron difundidos por la agencia noticiosa cubana Prensa Latina en La Habana, Managua, Quito y Buenos Aires.

Lo que sigue trata precisamente de guerrillas, de El Salvador, de "Nacho", y de otros que como él dedicaron sus mejores años a intentar un proyecto diferente. En términos más exactos, trata de los mecanismos que la guerrilla salvadoreña concibió y puso en marcha para llevar adelante una guerra de propaganda con todas las de la ley.

Más concretamente:

- se pretende un estudio monográfico de los medios de propaganda usados por el FMLN durante el conflicto bélico,
- sus antecedentes más inmediatos,
- su evolución en las condiciones de la guerra y en cada etapa de la guerra,
- su incidencia, virtudes y limitaciones,
- el desarrollo de la concepción propagandística del FMLN en correspondencia con el desarrollo del conflicto,
- el papel de los medios rebeldes en el cambio de posiciones políticas que significó la decisión de optar por la vía de la negociación,
- el desempeño de los medios guerrilleros en el período de transición entre la guerra y la paz, entre la clandestinidad y la legalidad.

La investigación busca, pues, reflejar el desarrollo alcanzado por los mecanismos de propaganda creados por la guerrilla salvadoreña en virtud de las necesidades políticas, militares y diplomáticas que fue imponiendo la guerra a la insurgencia a lo largo del conflicto.

Y pretende, al mismo tiempo, examinar las causas que condujeron a una cierta parálisis de estos mecanismos que, nacidos para la guerra, buscan ahora insertarse en un escenario diametralmente diferente al que les dio vida, y en condiciones políticas e ideológicas igualmente diferentes a las que determinaron su aparición y desarrollo.

En efecto, la guerra y la paz hubieran sido casi impensables en El Salvador sin la propaganda desplegada por la guerrilla.

Dicho en otras palabras. para la guerrilla, la guerra hubiera sido virtualmente imposible sin el desarrollo de sus mecanismos de propaganda; mecanismos que a la postre, y con todas sus limitaciones, le

permitieron a la parte insurgente no sólo crecer y consolidarse como fuerza beligerante, sino también precipitar en el país una situación de dualidad de poderes que, finalmente, forzó las negociaciones de paz

Sin embargo, la paz trajo consigo la disolución de muchas de las estructuras de propaganda del FMLN; su disolución o, en otros casos, un cambio drástico de posiciones, perfiles e intereses políticos.

La Farabundo, por ejemplo, dejó en cuestión de días de ser lo que fue hasta el primero de febrero de 1992, cuando entró en vigor el Protocolo de Paz firmado entre el gobierno y la guerrilla.

Radio Venceremos, por su parte, dio un giro tan brusco en su programación que difícilmente podía continuar usando el mismo nombre. De hecho, el grupo guerrillero que dio vida a *La Venceremos*, el antes llamado Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), ya no figura en la nómina de las organizaciones integrantes del FMLN: primero optó por cambiar de nombre, después de ideología, y finalmente, de bando político. Sus legendarios comandantes son hoy los diputados de la oposición que más vínculos exhiben con los grupos de extrema derecha a los que el FMLN hizo una guerra frontal durante 12 años, con saldo de casi 80 mil muertos.

De modo que lo que sigue intenta acercarse a este fenómeno político para insistir, desde la perspectiva salvadoreña, en la relación indisoluble que existe entre medios de propaganda, organizaciones políticas y coyunturas históricas.

El texto busca, así, enriquecer la historia de los mecanismos de propaganda guerrillera en El Salvador; una historia que está aún por escribirse, como la historia misma de la guerra que asoló a ése que es el más pequeño de los países centroamericanos y que Gabriela Mistral bautizó como “El Pulgarcito de América”.

II.-UNA PRESENTACIÓN NECESARIA

Lo que es hoy El Salvador -21 mil kilómetros cuadrados de extensión territorial sobre las aguas del Pacífico centroamericano- tuvo inicialmente su asiento en la añeja Coxcaclán⁶ que fundó Topiltzín Axítl Quetzalcóatl en persona en épocas de las que apenas quedan dos o tres vestigios raídos en los extremos occidental y oriental del país.

Tierra de mayas, lencas y pipiles, los españoles tardaron cinco años en someterla, hasta que, finalmente, y tras múltiples intentos de conquista en los que hasta Pedro de Alvarado perdió una pierna, la Villa de San Salvador pudo ser considerada como tal para los primeros meses de 1546.

Lo demás es muy similar a la historia del resto de Centroamérica: durante buena parte de su vida colonial, El Salvador formó parte de la Capitanía General de Guatemala, desde cuyo seno consiguió la Independencia de la Corona española el 15 de septiembre de 1821. Después, luego de feroces batallas entre liberales y conservadores las autoridades salvadoreñas decidieron separarse de la Unión Centroamericana y erguirse como Estado independiente; decisión que fue anunciada en 1841, pero consumada 18 años más tarde, en 1859.

A partir de entonces, la historia salvadoreña fue la historia de golpes militares y complotos intestinos que florecieron bajo la sombra de una muy provinciana oligarquía que amasó fortunas inmensas con el café, el algodón y la caña de azúcar.

Para los años 60 de este siglo, Roque Dalton⁷ definía a El Salvador como una pequeña parcela de tierra semifeudal y semicolonial (Dalton, R., 1965:188), y a los salvadoreños como "los tristes más tristes del mundo" (Dalton, R., 1974:211). También por esa fecha un informe elaborado por la Organización Internacional del Trabajo cuantificaba en

⁶ Nombre indígena de lo que después se conoció como Cuscatlán y Valle de las Hamacas, donde se asienta la capital salvadoreña

⁷ Poeta y revolucionario salvadoreño asesinado en mayo de 1975

cinco tortillas de maíz, una escuálida porción de frijoles negros y otra de sal la dieta de los trabajadores agrícolas de El Salvador, y advertía que “es casi imposible imaginarse que esta ración monótona y de difícil digestión pueda constituir la dieta de seres humanos” (Dalton, R., 1965:178).

Los datos posteriores de que se tiene registro son todavía más alarmantes; tanto, que el estallido de la guerra civil que desoló al país en los últimos años no sorprendió siquiera a los estrategas de la Casa Blanca, que desde mediados de la década del 60 habían iniciado en El Salvador -y en el resto de Centroamérica- una profiláctica preparación antiguerrillera en las filas castrenses.

Considerado entre los países más diminutos de América Latina, y entre los más densamente poblados -unos seis millones de habitantes hasta principios de los 90-, el cono de sombra que durante años cubrió a El Salvador se deshizo de la noche a la mañana en la pasada década, y las masacres de los militares salvadoreños, la brutalidad de los “Escuadrones de la Muerte” y las acciones armadas y políticas de la guerrilla empezaron, de pronto, a ocupar las primeras planas de la atención pública internacional.

Fue a partir de entonces cuando se supo del indígena Anastasio Aquino⁸ -que se coronó Rey y Comandante General de las Armas Libertadoras de la zona de Santiago Nonualco poco antes de que su cabeza fuera exhibida como trofeo gubernamental por todo el país, a bordo de una carreta tirada por bueyes-, y de la participación de Agustín Farabundo Martí⁹ en las batallas encabezadas por Augusto César Sandino en Nicaragua; de las 14 familias que controlaron el país desde principio de este siglo, del General Maximiliano Hernández Martínez¹⁰ y de la

⁸ Líder indígena que encabezó una revuelta de grandes proporciones en la zona central del país en 1832

⁹ Farabundo Martí, cuyo nombre enarbolaron después como bandera los grupos guerrilleros salvadoreños, fue no sólo fundador del Partido Comunista Salvadoreño, en 1931, sino que llegó a ostentar grados militares en el ejército formado por Augusto César Sandino en las Segovias nicaragüenses

¹⁰ A Maximiliano Hernández Martínez la historia contemporánea salvadoreña lo menciona como la figura que allanó el camino para la instalación en el país de una larga sucesión de dictaduras castrenses que concluyeron a fines de los años 70. Por su incidencia, su figura volverá a ser objeto de referencia en el Capítulo II de esta investigación

masacre de indígenas que ensangrentó a la nación en 1932, poco después que en la pequeña población de Juayúa a un grupo de campesinos se le ocurriera poner a funcionar lo que se conoce como el Primer Sóviet de América Latina.

El conflicto bélico tuvo a su favor ese mérito, si es que puede ser utilizada la frase; incluso, permitió conocer parte de la literatura, la música y las artes plásticas salvadoreñas -literalmente desconocidas más allá de las fronteras centroamericanas-; su historia, la orografía y la topografía del país, y hasta el nombre de los volcanes que sirvieron de refugio a las fuerzas guerrilleras, o el de poblaciones que como Chalatenango y Morazán, resultaron claves para el desarrollo de la guerra.

Más que cruenta, y demasiado intensa para lo pequeño del país, la guerra comenzó un 10 de enero de 1981 y concluyó exactamente cuatro mil días después, con casi 80 mil muertos, miles de desaparecidos, un millón de refugiados y una cifra similar de desplazados internos. El saldo económico de la guerra resultó todavía más patético. Y las heridas políticas del conflicto, por lo demás, permanecen aún a flor de piel; desafiantes.

Poco más de un año antes, en octubre de 1979, cuando Nicaragua vivía la efervescencia del triunfo sandinista y en Guatemala el auge de la guerrilla hacía zozobrar peligrosamente a todo el istmo centroamericano, el cuartelazo número 13 de los militares salvadoreños terminó por hacer estallar una situación que venía gestándose desde mucho tiempo atrás.

Y a partir de esa fecha los acontecimientos se sucedieron demasiado aprisa: en marzo de 1980, un francotirador asesinó en plena misa, y de un balazo en el corazón, al Arzobispo de San Salvador, Monseñor Oscar Arnulfo Romero¹¹. Era sólo el inicio de una larga cadena de crímenes políticos que todavía no ha concluido

¹¹ Considerado una de las figuras más importantes de la historia reciente de El Salvador, por todo lo que radicalizó el proceso revolucionario, el asesinato de Monseñor Romero, el 24 de marzo de 1980, marcó el inicio de una larga serie de crímenes políticos que conmocionaron al país durante más de una década. En efecto, desde mucho antes la violencia política en El Salvador había cobrado víctimas numerosas entre líderes gremiales y sindicalistas, incluso entre sacerdotes pero no fue hasta la muerte de Romero que la situación se tornó extremadamente alarmante.

En abril de ese mismo año, las fuerzas civiles de oposición conformaron el Frente Democrático Revolucionario (FDR), y seis meses después, cinco organizaciones de corte político-militar se integraban en el FMLN.

La guerra se extendió entonces a todo el país, y con ella, casi desde los primeros momentos, la urgencia de negociar la paz.

A fines de los 80, cuando la ultraderecha ganó las elecciones presidenciales, el país vivía una pública “dualidad de poderes”, para utilizar una de las frases predilectas de la guerrilla: de un lado, el ejército gubernamental, con más de 60 mil efectivos y un presupuesto diario de un millón de dólares, asignado por la embajada de Estados Unidos en San Salvador. En el bando contrario, un movimiento rebelde considerado entre los más hábiles de los conocidos en América Latina, capaz de mantener una guerra de guerrillas de envergadura en un territorio literalmente “contrainsurgente”.

Se imponía así un proceso negociado que diera término a la guerra. Porque, además, fuera de las fronteras salvadoreñas el mundo cambiaba: en Europa, la Unión Soviética se caía a pedazos junto con el Muro de Berlín, haciendo trizas todo lo que fue el referente ideológico obligado de los movimientos de izquierda de esta parte del mundo. En el Caribe, la Cuba de Castro, el más sólido aliado de los guerrilleros salvadoreños en toda el área, navegaba a la deriva sin la brújula soviética. En el extremo sur de Centroamérica, en tanto, Estados Unidos invadía Panamá, y, en Nicaragua, los sandinistas perdían 10 años de poder tras unas elecciones que dieron el triunfo a las fuerzas de derecha.

En Washington, en particular, sectores influyentes empezaban a respaldar cada vez con más fuerza la tesis del fin del conflicto bélico en El Salvador: el gasto que significaba la guerra salvadoreña comenzaba a pesar demasiado en las arcas estadounidenses en momentos en que la Casa Blanca había transferido ya todo el interés que antes consagraba a Centroamérica a la ex Europa socialista.

Así, en abril de 1990, en Ginebra, Suiza, representantes del FMLN y del gobierno de Alfredo Cristiani suscribieron un documento que obligaba a ambas partes a concluir en el menor lapso posible una guerra que para la fecha había cobrado ya más de 70 mil víctimas. Era el primer paso de un proceso negociador que concluyó el 31 de diciembre de 1991 en la sede de las Naciones Unidas con la rúbrica de un Protocolo de Paz de 92 páginas, demasiados compromisos y todavía más quimeras.

Firmada el 16 de enero de 1992 en el alcázar del Castillo de Chapultepec, en México, la paz se hizo efectiva en San Salvador dos semanas después, el primero de febrero, cuando entró en vigor el cese de fuego

Ese mismo año, tras innumerables contratiempos y amenazas de uno y otro bando de retrotraer el proceso y hacer estallar otra vez el conflicto, el ejército desarticuló sus cuerpos paramilitares, removió a altos oficiales involucrados en abusos a los derechos humanos y nombró un nuevo Estado Mayor, supuestamente ajeno a los desmanes cometidos por la parte oficial durante la guerra.

La guerrilla, por su parte, entregó sus fusiles y desmanteló sus arsenales clandestinos poco después que los comandantes guerrilleros cambiaran el verde olivo por el traje de cuello y corbata, y los tatúes construidos en los cerros¹² por las bancas del Parlamento. La guerra -dijeron- había cambiado su contenido y sus trincheras, pasando de la confrontación militar a la política.

Pero la realidad fue otra, y el término “confrontación”, de pronto, asumió otras acepciones.

Sin lugar a dudas, el simple hecho de haber logrado sentar a la mesa de negociaciones a un ejército como el salvadoreño, de haber precipitado la depuración de sus filas y de haber conseguido la inserción legal de la insurgencia a la vida política nacional, no dejan de ser, como diría “Nacho”, un triunfo político del FMLN.

¹² Refugios clandestinos

Sin embargo, la etapa posterior a la entrada en vigencia de la paz pareció dejar en claro varios fenómenos:

En efecto, la paz hubiera sido imposible si el desarrollo político, militar y diplomático conseguido por el FMLN en los años de la guerra. Pero la paz fue también viable gracias a los cambios operados en el escenario internacional. Sin la caída del Muro de Berlín y el desplome de la Unión Soviética, la negociación para el cese de fuego en El Salvador hubiera sido, tal vez, mucho más prolongada.

Así, la transición entre la guerra y la paz dejó al descubierto grietas demasiado profundas en el interior del FMLN que en mucho mermaron las afirmaciones sobre su capacidad de insertarse en las mencionadas “nuevas trincheras” para, desde ellas, ganar lo que había prometido cuando en los años 70 hablaba de transformaciones profundas en la sociedad salvadoreña.

Es cierto: el FMLN consiguió con la negociación satisfacer reclamos perentorios de la población, como el cese mismo de los enfrentamientos armados y el baño de sangre y muertos que vivía el país; logró también apurar la ejecución de algunos proyectos comprendidos en el Protocolo de Paz que tomaban en cuenta la necesidad de dar atención priorizada a los ex combatientes guerrilleros y a los lisiados de guerra, a los refugiados y a los desplazados internos del conflicto.

Ganó, asimismo, la posibilidad de ocupar importantes bancas en el Parlamento y, en buena medida, el descrédito internacional de los militares y la conformación de un nuevo cuerpo militar, integrado, incluso, por miembros de la ex guerrilla.

También es cierto que las conquistas del FMLN constituyen victorias no conseguidas antes por ningún movimiento guerrillero por esta vía; que el FMLN “fue quizás el primer sector de la izquierda latinoamericana que enfrentó el tema central que encaraba la izquierda postrevolucionaria: si luchar por el consenso a costa de concesiones considerables, o seguir bregando, por diferentes medios, para un cambio importante” (Castañeda, J.G., 1993:122). Y ello, después de una larga y muy heroica lucha guerrillera.

Y resulta igualmente indiscutible el hecho de que aún el proceso de paz pugna por consolidarse y permanece todavía en una fase que bien puede llamarse de transición, lo cual lo exime de conclusiones y valoraciones definitivas.

Pero hay otras verdades que hacen suponer que la negociación para la pacificación del país fue en extremo precipitada y forzada por condiciones internas y externas, y que el FMLN no disponía aún de la madurez y la fortaleza necesarias para cambiar las canchas de su enfrentamiento.

Baste, primero, mencionar las pugnas políticas internas en las que se enfrascó el FMLN a apenas unos meses de firmada la paz. La salida del ERP de su seno, y luego de la organización conocida como Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN), y las numerosísimas deserciones registradas en cada uno de los grupos ahora ex guerrilleros, sobre todo por razones que apuntan hacia divergencias políticas severas, no dejan dudas sobre las profundas heridas que socavaban la unidad del FMLN desde mucho antes de la firma de la paz.

Baste mencionar otro fenómeno igualmente gráfico: las elecciones presidenciales y legislativas convocadas para marzo de 1994, las primeras realizadas en tiempos de paz y las primeras en las que el FMLN se presentó como partido político legal, fueron ganadas, arrolladoramente, por el partido ultraderechista Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), incluso, en zonas como Chalatenango, que se consideraba bajo poder político de la ex guerrilla.

La investigación que a continuación se expone busca precisamente abundar en las causas que determinaron este proceso; sobre todo porque parte de la premisa del indisoluble nexo existente entre la propaganda política y las necesidades históricas que la condicionan.

En ese sentido, se pretende demostrar que el cambio de posiciones que se operó al interior de los mecanismos de propaganda del FMLN una vez iniciado el proceso de tránsito entre la guerra -la clandestinidad- y la paz -la legalidad- tiene sus raíces en cuestiones de índole política.

Hasta donde puede adelantarse algún tipo de conclusión parcial, los hechos registrados a partir de 1992 en El Salvador permiten asegurar que los mecanismos ideados por la guerrilla para su actividad de propaganda no estaban -y no están aún- en condiciones de tomar posiciones ventajosas en la contienda política que comenzaba entonces.

Probablemente porque tampoco el FMLN estaba preparado para tal paso, y tampoco ha logrado insertarse con la fuerza que debía en sus “nuevas trincheras”.

III.-CONCEPTOS, DEFINICIONES Y CARACTERÍSTICAS: OTRA ACLARACIÓN IMPRESINDIBLE

“Nacho” apenas si tiene que pensar sus respuestas. Las experiencias de la guerra, y de la radio, le resultan aún demasiado pesadas: “*Radio Farabundo* -dice- es un rinconcito de esta guerra y de la historia que hemos hecho esta generación de salvadoreños a donde regresamos, a fuerzas, cada día”.¹³

Y define ese “rinconcito” como un medio de comunicación alternativo, un instrumento verdadero de comunicación de masas, un mecanismo de propaganda imprescindible, y guerrillero, además. “Colorido, brillante y movilizador”, añade, como fue toda la propaganda de la izquierda, antes y durante la guerra.

Los de *Radio Venceremos* utilizan otras definiciones -muy similares- para referirse a lo que fue ese otro medio de propaganda insurgente: “clandestina, increíble, salvadoreña, cachimbona¹⁴, apasionada y apasionante” (López,V.,I.,1994:1) Eso fue -aseguran- *Radio Venceremos*; también *Radio Farabundo Martí*, y de hecho, todo el conjunto de mecanismos de propaganda guerrillera puesto en marcha en El Salvador.

Fuentes de la ex guerrilla consultada para esta investigación concuerdan en calificar los mecanismos de comunicación política asumidos por el FMLN en términos muy parecidos.

“Desde el principio estuvimos claros de que para desencadenar la vía armada guerrillera para la toma del poder político había que desencadenar al mismo tiempo una comunicación política, una propaganda política diferente hacia las masas”, rememora un ex comandante guerrillero, “Milton”¹⁵, que durante algunos años tuvo bajo

¹³ Entrevista con la autora, junio de 1995

¹⁴ Fuerte, VIII

¹⁵ Entrevista con la autora, agosto de 1995

su responsabilidad el trabajo de propaganda de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) "Farabundo Martí", una de las cinco organizaciones que integró el FMLN el 10 de octubre de 1980.

En su criterio, las condiciones propias de El Salvador, la inexistencia de caminos legales para la expresión de los sectores de oposición, y la gestación cada vez más acelerada de la guerra de guerrilla, conminó a la parte rebelde a concebir como puentes para su comunicación con las masas una amplia diversidad de medios que consideró y definió como mecanismos de propaganda guerrillera; mecanismos que, inmersos en la clandestinidad, adoptaron a lo largo del conflicto bélico una increíble y "muy salvadoreña" diversidad -para usar la caracterización de los miembros de *Radio Venceremos*- y una "brillante y colorida creatividad", para citar otra vez a "Nacho".

Desde luego, ni "Nacho" ni "Milton", ni "Santiago" ni "Maravilla"¹⁶, ni casi ninguno de los que asumió a fines de los años 70 las tareas propagandísticas de la guerrilla, conocían gran cosa de comunicación política: nada, por ejemplo, de las tesis que ubican el nacimiento de la propaganda en Pekín, tres milenios antes del cristianismo, con la aparición de la *Gaceta del Imperio Chino*; nada de la leyenda hindú de "Los Nueve Desconocidos"-año 273 antes de nuestra era-, que identificó a la propaganda como la ciencia "del control del pensamiento de las multitudes, que permite gobernar al mundo entero" (Ferrer,E.,1975:III).

Tampoco sobre los legados de Grecia y Roma a la historia y evolución de la propaganda; ni sobre Alejandro Ludovico y su institución canónica **Propaganda Fide**, nacida en 1622 "para ejercer lo que se considera el deber más alto del oficio pastoral: la propagación de la fe cristiana" (Ferrer,E.,1975:VIII).

Y no sólo desconocían en términos teóricos toda la faena propagandística y sus vericuetos; sino que "ninguno de nosotros -como narra "César", otro de los integrantes de *Radio Venceremos*- sabía nada

¹⁶ "Santiago" y "Maravilla" son los seudónimos de dos venezolanos que se convirtieron en fundadores de *Radio Venceremos*. Sus testimonios se incluyen en otra parte de esta investigación

de electrónica. Pero lo que se dice nada de nada. Con dificultad podíamos encender un radio, pues” (López,V.,I.,1994:15).

Sin embargo, y de cualquier manera, la guerrilla dispuso de varios radios, de equipos de cine, de agencias de noticias, de periódicos y revistas que circularon, incluso, y durante varios años, fuera de El Salvador. Y ello porque con o sin formación teórica, la conciencia acerca de la importancia estratégica de la propaganda política para los fines guerrilleros se consolidó casi aparejada a la conciencia de la urgencia de la lucha armada.

Razones sobaban. Una ex comandante guerrillera, “Luisa”, lo esboza así: “Al principio, vos hacías una operación armada y los medios o te la mencionaban en una esquinita, o te la distorsionaban, o sencillamente no decían nada. Entonces, el problema de cómo impactar, de cómo jalar gente, fue algo que empezó a obsesionarnos. Desde el principio” (López,V.,I.,1994:22).

De modo que desde los primeros momentos, y aunque intuitivamente en la mayoría de los casos, los responsables de la propaganda guerrillera en El Salvador entendieron la actividad propagandística en los mismos términos en que la formuló Vladimir Ilich Lenin -“una acción programada de adoctrinamiento de la acción revolucionaria indisolublemente entrelazada con la agitación, la información y la organización de las masas” (Moragas,M.,1993:11)-, e incluso, como la definiera Adolfo Hitler, el otro gran propagandista de este siglo: “el arte esencial de guiar políticamente a las grandes masas” (Moragas,M.,1993:177).

Qué tanto conocían los jóvenes que se consagraron a la labor propagandística del FMLN los lineamientos establecidos por los dos hombres que proclamaron la supremacía de la propaganda como arma política aunque desde posiciones y pretensiones diametralmente opuestas, es tema de otra investigación. Las similitudes y diferencias entre ambas concepciones propagandísticas, también.

En este estudio, sin embargo, hay que precisar que la propaganda guerrillera salvadoreña se nutrió de uno y otro esquema en su empeño de convertirse en lo que se ha conceptualizado también como “la gran

palanca que orienta, persuade, dirige... Que ablanda o modifica actitudes... Que influye o cambia opiniones” (Ferrer,E.,1975:I).

En efecto, la incidencia de los esquemas leninistas de propaganda son casi tangibles en los mecanismos de comunicación política del FMLN, un movimiento que tuvo sus antecedentes en la aparición del Partido Comunista Salvadoreño, fundado en 1931 y de pública tendencia prosoviética.

Tal como hicieron en su momento Alfonso Luna y Mario Zapata¹⁷, los editores de *Estrella Roja*, el primer periódico de los comunistas salvadoreños, los guerrilleros del FMLN adaptaron a sus condiciones los conceptos leninistas que conceden a la **información** el pilar de la organización política y de la acción revolucionaria; a la **propaganda**, la tarea de adoctrinar programadamente esta acción revolucionaria; y a la **agitación**, el rol de movilizar conscientemente a las masas.

Pero la incidencia de los principios hitlerianos de propaganda es igualmente válida en el caso de la guerrilla salvadoreña, como lo fue en muchos otros. Probablemente porque Hitler no emitió ninguna idea original en su propaganda, sino que más bien se dedicó a copiar y adaptar las reglas propagandísticas que ya existían, incluyendo entre éstas las que preconizaba Lenin (Moragas,M.,1993:178).

“El hitlerismo -apunta un ensayo de J. M. Domenach- corrompió la concepción leninista de propaganda e hizo de ella un arma en sí, de la que servirse indiferentemente para todos los objetivos” (Moragas,M.,1993:184).

Como Lenin, que veía la propaganda política como un arma de adoctrinamiento, Hitler definía el término como “un arma terrible en las manos de quien la conoce” (Moragas,M.,1993:178). Como Lenin, Hitler establecía como tarea fundamental de la propaganda política el ganar adeptos para su causa, y confería a la actividad propagandística un papel estratégico en su desempeño político. Sólo que sus métodos y objetivos

¹⁷ Estudiantes de periodismo, Luna y Zapata, también fundadores del Partido Comunista Salvadoreño, fueron fusilados en las vísperas de la masacre de 1932

diferían de manera irreconciliable con los del fundador del Estado soviético.

Lo cierto es que pese a los propósitos tan abrumadoramente diferentes, muchas de las pautas propagandísticas establecidas por Hitler y Joseph Goebbels, fueron aprovechadas por el FMLN.

A fin de cuentas, como asegura Leonard W. Dood en un ensayo que inserta Miquel de Moragas en su texto sobre propaganda política y opinión pública, “estos principios pueden ser considerados como legado intelectual del ministro alemán” (Moragas,M.,1993:126).

No resulta difícil, pues, identificar en la concepción propagandística del FMLN varios de estos principios¹⁸; tal vez porque, como la propaganda nazi, la del FMLN tuvo su esplendor en condiciones de conflicto bélico; y de seguro, porque buena parte de la propaganda hitleriana -como sucedió en el caso de la guerrilla salvadoreña- se asentó en la utilización de la radio como arma estratégica de guerra, sobre el precepto de que “para ser percibida, la propaganda debe suscitar el interés de la audiencia y ser transmitida a través de un medio que llame poderosamente la atención” (Moragas,M.,1993:132)¹⁹.

Pero la propaganda del FMLN se alimentó también, sobre todo, de la experiencia acumulada en El Salvador por la prensa opositora surgida tras la fundación del Partido Comunista Salvadoreño. Y germinó enriqueciéndose de la faena de hombres que bien podrían considerarse “propagandistas natos”, y a quienes se debe, en buena medida, que el tema salvadoreño haya traspasado sus fronteras.

¹⁸ Ver Dood, L. **Gobbels y sus principios propagandísticos**, en Moragas,M., *SOCIOLOGÍA DE LA COMUNICACIÓN DE MASAS PROPAGANDA Y OPINIÓN POLÍTICA*, De G. Gilli, México, 1993

¹⁹ Autores diversos coinciden en mencionar el magistral uso de la radio como uno de los aportes del nazismo a la propaganda política. Si bien la propaganda radiofónica se incorporó a la batalla ideológica como portavoz de la Revolución soviética, la utilización de este medio por parte de los ideólogos nazis abrió un nuevo capítulo en la historia de la radio como arma política. Sobre el tema, ver Hale, Julián, *LA RADIO COMO ARMA POLÍTICA*, Ed G Gilli, Barcelona, 1979

Dígase, pues, Miguel Mármol²⁰, Roque Dalton, Monseñor Romero y el padre Ignacio Ellacuría, que sin ser salvadoreño, dedicó su obra a difundir la urgencia de un cambio democrático en El Salvador. Como a Romero, su insistente proselitismo en favor de este cambio le costó finalmente la vida.

Asimismo, la actividad propagandística guerrillera en El Salvador encontró un muy apropiado caldo de cultivo en las comunidades cristianas de base surgidas en el país en los convulsos años 70, cuyos mecanismos para difundir el mensaje que propugnaba la teología de la liberación fueron muy bien aprovechados por los grupos guerrilleros años después, cuando comenzó la guerra y las zonas rurales se convirtieron en los primeros cuarteles insurgentes.

De hecho, para numerosos autores, una de las características más notables de la lucha guerrillera salvadoreña fue precisamente sus vínculos con amplios sectores de la Iglesia. “Para el pueblo profundamente religioso de El Salvador -dice sobre el tema el académico mexicano Jorge G. Castañeda- la conversión política de párrocos, obispos y pensadores jesuitas fue un factor decisivo que lo llevó a comprometerse con el cambio social” (Castañeda, J.G., 1993: 119).

Definir el carácter de la propaganda guerrillera en El Salvador implica, pues, considerarla, desde sus comienzos, como una propaganda de tipo política, elaborada y ejecutada con miras a la toma del poder.

Propaganda política guerrillera, además, que nació aparejada al surgimiento de los primeros núcleos insurgentes en la década de los años 70, en virtud de la necesidad de estos grupos de darse a conocer, crecer y ganar adeptos para su causa en condiciones de violencia y represión *que no dejaron resquicio a fórmulas de expresión diferentes.*

El término guerrillera define, así, un ingrediente esencial en la propaganda que llevó a cabo el FMLN; término que imprime una serie

²⁰ Nacido en 1905, Mármol fue fundador del Partido Comunista Salvadoreño y uno de sus más fervientes propagandistas; actividad que le costó varias veces la cárcel y, finalmente, el exilio. A fines de los 70, tras un azaroso rosario de años en Guatemala, la Unión Soviética y Checoslovaquia, Mármol se instaló en La Habana, Cuba, donde seguía impartiendo conferencias sobre el surgimiento y desarrollo del Partido Comunista en su país. En 1992, luego de la firma de la paz, regresó a su país y falleció unos meses después.

de características propias a este tipo de “acciones organizadas de persuasión”, como define Moragas a la propaganda (Moragas,M.,1993:11).

Lo guerrillero implica clandestinidad, agilidad y creatividad; implica asimismo una gran diversidad de medios o mecanismos de propaganda que contemplaron desde las llamadas “acciones de propaganda armada” hasta la producción de filmes de ficción.

Lo guerrillero implica, igualmente, mecanismos o medios de comunicación que podríamos identificar como alternativos, en tanto surgen de la necesidad de abrirse espacios en otros canales de comunicación, y por otras vías; y en tanto responden a una urgencia alterativa.

Las definiciones conocidas de medios de comunicación alternativa coinciden plenamente con los propósitos y desempeños de lo que fueron los mecanismos de propaganda guerrillera en El Salvador.

Una primera definición sobre el término, extraída del libro *Comunicación Alternativa y Búsqueda Democrática*, compilado por Fernando Reyes Matta, apunta: “La comunicación alternativa constituye un espacio de búsqueda hacia lo democrático y lo participativo. Diversas experiencias en América Latina demuestran que esta es una realidad en permanente crecimiento, incentivada por las transformaciones políticas y sociales que durante la década de los ochenta se producen en la región. Asimismo, la comunicación alternativa se manifiesta como una práctica alterativa de aquellas formas autoritarias que atentan contra un modelo de desarrollo solidario y plenamente compartido”.

Otra referencia al tema asegura que “la comunicación alternativa se inscribe trascendentalmente en la realidad política, porque la guía una vocación alterativa, una perspectiva de cambio hacia formas democráticas y participativas” (Reyes,M.,F.,1983:14) El texto hace alusión al caso salvadoreño como un “antecedente orientador” de la situación de la comunicación política en los inicios de la década de los 80.

En la introducción al libro, Reyes Matta refiere otras valoraciones que igualmente justifican la afirmación que conceptualiza a los mecanismos de propaganda guerrillera en El Salvador como mecanismos de comunicación alternativa: "... hablar de la comunicación alternativa -dice- es caminar por un terreno de definiciones parciales. Pero (...) los análisis de las experiencias concretas (...) han sido puntos de convocatoria donde nuestra convicción se ha fortalecido: que lo alternativo es, por sobre todo, alterativo. Alterar lo injusto, alterar lo opresor, alterar la inercia histórica que trae dominaciones sofocantes. Alteración marcada por una vocación liberadora en la cual se nutren en multiplicidad de experiencias comunicativas" (Reyes,M.,F.,1983:25).

Lo alternativo en la comunicación -añade- "es, por encima de todo, un proceso creativo propio determinado por las aspiraciones, la memoria colectiva y los propios valores de las grandes mayorías postergadas" (Reyes,M.,F.,1983:26). Esa fue, sin dudas, una de las principales características de la comunicación política emprendida por la guerrilla salvadoreña a través de sus diferentes mecanismos de propaganda.

Y es preciso aquí un paréntesis en relación con la utilización del término mecanismo de propaganda

Ateniéndonos al concepto que de medios de comunicación ofrece C. Taufic²¹, en efecto, los utilizados por la guerrilla salvadoreña se insertan exactamente en esa definición.

Para Taufic, los medios son instrumentos que producen y transportan las señales de comunicación, y abarcan desde la voz humana hasta los satélites de comunicación, pasando por la vía pública²², el dibujo, la pintura, la música, la danza, la escuela, la fotografía, el cine, y, desde luego, la radio, la televisión y la prensa escrita, en todas sus manifestaciones (Taufic,C.,1977:31-32).

²¹ Ver Taufic,C *PERIODISMO Y LUCHA DE CLASES LA INFORMACIÓN COMO FORMA DE PODER POLÍTICO*, Ed. Nueva Imagen, México, 1977

²² Al respecto, Taufic menciona la experiencia de las brigadas muralistas de propaganda política surgidas durante la campaña electoral previa al triunfo de Salvador Allende, en Chile, y considera esta experiencia como "una innovación chilena, un nuevo medio de comunicación de masas, que ya ha sido felizmente adaptado en otros países de América Latina"(Taufic,C.,1977 31) El Salvador fue uno de estos países en los que, sin embargo, desde antes de la victoria de Allende se empleaban mecanismos de propaganda parecidos

Para los fines de esta investigación, sin embargo, se ha preferido utilizar el término mecanismos de propaganda por una única razón: si bien el concepto de mecanismos de propaganda se corresponde con el que formula Taufic al referirse a los medios de comunicación, la frase fue empleada por la mayoría de las personas entrevistadas para este trabajo. Muchos de ellos, incluso, definieron a los medios de comunicación guerrilleros como instrumentos de propaganda.

De modo que cuando nos referimos a mecanismos de propaganda guerrillera se está hablando de medios/instrumentos puestos en marcha por la guerrilla en su actividad propagandística; de medios/instrumentos que, como se mencionó, constituyen mecanismos alternativos/alterativos de la comunicación de masas en el contexto específico de El Salvador; mecanismos/medios/instrumentos que se caracterizaron por su agilidad, diversidad y creatividad, y que desarrollaron su rol en medio de riesgosas condiciones de clandestinidad y guerra de guerrillas.

Se trata, al mismo tiempo, de mecanismos/medios/instrumentos que podrían ser considerados entre los más efectivos de los que utilizaron los diferentes movimientos guerrilleros en América Latina, pero que, sin embargo, no estuvieron exentos de limitaciones.

Limitaciones dadas, en primer lugar por las condiciones impuestas por la guerra²³; por la escasez de recursos y la deficiente preparación del personal encargado de las tareas de propaganda; pero, sobre todo, por las propias limitaciones políticas de la guerrilla: el sectarismo que marcó desde su fundación al FMLN y la no consolidada unidad entre las diferentes organizaciones que lo integraron, contribuyeron en buena medida a la dispersión de esfuerzos y recursos en lo que a la actividad propagandística concierne.

Es lo que aseguran “Nacho”, “Milton” y otros ex guerrilleros consultados para esta investigación.

²³ Paradójicamente, las limitaciones impuestas por la guerra, sin embargo, incidieron muy directamente en la riqueza, creatividad y agilidad de los mecanismos de propaganda guerrilleros, según coinciden en afirmar las fuentes consultadas para esta investigación

De acuerdo con sus declaraciones, esta no consolidada unidad entre las filas insurgentes, y las divergencias en cuanto a tácticas, maniobras y prioridades, e incluso, en cuanto a líneas estratégicas, incidieron muy directamente en que, pese a la conciencia en relación con el papel estratégico de la propaganda, la comandancia guerrillera no siempre priorizó en estos términos la tarea propagandística.

“Muchas veces -admite “Milton”- la propaganda quedaba rezagada, en segundo o tercer lugar de importancia, concediéndosele mayor prioridad a las actividades puramente militares, por ejemplo”.

Douglas Farah, corresponsal del diario norteamericano *The Washington Post* en San Salvador desde principios de la década de los 80, advierte algo similar en relación con los mecanismos de propaganda de la guerrilla salvadoreña.

“Es innegable -dice- que desde el principio el FMLN entendió la importancia de la propaganda para su guerra. Gran parte de su éxito en su trabajo político fue precisamente porque dedicó mucho trabajo y bastantes recursos, dentro de lo posible, a esta área. En otros países, como Colombia, donde la guerrilla nunca ha logrado avanzar en la concepción y ejecución de trabajo de propaganda, se ha quedado relegado a un papel marginal en la vida nacional. El FMLN, en cambio, logró poner en funcionamiento una red de medios de propaganda que además de concederle un buen porcentaje de credibilidad, le granjeó mucha simpatía. Muchas veces daba la impresión de que el FMLN generaba más incidencia a nivel nacional de la que realmente tenía.

“La importancia que le concedía el FMLN a la propaganda resulta muy obvia si se considera el empeño que ponía la guerrilla en proteger sus medios de comunicación, sobre todo los que tenían como sede las zonas de combate. De otra parte, el esfuerzo que dedicó el ejército gubernamental a silenciar, por ejemplo, las radios guerrilleras, y la presión que ejercieron los asesores norteamericanos para desarrollar toda una infraestructura de guerra de propaganda, dan también prueba del importantísimo rol que desempeñaron medios como *Radio Venceremos* y *Radio Farabundo Martí*”²⁴

²⁴ Entrevista con la autora, julio de 1996

Farah, sin embargo, deja en claro también una larga lista de peros: como “Milton”, considera que si bien los mecanismos de propaganda guerrillera en El Salvador tuvieron una influencia no registrada en otros movimientos insurgentes, los problemas políticos internos que atravesó el FMLN a lo largo de su desarrollo afectaron muy directamente la eficacia de estos medios.

“Chusón” sostenía criterios muy parecidos.

A finales de 1989, poco después de consumarse la más importante ofensiva militar de la guerrilla, “Jesús Rojas” o “Chusón”, como también se le conocía, concedió una larga entrevista sobre éste y otros temas a la agencia de noticias cubana *Prensa Latina*²⁵. “Chusón” era el nombre de guerra de uno de los comandantes más capaces del FMLN. Su verdadero nombre era Antonio de Jesús Cardenal Caldera; su nacionalidad, nicaragüense. Procedía de una de las familias más adineradas de Nicaragua, pero decidió integrarse a la guerrilla salvadoreña. Estudió para sacerdote, con los jesuitas, pero cambió de hábitos desde finales de los años 70, cuando comenzó a trabajar con las comunidades cristianas de base en la zona occidental de El Salvador. El 11 de abril de 1991, poco después de ofrecer una conferencia de prensa en zonas bajo control insurgente, en Chalatenango, fue atrapado en una emboscada en la carretera que conduce de Huizúcar a Arcatao, dos pequeñas poblaciones colindantes con Honduras. Le dieron 22 balazos, la mayoría en la cabeza, y murió como había muerto uno de sus hermanos, el comandante sandinista “Payo”, sin alcanzar a ver la paz.

En la entrevista, “Chusón” abordó largamente el tema de las confrontaciones internas que enfrentaba en ese momento la guerrilla, a nivel político, militar, diplomático y propagandístico.

En lo concernía precisamente a la propaganda, “Jesús Rojas” era del criterio de que, en efecto, los mecanismos guerrilleros en su conjunto habían cumplido, hasta ese momento, un papel de primer orden en el desarrollo de la guerra. Pero no ocultaba los problemas -serios, según alertaba- que enfrentaba el área de propaganda; problemas que devenían

²⁵ Entrevista con la autora, diciembre de 1989

de los conflictos de orden político que atravesó siempre el FMLN, y que se reflejaban en la dispersión de esfuerzos y recursos, en la prioridad no siempre estratégica que la comandancia guerrillera otorgaba a las tareas de propaganda, y, en otros casos, incluso, en contradicciones y disparidades entre las informaciones que emitían unos y otros medios de la insurgencia.

“Chusón” era de la opinión de que había que dar un vuelco sensible al desempeño de las tareas propagandísticas del FMLN. Explicaba que la salida negociada era inevitable, dado el empantanamiento en que se sumía el conflicto bélico por esa fecha; y sostenía que en los albores de la negociación, y de la paz, la guerra militar iba a trastocarse en guerra política, diplomática y, también, de propaganda, para la cual los mecanismos puestos en marcha hasta el momento deberían asumir un cambio a fondo en su funcionamiento.

No ocurrió exactamente así. La paz llegó y los mecanismos de propaganda del FMLN no lograron insertarse con éxito en la legalidad que proporcionó el cese de fuego. Lo “cachimbona, apasionada y apasionante” que fue su historia en los años del conflicto empezó a quedar atrás. Lo “colorido, brillante y movilizador”, también.

Hoy, lo que queda de aquellos mecanismos de propaganda pugnan por abrirse paso en una compleja madeja de contradicciones políticas. La misma que atenaza a la izquierda salvadoreña, sumida, como el resto de la izquierda latinoamericana, en el recuerdo y la confrontación de “sus hazañas, errores, poderes renovados de movilización, reflejos condicionados del dogmatismo, registro de la injusticia social, sectarismo institucional, logros históricos, prácticas totalitarias, generosidad y autofagia”²⁶.

²⁶ Cita del mexicano Carlos Monsiváis en la primera edición del libro *LA UTOPIA DESARMADA*, de Jorge G. Castañeda

IV.- UNA ÚLTIMA NOTA INTRODUCTORIA: SOBRE CUESTIONES METODOLÓGICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

Sobre El Salvador, su guerra, la guerrilla y las negociaciones que condujeron a la paz existe poca información bibliográfica; probablemente por lo dinámico de los acontecimientos que sacudieron a ese país y por lo reciente aún del proceso mismo.

En líneas generales, la bibliografía localizada al respecto aborda aspectos muy específicos del proceso revolucionario salvadoreño; específicos y demasiado centrados en las diferentes etapas del conflicto bélico, o en sus antecedentes más inmediatos.

Este es el caso de textos como *El Salvador Monografía*, de Roque Dalton, *El Salvador, 1981-1984: La Dimensión Política de la Guerra*, del académico salvadoreño Mario Lungo, *Una Revolución Democrática para El Salvador*, de Joaquín Villalobos, ex comandante guerrillero, *El Grito del Más Pequeño*, del periodista salvadoreño Jorge Pinto, y de varios otros materiales de reciente edición -digase *La Utopía Desarmada*, del mexicano Jorge G. Castañeda-, que se adentran en el análisis de ciertos factores que se confabularon antes y durante la guerra.

Algo similar sucede con las fuentes hemerográficas rastreadas. En efecto, fue precisamente en la consulta de materiales compilados en los archivos de varias agencias de prensa y de aquellos publicados en revistas y periódicos mexicanos donde se encontró mayor volumen de información sobre la guerra y la paz salvadoreñas. Sobre todo por el rol determinante que jugó México en todo el proceso salvadoreño, y porque no fueron pocos los periodistas mexicanos que cubrieron combate a combate la guerra en El Salvador con una resolución que llegó más allá del mero compromiso profesional.

Valga mencionar a las periodistas María Cortina, de la agencia noticiosa NOTIMEX, a Blanche Petrich y a Carmen Lira, del diario *La Jornada*, por ejemplo; a Luis Albarrán, que murió en El Salvador casi en el ocaso de la guerra, y a Ignacio Rodríguez Terraza, del periódico *Unomasuno*,

que fue baleado por el ejército salvadoreño en los primeros tiempos del conflicto, cuando desempeñaba sus tareas de reportero.

Todas y cada una de sus notas y crónicas periodísticas resultaron obligatorias para el abordaje de esta investigación; pero se trata igualmente de informaciones muy específicas sobre ésta o aquella coyuntura de las muchas que sucedieron en 12 años de conflicto bélico en El Salvador.

Y si la bibliografía es escasa en lo que toca a la guerra, lo es todavía más en relación con los mecanismos de propaganda que utilizó la guerrilla para llevar adelante tanto el conflicto bélico como las negociaciones para el cese de fuego.

Sobre las peculiaridades del periodismo y los medios de comunicación en El Salvador sólo fue posible hallar un texto: *El Periodismo en El Salvador. Bosquejo Histórico-Documental Precedido por Apuntes sobre la Prensa Colonial*, del investigador salvadoreño Ítalo López Valecillo, que por fortuna, abarca una buena parte de la historia del periodismo en el país, desde 1824 hasta las primeras décadas de este siglo. También por fortuna, en el resto de los libros consultados para esbozar el marco histórico de referencia de la evolución de los mecanismos de propaganda guerrillera en El Salvador se encontraron datos de interés sobre el tema, pero en forma tan fragmentada que su rescate implicó un minucioso trabajo de selección entre líneas .

Sobre las especificidades de la propaganda guerrillera propiamente dicha, apenas fue posible utilizar un solo texto, el libro *Las Mil y Una Historias de Radio Venceremos*, que como indica su título únicamente describe el surgimiento y la evolución de ese medio.

Sin embargo, sobre la situación actual de los medios de propaganda de la ahora ex guerrilla no se encontró ningún material bibliográfico, ni en las bibliotecas locales ni en otras consultadas en La Habana, donde se localizó una cantidad importante de informaciones sobre el desarrollo de la guerra en El Salvador.

De manera que la entrevista y la consulta con fuentes directas que de una u otra manera estuvieron vinculadas al proceso revolucionario y a

las tareas de propaganda de la guerrilla fue la base sobre la que se concibió y elaboró esta investigación. Y ello por dos razones: por lo exigua y dispersa de la información sobre el particular, y sobre todo porque lo reciente del fenómeno que estudiamos exige no sólo las referencias bibliográficas históricas, sino el testimonio vivo de esa historia que está aún por escribirse.

“Nacho” es, así, una suerte de hilo conductor del texto que se presenta, porque, de cierta manera, su trayectoria ilustra gráficamente lo que fueron y lo que son hoy los medios de propaganda del FMLN.

Lo que sigue es, pues, el resultado de un proceso de ensamblaje y marquetería que fue afectado, de un lado, por la ya mencionada dispersión bibliográfica, y, de otro, por las dificultades propias que entraña la localización, desde México, de fuentes activas como las ya referidas.

Marquetería al fin, sin embargo, a la investigación que se expone le cabe aún mucha más madera y mejores diseños para conseguir lo que se trazó como objetivos: abordar el nexo indisoluble que une a los mecanismos de propaganda con las condiciones y necesidades históricas concretas que marcan su evolución; y analizar, a partir de la experiencia salvadoreña, cómo una vez que cambian estas condiciones y aquellas necesidades, los medios se ven en la urgencia forzosa de readecuarse a los cambios impuestos para evitar su desaparición, o -peor todavía- su anquilosamiento.

CAPÍTULO I: LOS ORÍGENES

Marcado por las pugnas entre liberales y conservadores que siguieron a la independencia, el periodismo en El Salvador nace en 1824 con moldes y patrones muy similares al del resto de Hispanoamérica -México, Buenos Aires, Guatemala y Lima, en particular- y a los de Francia, cuyos estilos periodísticos fueron durante la primera mitad del siglo pasado el modelo predilecto en El Salvador.

El 31 de julio de 1824 salió a la luz lo que se recuerda como el primer periódico salvadoreño, el *Semanario Político Mercantil*, una publicación de ocho páginas que utilizó el mismo nombre de un periódico similar que circuló en México a partir de 1809.

Unos meses antes, el padre José Matías Delgado, uno de los próceres de la independencia salvadoreña, había logrado adquirir en Guatemala, con fondos recaudados entre la incipiente aristocracia salvadoreña, la primera imprenta de cuya existencia se tiene noticias en El Salvador, y en cuyas maquinarias se imprimió el pionero de los periódicos salvadoreños.

En su libro *El Periodismo en El Salvador. Bosquejo histórico-documental precedido de apuntes sobre la prensa colonial*, uno de los más renombrados autores contemporáneos salvadoreños, Ítalo López Valecillo, precisa que el periodismo exhibido en el *Semanario Político Mercantil* y durante mucho tiempo después, fue un periodismo de ideas, al estilo del que gustaba en la época, con marcada influencia de las "gacetas" que circulaban entonces en el continente.

En la prensa salvadoreña de la mitad del siglo pasado -dice López Valecillo- "hay no sólo una tendencia a imitar o copiar las gacetas hispanoamericanas, sino a presentar los moldes del viejo periodismo francés" (López, V., I., 1964 79); y ello, por la fervorosa acogida que tuvieron en Centroamérica y en América Latina toda el liberalismo francés de 1789, las reformas jurídicas y sociales puestas en marcha en 1804 y el auge económico de esta etapa, que en mucho hizo mermar la ya crítica situación de la corona española en sus colonias.

Así, el periodismo salvadoreño surge como un periodismo estrictamente de carácter político, marcado por lo que López Valecillo califica de doctrinarismo sin ambages, y dedicado por entero a la discusión ideológica entre las principales corrientes de la época: el liberalismo, el conservadurismo, el unionismo preconizado en favor de la gran Centroamérica, y el separatismo que enarbolaban las tendencias más progresistas.

Al *Semanario Político Mercantil* siguieron *El Centinela* (a partir de 1827) y *La Gaceta del Gobierno del Estado de El Salvador*, cuyo tiraje, efímero como el de los restantes periódicos de la época, inició lo que podría llamarse el periodismo oficial propiamente dicho en El Salvador.

Entre 1827 y 1850, la edición de publicaciones de este tipo fue bastante profusa en un país como El Salvador, de tan escasa extensión territorial y con una población -por entonces- mayormente indígena; situación que aporta valoraciones muy loables a la historia de la prensa salvadoreña.

López Valecillo incluye en su texto fichas de periódicos de esta época como *La Miscelánea*, *El Salvadoreño*, *El Revisor Salvadoreño*, *El Asueto* y *El Sendero*; también de *El Clamor Público*, que se distribuía gratuitamente en toda Centroamérica, *La Semana de Mayo*, *Paz y Orden*, *El Monitor*, *El Atleta* y *El Patriotismo Desnudo*, de inocultable influencia unionista.

De todos ellos -asegura el autor- fueron *El Revisor Salvadoreño* y *El Asueto* los dos periódicos más censurados de la época en El Salvador.

En 1843, en tanto, comienza a editarse *El Amigo del Pueblo*, el periódico que es considerado el más serio en la lucha liberal que sacudió al país por esos años. Fue asimismo la publicación de mayor circulación en ese período.

Para la segunda mitad del pasado siglo comenzó a tomar auge la difusión de publicaciones periódicas en otras ciudades salvadoreñas, particularmente en Cojutepeque, Santa Ana y San Vicente, donde, en líneas generales, el periodismo tenía similares características al que circulaba en San Salvador.

De todos, *La Opinión*, que salió a la luz en 1858, resultó la publicación más acabada y mejor elaborada. “Hizo un periodismo de altura”, según afirma López Valecillo.

A partir de 1860 empiezan a aparecer en el país periódicos de corte informativo, y ya no exclusivamente de índole política. Tal fue el caso de *El Pueblo*, una publicación quincenal que imprimía noticias políticas, pero también de variedades y arte.

1873, en tanto, marca el inicio del diarismo en El Salvador; una etapa que implica ya publicaciones mucho más periódicas y más amplias desde el punto de vista de su contenido.

“El diarismo vino a profesionalizar el periodismo. Débese al hondureño Álvaro Contreras, escritor y político, el afianzamiento de esta modalidad en la prensa salvadoreña”, escribe López Valecillo en su libro (López, V., I., 1964:345).

La llegada del diarismo significó también que por primera vez en la historia del periodismo salvadoreño se contaba con hombres dedicados exclusivamente a la búsqueda de noticias. Y aunque no prevaleció el periodismo meramente noticioso, los rastreos académicos sobre el tema aseguran que “a partir de 1873 el diarismo vino a desplazar a los semanarios, tendencia que se agudizó a lo largo de toda la segunda década del siglo actual” (López, V., I., 1964:345).

Por entonces, El Salvador alcanzaba nuevas configuraciones políticas, sociales y económicas. Y a medida que estos contornos se consolidaban con trazos más firmes, la prensa política de tendencia liberal cedía paso al periodismo noticioso y a publicaciones que en mucho afianzaban el pensamiento económico de esta etapa.

En tanto, y bajo la sombra del diarismo, el anuncio comercial -más que la suscripción y venta del periódico- empezaba a convertirse en la principal fuente de ingreso de las nuevas empresas periodísticas. Iniciaba un período en el cual los periódicos intentaban alejarse de la influencia económica de los gobiernos para satisfacer así las demandas de lectores cada vez más numerosos y exigentes, y para, al mismo

tiempo, ponerse a salvo de eventuales inseguridades económicas que acarrearía su vinculación orgánica con las autoridades.

En 1873 nació *El Diario*, la primera publicación diaria de El Salvador, que sentó pautas en favor de esta tendencia. *El Diario* fue precursor del diarismo en el resto de Centroamérica; introdujo técnicas y modalidades nuevas y llenó sus páginas con crónicas parlamentarias, noticias culturales, económicas y políticas del momento.

A *El Diario* siguieron *El Diario de El Salvador*, *La América Central*, *El Diario de Avisos* y *La República*, que circularon a la par de otros medios -semanarios y quincenarios- que, con otro carácter, perduraron buena cantidad de años: *La Libertad*, un bisemanario que marcaba pautas con una polémica también “de altura”, *El Pabellón Salvadoreño*, *La Candela* -fundado por la familia de los Pinto, que hasta bien entrado este siglo fungieron como baluartes del periodismo en El Salvador- y *El Látigo*, la primera publicación de los estudiantes universitarios.

Con la entronización del diarismo, el desarrollo cultural del país recibió un notable impulso en las postrimerías del siglo pasado y en las dos primeras décadas de éste. La prensa fue, así, el vehículo de mayor importancia en el desarrollo de las ciencias y las artes todas en El Salvador.

“Magníficas revistas, suplementos literarios, semanarios de breve pero extraordinaria existencia -escribe López Valecillo- estimularon como nunca antes las corrientes del pensamiento nacional. En este periodismo -añade- se hallan estudios valiosos de filosofía positivista, teología a lo Santo Tomás, comentarios de la doctrina económica y liberal, crítica literaria al vigoroso movimiento modernista y postmodernista, poemas románticos y modernistas” (López, V., I., 1964:179)

Y sigue diciendo: “Mas no sólo la filosofía, la economía, la política y la literatura en general son expresadas por medio de escritores notables; también la investigación científica se manifiesta con valiosos ensayos de botánica, arqueología, historia y lingüística, que fueron los temas preferidos de maestros y hombres de estudio” (López, V., I., 1964:179).

En líneas generales, el periodismo de factura literaria fue uno de los mejores estructurados en El Salvador, y de acuerdo con la bibliografía revisada, recibió gran influencia del periodismo francés y español hasta que, para fines del siglo XIX, se dejó ganar por los patrones norteamericanos.

Entre los principales medios literarios del siglo pasado López Valecillo menciona a *La Unión*, *La Crónica*, *El Rol* -considerado el primer periódico literario que se editó en las provincias salvadoreñas-, *El Criterio*, *El Universo*, *El Fénix*, *El Álbum*, *La Linterna Mágica*, *El Recreo*, *La Discusión*, *El Semanario Noticioso*, *La Juventud Salvadoreña*, *El Figaro*, *El Porvenir* y *El País*, que comenzó a editarse el último año del siglo XIX en la calle Ricaurte No.57, en el centro de San Salvador.

A la par de las publicaciones literarias, tomaron también auge las científicas, como *La Revista Médico Farmacéutica*, *Revista Médica de El Salvador*, *La Clínica* y *Ciencias y Letras*, que dejó de existir en 1898.

Junto con el periodismo de carácter literario, se desarrolló también en El Salvador en esta etapa lo que López Valecillo clasifica como periodismo religioso, que disfrutó de gran influencia en un país como El Salvador, de profunda fe católica.

Al respecto, se comenta en el libro de referencia que “la prensa con carácter y modalidad católicas nació en América con la introducción de la imprenta. En consecuencia, la prensa católica salvadoreña se manifestó casi inmediatamente después de 1824, fecha en que se introdujo la imprenta en el país” (López, V, I., 1964:291).

Entre los periódicos religiosos más importantes del pasado siglo se mencionan a *El Patriota Católico* (a partir de 1841) y *La Verdad*, de 1871. Se trata de una línea que se desarrollará con fuerzas en el siglo XX y que, durante todo el período de la guerra que sacudió a El Salvador entre 1980 y 1992, jugó roles decisivos.

Como apunte importante, López Valecillo incluye en su libro el hecho de que durante el pasado siglo, y hasta la segunda década del que cursa,

el periodismo salvadoreño se mantuvo alejado del seguimiento de cuestiones de índole social; entendidas como tales los problemas socioeconómicos de la mayoría de los salvadoreños.

“Nuestros hombres de letra -dice- consideraron siempre de mayor trascendencia la defensa y la conquista de los derechos políticos consignados en las proclamas liberales de Francia y Estados Unidos, y no el cambio ni la evolución rápida de las estructuras sociales y económicas de la sociedad salvadoreña”.

Otra cosa sucedería mucho después, cuando las propias condiciones socioeconómicas de El Salvador hicieron de las denuncias sociales el pan nuestro de buena parte de los medios de prensa.

Como otro dato de consideración en esta etapa, el autor dedica un capítulo aparte al “periodismo oficial”, que surgió con *La Gaceta del Gobierno del Estado de El Salvador* en abril de 1827. Desde entonces, los medios oficiales cambiaron de nombre a causa de sublevaciones, cuartelazos y motines del ejército, pero conservaron su carácter oficialista en todos los casos.

A *La Gaceta del Gobierno del Estado de El Salvador* siguieron *El Revisor Oficial*, *El Registro Oficial del Estado*, *El Isis Salvadoreño Liberal*, *El Nacional*, *El Correo Semanario de El Salvador*, *El Boletín Oficial*, *La Gaceta Oficial del Gobierno de El Salvador en la Conferencia Centroamericana* y, finalmente, *El Diario Oficial*, que, nacido en 1875, resultó el más longevo de los medios de este corte.

El siglo XX trajo nuevas exigencias a la prensa salvadoreña. El periodismo político prosiguió su evolución, perfilando todavía más sus contornos; también el periodismo literario, científico y religioso, pero, sobre todo, el de contenido social

Hasta el inicio de los años 30 circularon en El Salvador alrededor de 55 publicaciones de todo tipo y frecuencia, según asegura López Vaecillo en una información avalada también por Dalton y la escritora salvadoreña Liliam Jiménez en dos textos editados en La Habana por la institución cultural Casa de las Américas, que acometen el análisis de la

prensa salvadoreña a partir de la coyuntura iniciada en el país a partir de los primeros años de este siglo²⁷.

De acuerdo con sus investigaciones, a partir de los años 30 empiezan a tomar auge los periódicos estudiantiles, los satíricos y los polémicos, como fueron *Cultura y Razón*, *La Ráfaga*, *El Estandarte* y *El Verbo Estudiantil*.

Los diarios *Estrella Roja*, *El Kadejo* (a los que Dalton y Jiménez atribuyen el “mérito” de haber sido el primer periódico clausurado por la dictadura del General Maximiliano Hernández Martínez, que se impuso en 1930), *Vanguardia*, de los comunistas, y *Opinión Estudiantil*, de los universitarios, marcaron así el inicio de una nueva etapa en el periodismo salvadoreño; una etapa caracterizada por la denuncia social y la oposición abierta a los gobiernos que, desde Hernández Martínez hasta 1992, detentaron generales y coroneles en El Salvador.

²⁷ Ver Dalton, R. *EL SALVADOR MONOGRAFÍA*, Ed. Casa de las Américas, La Habana, 1965, y Jiménez, L. *EL SALVADOR SUS PROBLEMAS SOCIOECONÓMICOS*, Ed. Casa de las Américas, La Habana, 1980.

CAPÍTULO II: LOS ANTECEDENTES. 1930-1970

El siglo XX llegó a El Salvador bajo el gobierno del General Tomás Regalado, quien se mantuvo en el poder hasta 1903, cuando cedió su puesto a un civil, Pedro José Escalón.

En 1907, sin embargo, los militares volvían a la casa de Gobierno en la figura de otro General, Fernando Figueroa, que mantuvo al país bajo férreo estado de sitio. El cuarto presidente que tuvo El Salvador en este siglo, Manuel Enrique Araujo, apenas si pudo terminar su gobierno poco antes, fue asesinado a machetazos en un céntrico parque de la capital.

A partir de entonces -1903-, y hasta 1927, el país fue controlado por los Meléndez Quiñónez, una de las catorce familias que durante décadas mantuvieron las riendas políticas y económicas de El Salvador.

En 1927, en un error de cálculo que mucho costó después a los grupos oligarcas salvadoreños, los Meléndez Quiñónez colocaron en la presidencia a Pío Romero Bosques, quien propició las últimas elecciones libres que se recuerden en el país; elecciones que ganó el ingeniero Arturo Araujo con abrumador respaldo popular, pero cuyos laureles se esfumaron en sólo 270 días, entre marzo y diciembre de 1931, cuando fue derrocado por un cuartelazo que preparó minuciosamente su Ministro de la Guerra, el General Maximiliano Hernández Martínez.

Para la fecha, San Salvador se había convertido en un literal campo de batalla de las nuevas ideologías que permeaban la época -el anarquismo, el sindicalismo, el marxismo y alguna que otra doctrina “criolla” elaborada por filósofos del patio-, y la pujanza de las organizaciones gremiales y campesinas recién nacidas empezaba a complicar en extremo el pulso de la vida política nacional

Eran los años en que el perfil de las manifestaciones opositoras en El Salvador se dibujaba con tintes antiumperialistas al calor de los influjos de la Revolución Mexicana, de la Revolución de Octubre, en la lejana Rusia, y de las luchas de Augusto César Sandino en las Segovias

nicaragüenses. Los años en que, clandestinamente, circulaba en San Salvador un periódico procedente de Panamá llamado *El Submarino Bolchevique*; y en los que, incluso, se instauró en el país un estilo de modas también “bolchevique” que incluía “zapatos bolcheviques”, “caramelos bolcheviques”, “pan bolchevique”...

El Partido Comunista Salvadoreño (PCS) fue fundado también en estos años, apenas unos meses antes del cuartelazo de Hernández Martínez y justo cuando en el occidente de El Salvador se ensayaba la puesta en marcha de Sóviets Populares en varios cantones de las poblaciones de Juayúa y Tacuba.

Rodeada de volcanes, pero todavía apacible, San Salvador, sin embargo, empezaba entonces a delinear sus contornos con nuevos matices.

La efervescencia social parecía indetenible. Y tras el golpe castrense, la situación se hizo cada vez más tensa. Así que frente a la violencia que se avistaba con demasiada premura, el gobierno de facto convocó a elecciones para alcaldes y diputados.

Todavía recién nacido, el PCS no estaba en condiciones de aceptar el reto, pero a última hora -valga decir, en una decisión demasiado retardada- se postuló y ganó, estrepitosamente, en numerosos municipios.

Al General Hernández Martínez, sin embargo, no le pareció una buena idea esa de compartir su poder, y muchísimo menos con los comunistas. Fue entonces cuando empezaron a ultimarse los detalles de la masacre que constituyó, en criterio de fuentes de izquierda en El Salvador, el antecedente primero de las largas batallas político-militares que se generalizaron en el país.

II.1.- 1932: LA MASACRE

A Miguel Mármol lo fusilaron también por esos días, pero tuvo mejor suerte que sus compañeros: los sesos y la sangre de un joven al que apodaban “El Ruso” y que colocaron a la par suya en el paredón, le cubrieron el cuerpo, permitiéndole así llegar vivo a los 87 años, convertirse en uno de los propagandistas más efectivos de la situación revolucionaria salvadoreña, y morir -ahora sí, definitivamente- apenas unos meses después de que se firmara la paz en El Salvador, en 1992.

Horas antes, la delación de la conserje de un colegio de niñas en San Salvador entregaba a las autoridades a Farabundo Martí, a Alfonso Luna y a Emiliano Zapata, fundadores todos, como Mármol, del PCS. Martí, Luna y Zapata figuraron así entre las primeras víctimas del genocidio que estalló el 22 de enero de 1932 y que permitió a Hernández Martínez gobernar el país bajo una literal paz de cementerio durante poco más de 10 años.

La masacre más salvaje que recuerda la historia latinoamericana había comenzado. En cuestión de días, no más de una semana, casi 30 mil campesinos e indígenas fueron asesinados por órdenes de Hernández Martínez para apuntalar el golpe asestado contra el ingeniero Araujo, que pasó a la historia como el único presidente salvadoreño elegido en los únicos comicios realmente libres registrados en la nación en lo que va de siglo.

Autores salvadoreños diversos coinciden en advertir que la matanza de enero de 1932 dejó huellas demasiado profundas en la historia reciente de El Salvador

Al decir del propio Mármol, “el drama del 32 es para El Salvador lo que fue la barbarie nazi para Europa, la barbarie norteamericana en Vietnam, un fenómeno que cambió por completo, en sentido negativo, la faz de una nación. Desde ese año todos nosotros somos otros hombres, y creo que desde entonces El Salvador es otro país” (Dalton, R., 1972 342-343).

“La represión se desató antes de que hubiéramos terminado de coordinar a nivel nacional el plan para hacer frente a la acción gubernamental y antes de que hubiéramos montado la organización mínima correspondiente -rememora Mármol en una larga entrevista concedida a Dalton en Praga, en 1966, sobre las causas, los errores y las secuelas de la masacre de 1932-. Por eso fue que una vez capturada la dirección del Partido y liquidadas las fuerzas comunistas, la gran masa con que contábamos para la toma del poder en todo el país quedó dispersa, desorientada, sujeta a instrucciones contradictorias, sin saber qué hacer” (Dalton,R.,1972:361).

Dalton, por su parte, acota en su *Monografía*:

“Con las organizaciones decapitadas y dispersas, la dictadura de Hernández Martínez comenzó una de las labores de distorsión de los hechos históricos más intensa que se recuerde con respecto a los acontecimientos de la vida social salvadoreña. Una propaganda sistemática y profunda, acompañada del terror permanente e intenso, se encargó de repetir hasta la saciedad que los sucesos del año 32 no merecían un calificativo mejor que la gran matanza efectuada por los comunistas contra el pueblo salvadoreño. Por muchos años ni una voz se alzó públicamente ante la calumnia que responsabiliza al PCS de hechos materiales de salvajismo e inhumanidad que asolaron los campos y ciudades del país por aquel entonces. En pocos países como El Salvador el gran fantasma -en el sentido peyorativo del término- del comunismo y el hecho real y ferozmente impuesto por todos los medios del anticomunismo, presidió, en forma tan intensa, el panorama nacional. Visto desde otro ángulo, este doloroso acontecimiento significó, sin embargo, el primer gran intento del pueblo salvadoreño de rectificación histórica desde el levantamiento de Anastasio Aquino en 1832” (Dalton,R.,1965:122).

El fracaso de la insurrección de 1932, los errores cometidos por los comunistas y la represión desatada permitieron la consolidación del gobierno del General Hernández Martínez, a quien en El Salvador todavía se recuerda hoy como el “teósofo ametrallador”, y de quien se asegura que prefería matar hombres a hormigas, porque las hormigas, según decía, no podían reencarnar

Pero la propia represión y las condiciones internacionales que se generaron en los años de la Segunda Guerra Mundial en toda América Latina, dieron al traste con el gobierno “martinista” en abril de 1944, cuando otro movimiento cívico-militar hizo huir a Hernández Martínez hacia Guatemala, primero, y luego hacia Honduras, donde años después fue apuñaleado por su chofer, Cipriano Morales, en medio de una borrachera memorable.

El 9 de mayo de 1944, al calor de una revolución que finalmente resultó infructuosa, se desplomó el gobierno de Hernández Martínez, el hombre que logró entronizar en El Salvador el rosario de gobiernos militares que se prolongaron hasta bien entrado el siglo.

II.2.- 1930-1944: LA PRENSA OPOSITORA

La fundación del PCS trajo consigo la aparición de una prensa de nuevo tipo en El Salvador; una prensa que, como se expuso en el capítulo anterior, empezaba a asumir el rol de la denuncia política y social desde la oposición más abierta al gobierno.

Sin embargo, el terreno de la prensa opositora salvadoreña había empezado a ser fecundado desde antes, desde que en los años 1918-1920 comenzaron a penetrar nuevas ideologías en el país a consecuencia de los profundos cambios que se operaban por entonces en el mundo. Todo el acervo acumulado durante el pasado siglo por la prensa política salvadoreña, y por la que circuló en el país en los albores de esta centuria, tuvieron también su peso en la aparición y consolidación de los medios opositores.

A fines de los años 20 funcionaba en San Salvador la llamada Universidad Popular, una dependencia educativa de la Federación Regional de Trabajadores, fuertemente politizada con un sentido antiimperialista, clasista y prosandinista, que en mucho incidió en el fenómeno de la prensa opositora salvadoreña.

Así, los niveles de organización adquiridos por gremios y sindicatos diversos hicieron posible la aparición en esos años del periódico *El Martillo*, órgano oficial de la Federación Regional de Trabajadores, del que Mármol era voceador y vendedor.

La venta de *El Martillo* adquiría generalmente la forma de “mitines relámpagos” de propaganda en los que “la comunicación entre las masas y los comunistas adquiría el carácter de una descarga eléctrica lanzada por los cables adecuados: hubo un resultado excelente desde el principio, pues nuestras palabras -recuerda Mármol- caían en tierra abonada por años y años de sufrimiento, vejaciones, miseria y engaño de los políticos tradicionales. La luz se hizo de pronto en muchas cabezas. No toda la luz en todas las cabezas. Pero se hizo la luz” (Dalton,R.,1972.116).

Eran los años de “las reuniones silvestres”, como las define Mármol en su testimonio; de reuniones de tipo propagandístico donde los comunistas difundían sus ideas de poblado en poblado y a lomo de mula

Mármol añade en su recuento que “la sede de la Federación Regional de Trabajadores era el centro a donde nos llegaba la intensa propaganda internacional de aquella época. Recibíamos materiales de Holanda, Argentina, Francia, Italia, Estados Unidos, México, etc., en los cuales se reflejaban varias tendencias y posiciones que por entonces influenciaban al movimiento obrero mundial. Así llegaban a nuestro país tendencias reformistas, anarcosindicalistas, anarquistas y comunistas, que se disputaban la hegemonía en el movimiento obrero internacional. Por el carácter gremial de la Federación, la corriente que mayor acogida tuvo en los primeros tiempos fue el anarcosindicalismo, pero también cundió en sus filas el reformismo, impulsado por los oportunistas de la II Internacional de Amsterdam” (Dalton,R.,1972:143).

También el comunismo empezaba a penetrar entre los trabajadores salvadoreños: “comenzábamos a coincidir -dice Mármol- con las posiciones comunistas, nutriéndonos de los folletos de Lossovsky y de la propaganda que llegaba desde la URSS y México a través del periódico *El Machete*, del Partido Comunista Mexicano” (Dalton,R.,1972:143).

Lo que después podría definirse como prensa comunista en El Salvador comenzó a circular a partir de entonces, luego de la fundación del PCS.

Se trataba de una prensa en extremo rudimentaria, como lo denotan los ejemplares que aún se conservan de los periódicos *Estrella Roja* y *Vanguardia*, los órganos que por esa fecha lograron hacer circular los comunistas y que, de acuerdo con el testimonio de Mármol, jugaron un rol determinante a la hora de convocar a las bases comunistas, y a las masas populares, a votar por el PCS en los comicios de diciembre de 1931, en el preámbulo de la masacre de 1932.

Pero se trataba igualmente de un vehículo de expresión que, junto con otras publicaciones como *Opinión Estudiantil*, de los estudiantes universitarios, marcaron pautas en el periodismo salvadoreño y constituyeron antecedentes claros de los mecanismos de propaganda utilizados después por las fuerzas guerrilleras.

Tras la masacre de 1932, junto con el PCS, se desarticularon sus medios de prensa. Durante buena parte del gobierno de Hernández Martínez la propaganda opositora tomó nuevos derroteros: comenzó a hacerse, la mayoría de las veces, de forma clandestina, y comenzó a emplear otros medios, que no siempre fueron impresos.

Mármol recuerda que durante los años que siguieron a 1932, la reorganización del PCS y de las instancias gremiales y sindicales requirieron de nuevos métodos de propaganda: “El primero de mayo de 1933 -dice- lo celebramos desde la clandestinidad, pero infinidad de carteles y banderas rojas que aparecieron en los árboles y cercos rurales, a orillas de las carreteras y en los caminos de numerosas poblaciones de El Salvador, hablaban elocuentemente de nuestra existencia y de nuestra actividad” (Dalton,R.,1972:383-384).

Empezaron por esa época lo que en El Salvador se conoce como “cartelada”, la colocación de mantas, la aparición de proclamas y banderas rojas, en público desafío contra el gobierno; hechos que la guerrilla llamaría después “acciones de propaganda armada” y que costaron la vida a muchos jóvenes salvadoreños, empeñados en dar a conocer, también, su existencia.

II.3.- 1944: LA REVOLUCIÓN ABORTADA

El movimiento cívico militar que forzó la huida del General Hernández Martínez abrió otro capítulo en la historia contemporánea salvadoreña.

El “martinato” fue derrocado por una huelga de brazos caídos auspiciada por un grupo de soldados cuya acción, sin embargo, dio paso inmediato a la instalación de una nueva dictadura militar, encabezada por el Coronel Osmín Aguirre Salinas -alias “El Peche Osmín”-, quien había fungido como director de la temida Policía Nacional durante los días de 1932.

Según refiere Dalton en su *Monografía*, los militares de línea dura y los sectores oligárquicos no sufrieron mella alguna luego de la salida de Hernández Martínez del escenario político salvadoreño. Incluso, a última hora, el “teósofo ametrallador” había logrado dejar en su lugar al General Andrés Ignacio Menéndez, un oscuro personaje al que subalternos apodaban “Cemento Armado”, por lo almidonado de su uniforme.

Menéndez fue así el puente que logró perpetuar a los militares en el poder. Ello, sumado a la ausencia de organizaciones populares sólidas, hizo que la coyuntura favorable en aquel momento de ascenso revolucionario fuera capitalizada por los grupos tradicionales de poder.

En octubre de 1944, Aguirre ocupa la silla presidencial y anuncia que su gobierno duraría poco tiempo, apenas el imprescindible para “limpiar de comunistas el país” Como era de esperar, el Presidente estableció de inmediato la ley marcial en todo el país y clausuró todos los periódicos que pudo

Sin embargo, el “Peche Osmín” tuvo que enfrentar un fuerte intento de golpe militar emprendido por la oficialidad joven de este periodo que, incluso, llegó a nombrar un gobierno en el exilio -en la vecina Guatemala- y a emprender incursiones armadas de cierta consideración.

Pero el intento no pasó de eso, y para 1945, también como era de esperar, las elecciones convocadas por Aguirre volvieron a dar el triunfo a otro militar, popularmente conocido como “Mica Polveada”: el General Salvador Castaneda Castro.

En una sucesión súbita de acontecimientos, en la que los militares seguían siendo los únicos protagonistas, Castaneda Castro fue derrocado por la oficialidad intermedia del ejército cuando pretendió reelegirse. Se instaló entonces un Consejo Revolucionario de Gobierno que logró mantenerse en el poder desde el 14 de diciembre de 1948 hasta el 14 de septiembre de 1950, cuando se convocó una vez más a elecciones presidenciales.

Las elecciones terminaron en fraude. Esta vez, le tocó el turno al Coronel Oscar Osorio, un militar educado en Europa y México que presidió lo que la historia salvadoreña conserva bajo la denominación de “primer gobierno de la Revolución de 1948”, y lo que en términos populares se conoce como “el gobierno de la Robo-lución”.

Osorio, baleado varias veces, y en público, por su esposa -cada vez que lo encontró con una amante-, logró, no obstante, cohesionar a las fuerzas dominantes a partir de una línea demagógica fuerte que incluyó desde sus inicios un cuidadoso trabajo de división del movimiento obrero y las fuerzas de izquierda, que por la fecha volvían a reagruparse. No se sabe el número exacto, aunque se calcula en varios cientos, de los dirigentes obreros y estudiantiles que fueron encarcelados, torturados y desterrados durante el régimen “osorista”.

En los últimos años de su mandato, sin embargo, la presión de las organizaciones populares, sindicales y campesinas, de los intelectuales y de algunos partidos de corte pequeño burgués, empezaba a ser preocupante, para los militares.

Así, se generalizaron los preparativos para otra campaña presidencial, y para otro fraude electoral. En 1955 subió al poder, por primera vez en la historia salvadoreña, un Coronel de nacionalidad hondureña, José María Lemus, quien bien aconsejado por el ritmo de los acontecimientos, intentó separarse lo más posible del “osorismo” con medidas que

incluyeron la autorización para el regreso de los exiliados, y cierto apoyo a la intelectualidad.

El regreso de los exiliados favoreció la aparición de nuevas organizaciones populares. Entre los años 1957 y 1958 surgieron la Confederación General de Trabajadores Salvadoreños, el Movimiento Revolucionario Abril y Mayo, la Asociación de la Juventud “Cinco de Noviembre” y la Fraternidad de Mujeres, que serían los embriones de las organizaciones obreras, políticas y estudiantiles que en los años 60 enfrentaron la dictadura de Julio Adalberto Rivera, ya con otras proyecciones.

El alza artificial de los precios del café, la bonanza en la que se adentraron los sectores oligárquicos y el poder creciente de los militares, incidió de manera decisiva en el auge de las actividades revolucionarias en El Salvador en esta etapa, según sostiene Dalton en su *Monografía*.

De modo que para las postrimerías de los años 50, la efervescencia revolucionaria era visible en El Salvador, donde las calles eran frecuentemente tomadas por las organizaciones estudiantiles, y la Universidad se convertía cada vez más en tribuna pública del inconformismo popular. El triunfo de la Revolución Cubana, en 1959, acentuó esta situación acelerando la toma de conciencia de las masas populares salvadoreñas, agrega Dalton en su texto.

Y, como se dice en El Salvador, “la cosa empezó a ponerse color de hormiga”: el 14 de diciembre de 1959 el desfile conmemorativo oficial por la llamada Revolución de 1948 fue apedreado por la población en pleno centro de San Salvador, en un hecho que la tolerancia de Lemus ya no fue capaz de soportar.

Para agosto de 1960 las cárceles estaban saturadas de presos políticos; se habían suprimido ya publicaciones periodísticas, radiales y televisivas de carácter democrático y se había vuelto a expulsar a todos los líderes gremiales del país

Los estudiantes llevaron también su parte, y la represión castrense se ensañó ferozmente en los integrantes de la Asociación General de Estudiantes Universitarios (AGEUS), que fue duramente mermada

También contra los militantes del llamado Frente Nacional de Orientación Cívica (FNOOC), la más importante instancia unitaria de los movimientos opositores del momento.

El 2 de septiembre de 1960 los militares allanaron la Universidad y masacraron a los estudiantes. Para Dalton, fue este el primer síntoma de desconcierto gubernamental ante la consolidación, entre los sectores de izquierda, de las tesis emanadas de la Revolución Cubana sobre la insurrección armada.

Unos días después, el 15 de septiembre, el desfile en conmemoración de la independencia fue ametrallado por la Policía y la Guardia Nacional, con lo que “se aceleró la unificación de criterios en el seno de las fuerzas populares y se aislaron a los sectores vacilantes y reaccionarios: era evidente que la única salida justa era la lucha frontal en el terreno de la violencia” (Dalton,R.,1965:136-137).

El caos que ya se palpaba condujo a otro golpe militar, que tuvo lugar en octubre de 1960. El cuartelazo fue propinado por sectores considerados centristas, y fue inicialmente secundado con júbilo popular. Cualquier cosa era mejor que Lemus...

En esta ocasión, en los albores del golpe se liberaron a los presos políticos y se estableció una nueva Junta Cívico-Militar de Gobierno, encabezada por profesionales de prestigio en el país. Otra vez, la Junta dejó en claro que su misión se limitaría exclusivamente a preparar las condiciones para otro evento electoral. La Junta fue efusivamente respaldada por las organizaciones populares, sobre todo luego que manifestara su intención de garantizar el irrestricto ejercicio de derechos de organización, libre expresión del pensamiento y de la propaganda política.

El 26 de octubre de 1960, durante el cambio de guardia en la Casa Presidencial, dos oficiales se introdujeron en la alcoba del mandatario y sacaron a Lemus y a su esposa, en pijama, hacia el aeropuerto internacional, rumbo al exilio.

A la caída de Lemus, las fuerzas democráticas cobraron gran amplitud en las ciudades, y fundamentalmente, en el campo. Durante el breve

período de mandato de la Junta de Gobierno que sustituyó al mandatario, se fortaleció aún más la movilización y la participación popular en busca de sus intereses. Aunque la Junta se opuso a la realización de cambios profundos, el movimiento popular que floreció bajo su égida empezó a minar en todo el país el poder en que había estado asentada la oligarquía.

Débil, e inmerso en profundas controversias sobre la validez de la lucha armada o de las contiendas electorales, el PCS no logró liderar ni canalizar la efervescencia popular. Los años 60 marcaron, así, un desmembramiento en su seno que propició, en la década de los 70, la conformación de nuevas organizaciones político-militares.

Por su parte, la derecha también comenzó a reagruparse inmediatamente, utilizando vías diversas para su recomposición interna: una propaganda virulenta y confusionista, al decir de Dalton; la creación de partidos políticos, como el Demócrata Cristiano, para aprovechar en caso de que fuera necesario el camino electoral, y presiones de todo tipo contra la Junta de Gobierno. Y de la actividad propagandística pasó a la represión abierta, sobre todo para debilitar a fondo al FNOC y al poderoso movimiento estudiantil de la época.

La represión volvió a ser uno de los rasgos significativos de esta parte de la historia salvadoreña que podría enmarcarse a partir de los años 60. Pero la violencia fue a partir de entonces todavía mucho más cruenta y sofisticada. La década de los 60 configuró, así, una coyuntura mucho más compleja en El Salvador, que empezó a delinear de forma mucho más nítida la guerra que sobrevendría años después, justo en el punto más álgido de la represión castrense.

II.4.- 1961: OTRO CUARTELAZO

Tras repetidos intentos de golpe de estado, en su mayoría truncados por la presión de las organizaciones populares, el 25 de enero de 1961 se produce otro golpe militar que suplantó a la Junta de Gobierno por un llamado Directorio Cívico-Militar; golpe que fue secretamente preparado en el cuartel de San Carlos, en San Salvador, en presencia de oficiales de la embajada norteamericana y del ejército guatemalteco, y que marcó la ruptura de relaciones entre El Salvador y Cuba y el regreso a un estado de terror alarmante en el país, esta vez edificado en nombre del anticomunismo.

El cuartelazo de 1961, por lo demás, dio paso a un fenómeno todavía más grave: la conversión del ejército salvadoreño en un literal partido político armado.

Para las elecciones se inscribió como único partido el nuevo partido oficial, denominado Partido de Conciliación Nacional (PCN), que proclamó la candidatura del Coronel Julio Adalberto Rivera, quien gobernó con métodos muy similares a los que impuso en su época Hernández Martínez.

A partir del gobierno de Rivera, y en correspondencia con los nuevos aires que corrían en Latinoamérica tras el triunfo de Fidel Castro en Cuba, Estados Unidos introdujo en El Salvador un aparato estatal paralelo al del Estado que, desde entonces, y cada vez más visiblemente, orientó la administración del país en todos sus rubros.

Fue también a partir del gobierno de Rivera que el ejército y los cuerpos paramilitares comenzaron entrenamientos antisubversivos, y cuando se crearon nuevos cuerpos de seguridad y una extensa y más sofisticada red de inteligencia, financiada, desde sus orígenes, por la embajada norteamericana en San Salvador. Peor todavía, se crearon por esos años las bandas fascistas de tipo clandestino que después serían conocidas en todo el mundo con el nombre de Escuadrones de la Muerte, responsables del asesinato de miles de salvadoreños.

En su análisis sobre la coyuntura de los años 60 en El Salvador, Dalton asegura que fueron los factores internos, estimulados por los cambios que precipitaron en el continente el triunfo de la Revolución Cubana, los que determinaron el surgimiento en El Salvador de una “situación revolucionaria”. Liliam Jiménez sostiene algo similar en su libro *El Salvador: Problemas Socioeconómicos*, editado en 1980 en La Habana, Cuba, por la institución cultural Casa de las Américas.

Son los años -según coinciden en advertir Dalton y Jiménez- en que una parte de la izquierda salvadoreña empieza a plantearse firmemente una salida armada a la situación del país; los años de fuertes contradicciones en la izquierda, que se manifiestan, precisamente, en las diferentes posiciones en relación con la vía armada o insurreccional.

Fue la etapa que sentó las bases de la aparición, en la década siguiente, de organizaciones de nuevo tipo, surgidas todas del seno del PCS, a consecuencia del rechazo a su línea -por entonces- conciliadora y reacia a emprender en El Salvador lo que después llegó de todas maneras, la lucha armada.

Los años, en definitiva, que abrieron espacios para la expresión popular y que -en una manifestación del sectarismo que siempre marcó a las fuerzas opositoras en El Salvador- vieron surgir un número impresionante de partidos, frentes y asociaciones diversas que anticipaban desde ya la extrema polarización política que se entronizaría en el país.

Porque hubo algo curioso en el proceso salvadoreño: si bien todos los analistas coinciden en destacar la capacidad organizativa de los sectores populares en su lucha, destacan igualmente la polarización política y el sectarismo que acompañó desde el inicio a estas organizaciones; sectarismo que era reflejo de divergencias en cuanto a métodos, tácticas, prioridades y roles que en mucho incidieron en el desempeño de las fuerzas de izquierda en El Salvador.

A Rivera, entre paréntesis, lo sustituyó otro militar, el General Fidel Sánchez Hernández, y a éste, el Coronel Arturo Armando Molina, quien entregó la banda presidencial al también General Carlos Humberto Romero en 1977, el último de una larga serie de presidentes castreusos a

cuyos gobiernos tocó buena parte de la responsabilidad del estallido de la guerra civil iniciada en 1981.

II.5.- 1944-1960: PRENSA OPOSITORA VS PRENSA OFICIAL; NUEVA ESCALADA EN LA CONFRONTACIÓN IDEOLÓGICA

Los años comprendidos entre 1944 y 1960 dieron un nuevo contexto a la prensa salvadoreña.

De un lado, los grandes medios pasaron a tomar parte mucho más activa en la confrontación ideológica que tenía lugar en el país, desatando una permanente campaña anticomunista y contra todo lo que tuviera que ver con las fuerzas de izquierda, que ganó no pocos adeptos para su causa a partir de esta etapa.

De otro lado, la prensa de oposición alcanzó en este período escalones superiores en su desarrollo.

Los años 40 fueron los años de esplendor del periódico *Opinión Estudiantil*, que con valor de 10 centavos se distribuía en todo San Salvador con sátiras y comentarios en extremo fuertes contra los diferentes regímenes militares que gobernaron al país hasta los años 60.

A los tirajes de *Opinión Estudiantil* se sumaban entonces los del diario *Época*, también de carácter opositor y en el cual diversos sectores hacían pública su repulsa a la arbitrariedad de los militares. El 2 de abril de 1955 surge *El Independiente*, propiedad de una familia de larga estirpe periodística cuyo patriarca, Miguel Pinto, había fundado en 1880 *El Latinoamericano*.

Varias veces ametrallado en éstos y en años posteriores, *El Independiente* fue dirigido por el nieto de Miguel Pinto, Jorge, quien el mismo 2 de abril publicó un editorial en el que manifestaba que su periódico “encarna esta tradición periodística que nace en el siglo pasado y que sin interrupción ha pretendido interpretar el momento histórico del pueblo salvadoreño, su pensamiento y sus anhelos” (Pinto, J., 1988:91).

Los años 60, en tanto, vinieron a reforzar la tendencia que seguían tanto la gran prensa como la prensa opositora.

Así, esta etapa marcó el fortalecimiento de la llamada gran prensa en El Salvador, y desde entonces estuvo cada vez más claro la existencia de dos carriles paralelos en lo que a medios de comunicación concierne: la prensa al servicio de los intereses de aquellas catorce familias, y lo que Dalton y Jiménez llaman, indistintamente, prensa popular, prensa opositora y prensa democrática.

La gran prensa salvadoreña incluye desde entonces a matutinos como *La Prensa Gráfica* y *El Diario de Hoy*. Propiedad de una de las familias más adineradas del país, los Dutriz, *La Prensa Gráfica* era en la década de los 60 el periódico más vendido en El Salvador. También lo es ahora. Según refiere Dalton, por la época mantenía fuertes vínculos con la embajada norteamericana que, incluso, le asignaba un subsidio anual de importancia.

El Diario de Hoy, en tanto, y con similar línea editorial, fue fundado en 1934 por la familia Viera Altamirano, pero no fue hasta los años 60 que se fortaleció como empresa, con intereses, como *La Prensa Gráfica*, claramente opuestos a los sectores populares.

En los albores de los 70 circulaba también, con un volumen importante, *Tribuna Libre*, perteneciente a un sector oligárquico vinculado al ex Presidente Oscar Osorio y a los militares, donde, como es de suponer, los ataques a la izquierda y la reacción anticomunista fueron todavía más abiertos.

Asimismo, tenía difusión de cierta consideración el *Diario Latino*, propiedad de la familia Pinto que, en la etapa que referimos, sin embargo, y pese a sus posiciones democráticas, había iniciado un giro regresivo en su proyección editorial, ya con otros dueños. *Diario Latino*, no obstante, pasó en las décadas siguientes a profundas redefiniciones, y para los 80 tenía pública vinculación con las organizaciones político-militares que nacieron en 1970.

En cuanto a la prensa de oposición, hay que referir que las organizaciones políticas que aparecieron en la década de los 60 tenían, cada una, su medio de propaganda -otro rasgo del sectarismo de la izquierda salvadoreña que después incidió en la propaganda guerrillera-,

que generalmente se dedicaba a análisis de coyuntura y a explicar a sus bases los orígenes de su propia existencia.

Dalton menciona en su *Monografía* varias publicaciones -todas de impresión y circulación clandestina- del llamado Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR). Refiere, en particular, por la incidencia que tuvo entre los jóvenes que se aproximaban a las tendencias izquierdistas, la publicación *El Salvador, un Drama Ignorado*, que se editaba en México y circulaba clandestinamente en El Salvador.

El PCS, por su parte, editaba a duras penas un nuevo órgano teórico, *La Verdad*, que, sobre todo, aprovechaba sus páginas para largas explicaciones históricas de la situación nacional, y para los debates en torno a la viabilidad o no de la lucha armada en un país como El Salvador, sin mayores condiciones para una eventual confrontación insurgente.

En este período la prensa de oposición fue duramente censurada y atacada. A lo largo de los 60, buena parte de la prensa democrática fue clandestina y se imprimió en mimiógrafos, distribuyéndose con gran riesgo a cuenta de las organizaciones revolucionarias que la respaldaba.

Los principales periódicos opositores de esta etapa fueron:

- *Opinión Estudiantil*: Órgano oficial de la Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños (AGEUS). Fundado a mediados de los años 20, fue clausurado cerca de veinte veces por las fuerzas represivas. Su plana de redacción era electa anualmente por votación general de todos los estudiantes. Su influencia en las masas fue de gran importancia y puede decirse que fue el semanario de mayor prestigio político en el país en esta etapa.
- *Voz Obrera*: Semanario de la Confederación General de Trabajadores Salvadoreños (CGTS). Además de los asuntos específicamente obreros, este semanario trató también los temas políticos nacionales e internacionales del momento.

- *Abril y Mayo*: Semanario del partido del mismo nombre. Mantuvo un enfoque marxista de los diversos acontecimientos nacionales e internacionales.
- *Vanguardia*: Semanario de la organización juvenil Vanguardia de la Juventud Salvadoreña. Fue un órgano de gran combatividad periodística.
- *Fraternidad*: Mensuario del partido Fraternidad de Mujeres Salvadoreñas, organización de corte democrático.

Vale agregar que en los años 60 funcionaban en El Salvador 21 estaciones de radio comercial, todas privadas, y una de propiedad estatal. Dalton contabiliza también en su *Monografía* la existencia de dos estaciones de televisión, igualmente privadas, que cubrían con su radio de acción buena parte del territorio centroamericano, en particular, las vecinas Nicaragua, Guatemala y Honduras.

Vale mencionar también, como otro dato importante en el desarrollo de los medios de prensa y en las dificultades de los medios de oposición, el hecho de que en El Salvador todavía hasta hoy la educación privada exhibe contenidos “anticientíficos, antinacionales y anticlasistas”; que la educación pública es insuficiente y enfrenta severos obstáculos para su mejoría; que durante los años 60 -y también después- el magisterio fue uno de los sectores más duramente golpeados por la represión gubernamental; y que, finalmente, en este contexto, el arte y la literatura salvadoreños han palidecido durante decenios bajo el freno impuesto por los militares (Dalton, R., 1965:196-198).

II.6.- LOS 70, EL PREÁMBULO

A fines de los 60, justamente en 1969, la llamada "Guerra del Fútbol" entre Honduras y El Salvador, aportó todavía más trigo a la convulsa situación que abrió la década de 1960.

Iniciada por viejos problemas fronterizos y por cuestiones de índole demográfica, sobre todo, la guerra con Honduras fortaleció al sector castrense salvadoreño que, siguiendo la tendencia inaugurada en la década anterior, emprendió en su propio interior la búsqueda de fuentes de poder y riqueza que antes esperaba de la oligarquía.

Pero la guerra fortaleció también a la oposición política, que cada vez resultaba más incontrolable, alentada por los acontecimientos que tenían lugar en el resto del continente en este período²⁸.

1970 fue otro año electoral. Para marzo, se convocaron comicios para elegir alcaldes y diputados. Otra vez, la contienda electoral implicó un incremento considerable de la represión contra los partidos de oposición, pero la misma represión y la politización que adquirían los sectores de izquierda en el país, hicieron posible que, por primera vez, un candidato oficial para la alcaldía de San Salvador -un militar, por supuesto- obtuviera un número de votos más que ínfimo

De cara a los comicios, y a la situación interna del país, habían surgido para entonces varios de los partidos que mantienen hoy vigencia política y que tuvieron incidencia directa en la guerra que empezó el 10 de enero de 1981: la Unión Democrática Nacionalista (UDN) y el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), que lideraba el doctor Guillermo Manuel Ungo, uno de los políticos más brillantes de la última década en

²⁸ Las acciones del militar dominicano Francisco Caamaño en su país, y del padre Camilo Torres, en Colombia, "hicieron pensar entonces que algo mejor había al interior de los ejércitos y al interior de la Iglesia católica. El advenimiento de la Revolución peruana, con el General Juan Velasco Alvarado al frente, el golpe de Estado de Omar Torrijos, en Panamá, eran fenómenos que confirmaban esa tendencia", asegura el periodista Jorge Pinto en su libro *EL GRITO DEL MAS PEQUEÑO*

El Salvador y que presidiría después el Frente Democrático Revolucionario (FDR)²⁹.

Cuando en 1972 se llamó nuevamente a elecciones presidenciales, el país estaba al borde del colapso. Las secuelas de la guerra con Honduras, la represión que se acentuaba contra estudiantes y maestros, y el descrédito cada vez mayor de los sectores castrenses, incidieron muy negativamente -para el gobierno- en el resultado de los comicios.

Esta vez, la alquimia gubernamental obró en sentido inverso a su propósito -relata Pinto en su testimonio ya citado-: fusionó los ingredientes de forma tal que surgió una llamada Unión Nacional Opositora (UNO) que en cuestión de días se convirtió en un enemigo poderoso para la dictadura militar.

Para la noche del domingo 20 de febrero de 1972, el día de las votaciones, era evidente que los candidatos de la UNO habían ganado las elecciones, pero los resultados fueron una vez más amañados por el gobierno: el Consejo Central de Elecciones dijo no reconocer los resultados de los cómputos, y los 31 diputados del partido oficial nombraron en la Asamblea Legislativa al Coronel Arturo Armando Molina como el nuevo Presidente salvadoreño, un hombre cuyo más notorio atributo era, precisamente, su total inocuidad, lo que suponía una lealtad sin límites al ejército.

En medio del desconcierto popular, el 25 de marzo, se registró un nuevo golpe militar que, sin embargo, fue prontamente abortado por los militares de línea dura.

Auspiciado por oficiales jóvenes dentro del ejército, el cuartelazo intentó impedir la llegada al poder del Coronel Molina y garantizar la toma de posesión del presidente realmente elegido en las urnas, el ingeniero José Napoleón Duarte, quien, por paradojas del destino, se convirtió después

²⁹ Guillermo Manuel Ungo, dirigente socialdemócrata fue presidente del Frente Democrático Revolucionario (FDR) y candidato a la Presidencia de la República por el partido Convergencia Democrática en las elecciones de 1989. Había presidido la segunda Junta de Gobierno que surgió tras el golpe militar de 1979 y había renunciado a ella, convencido de que el sector militar dominante no permitiría el ejercicio de la democracia. Ungo saltó entonces al exilio y regresó en 1987 a El Salvador. Se considera uno de los artífices fundamentales del proceso de paz que concluyó en 1991. Falleció en México en 1991, antes de ver consumada la pacificación de su país.

en una de las figuras más censuradas de la historia contemporánea salvadoreña.

La intentona fue liquidada en cuestión de horas; también en cuestión de horas Duarte tuvo que refugiarse en la embajada de Venezuela en San Salvador y salir del país hacia un prolongado exilio.

El Coronel Molina tomó así posesión de su cargo el primer día de julio de 1972 en medio de una espectacular rechifla popular; la más espectacular que se recuerda en El Salvador, que tuvo como escenario el Gimnasio Nacional, en la capital. Su primer acto de gobierno, el 19 de julio, fue dictar la militarización de la Universidad Nacional. A continuación, decretó la ley marcial y el estado de sitio, censuró toda la prensa que le pareció cercana a la oposición, y allanó y ametralló a aquellos medios que de manera inocultable se identificaban plenamente con los sectores de izquierda, el periódico *El Independiente*, entre ellos.

En 1973, el golpe de Estado perpetrado en Chile, de un lado, y de otro, los niveles de politización que auspiciaba el gobierno de Molina, se confabularon en dos direcciones opuestas: la situación interna del país y los acontecimientos que se suscitaron más allá de sus fronteras, envalentonaron a los militares salvadoreños, afianzando su posición. Pero esa misma situación desembocó en la formación de los primeros grupos guerrilleros en el país.

Para la fecha, el PCS se había escindido varias veces, sumido en un proceso creciente de deterioro interno. De acuerdo con los analistas sobre el tema, la ambivalencia y las indefiniciones de los comunistas en relación con la crítica situación del país, no sólo les restó adeptos, sino que generó profundas y graves grietas en su interior.

Ex militantes del PCS, jóvenes de los movimientos católicos y centenares de estudiantes universitarios sin filiación política hasta entonces, se integraron así a las organizaciones guerrilleras que, con carácter político-militar y una tendencia abierta a resolver las cosas por otra vía que no fuera la electoral, conformaron las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) “Farabundo Martí” y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), los dos primeros grupos de este tipo que se consolidaron en El Salvador

A partir de entonces fueron cada vez más frecuentes las acciones de la incipiente guerrilla urbana, sobre todo en San Salvador; acciones como secuestros de empresarios y asaltos a bancos y radioemisoras, que tenían claros objetivos logísticos -en lo que a recuperación de fondos se refiere- y muy especialmente propagandísticos:

“Aparecer en una noticia en un periódico, ser mencionados por los medios de comunicación -explicaba años después una comandante guerrillera- lo considerábamos algo estratégico. Porque, ¿de qué otra forma podías proyectar la lucha armada? Vos podías hacer una acción, pero si nadie hablaba de ella, ¿cómo estabas dando a conocer esa alternativa para las masas?” (López, V.I., 1994:21-22).

El surgimiento de los primeros núcleos guerrilleros aceleró sobremedida los acontecimientos en el país. Las bombas, los ataques armados a las sucursales bancarias, y luego, las tomas de radioemisoras, embajadas y ministerios, cambiaron diametralmente el panorama de San Salvador.

A partir de 1975, el nivel de organización de los sectores opositores empezó a delinearse más sólidamente.

Las organizaciones político-militares comenzaron a integrar grupos paralelos, orgánicamente dependientes, en los que pretendía aglutinar a amplios sectores populares; una suerte de “organizaciones de fachada” de la guerrilla, como las llamaba el gobierno, que contribuyeron no sólo a hacer crecer a la guerrilla como tal, sino también a profundizar el nivel político de sectores populares diversos.

En agosto de 1975, luego de una masacre perpetrada por el ejército contra una manifestación estudiantil, se fundó el Bloque Popular Revolucionario (BPR) -bajo la batuta de las FPL- que integró en su seno a sindicalistas, campesinos, estudiantes y miembros de comunidades cristianas de base. Poco después, otra masacre, ejecutada el 28 de febrero de 1977, dio vida a las Ligas Populares “28 de Febrero” (LP-28), bajo la dirección del ERP.

Unos meses antes de la fundación del BPR, en mayo de 1975, el asesinato del poeta Roque Dalton propiciaba la conformación de una

nueva organización guerrillera, la llamada Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN), que lideró desde entonces un poeta, Eduardo Sancho, conocido después como el comandante Fermán Cienfuegos.

Militante comunista desde los 18 años y combatiente de la guerrilla urbana desde los 37, Dalton “se salvó dos veces de morir fusilado -según cuenta de él el escritor uruguayo Eduardo Galeano en uno de sus más recientes libros-: una vez se salvó porque cayó el gobierno y otra vez se salvó porque cayó la pared de la cárcel, gracias a un oportuno terremoto. También se salvó de los torturadores, que lo dejaron maltrecho, pero vivo; y de los policías que lo corrieron a balazos. Y se salvó de los hinchas de fútbol, que lo corrieron varias veces a pedradas; de las furias de una chancha recién parida, y de numerosos maridos sedientos de venganza. Poeta hondo y jodón, Roque prefería tomarse el pelo a tomarse en serio, y así se salvó de la grandilocuencia y de la solemnidad y de otras enfermedades que gravemente aquejan a la poesía política latinoamericana. Pero no se salvó de sus compañeros. Son sus propios compañeros quienes condenan a Roque por delito de discrepancia” (Galeano,E.,1986:127).

En un error político que todavía arrastran hoy varios de los comandantes de la ahora ex guerrilla, a Dalton lo asesinó la dirección del ERP por considerar desatinados sus reproches en torno a la tendencia ultraizquierdista de este grupo en la primera mitad de los años 70. Su muerte, muy a destiempo, privó a la izquierda de un intelectual que quienes lo conocieron lo recuerdan y lo siguen identificando como “el más salvadoreño de todos los salvadoreños”, un hombre, como se apunta antes, cuya obra fue dedicada, íntegramente, a difundir la realidad salvadoreña en toda su crudeza.

1977 comenzó todavía peor, en lo que a represión y confrontación política se refiere.

En febrero, en las vísperas de las elecciones presidenciales, el gobierno decreta el estado de sitio una vez más. Días después, efectivos militares asesinaron al sacerdote Rutilio Grande, estrechamente vinculado a las comunidades cristianas de base en el interior del país y, de hecho, a las

organizaciones político-militares que hacían de El Salvador un país cada vez más ingobernable.

Para muchos, el asesinato de Grande significó un nuevo rumbo en los acontecimientos nacionales y un viraje importante en el seno de la Iglesia católica salvadoreña, que empezaba cada vez más a jugar papeles decisivos en los sucesos políticos del país.

El incremento vertiginoso de la represión gubernamental, de una parte, y de otra, la incidencia de las corrientes de pensamiento que se generalizaron en la Iglesia latinoamericana en esta etapa, particularmente tras la celebración de la Conferencia de Obispos de Medellín, en 1968, permitieron la concatenación de una serie de factores que hicieron posible el surgimiento de una Iglesia popular muy fuerte, y, en consecuencia, peligrosa, para los intereses gubernamentales salvadoreños.

De acuerdo con investigaciones realizadas por el académico salvadoreño Ricardo Sol Arriaza -que se incluyen en el libro *Medios de Comunicación y Política en América Latina. La Lucha por la Democracia-*, uno de los principales aportes de la Iglesia salvadoreña al proceso de confrontación política e ideológica que se gestaba fue la organización, a lo largo de los años 70, de comunidades cristianas de base en zonas rurales en el país; comunidades que, según Sol Arriaza, proporcionaban a los campesinos no sólo educación, sino también, liderazgo.

La represión desatada contra estas instancias, y la incidencia de los métodos de reflexión pastorales, dieron rápidamente a las comunidades cristianas de base una dimensión política.

“Muchas de las modalidades de análisis social y político de la dinámica de las comunicaciones interpersonales y de las formas de reclutamiento de las organizaciones campesinas de la época se inspiraron en las enseñanzas y experiencias de las comunidades cristianas de base”, según asegura Sol Arriaza en su ensayo (Fox,E.,1989.123-124)

Así, la creación y consolidación de estas organizaciones constituyeron un caldo de cultivo idóneo del que años después se nutrieron los grupos

guerrilleros, a los que los miembros de las comunidades cristianas de base se sumaron en forma casi masiva.

También de acuerdo con Sol Arriaza, los cambios operados en la Iglesia salvadoreña tuvieron un gran impulso luego del nombramiento de Monseñor Oscar Arnulfo Romero como Arzobispo de San Salvador, en 1977 (Fox,E.,1989:119-120). A partir de entonces, el cese de la represión y la urgencia de cambios estructurales en el país comenzaron a ser las más reiteradas insistencias del Arzobispado (Cortina,M.,1992:238-239).

El candidato de los militares para las elecciones de 1977, el General Carlos Humberto Romero, asumió la presidencia el primero de julio de ese año en medio del estado de sitio y durante una ceremonia a la que, por primera vez en la historia de El Salvador, no asistió el clero. La radicalización de los enfrentamientos políticos subía de tono con ingredientes hasta entonces desconocidos en el país.

Y la radicalización política del proceso empujaba a su radicalización ideológica. Los medios de prensa fueron expresión cabal de ello: la gran prensa guardaba silencio, un silencio cómplice, ante las masacres de los militares; la prensa opositora, en tanto, encontraba cada vez más veredas por donde hacerse sentir.

Jorge Pinto lo narra así: “Parece increíble. El país podía estarse incendiando con huelgas, pero siempre había un silencio absoluto en la prensa nacional. Ese silencio incita a la violencia. Las tomas de templos y de edificios públicos fueron actos en que los movimientos buscaban que el pueblo conociera sus demandas. Que el mundo entero entendiera sus demandas. La violencia popular fue así naciendo en las narices de todos nosotros. Primero, encontramos que las paredes se llenaban de rótulos con frases como **Gobierno Asesino** y cosas por el estilo; poco a poco, el pueblo fue tomando posiciones que le permitieron expresarse ante el silencio de los medios de comunicación” (Pinto,J.,1988:234-235)

En 1978 la represión era ya tan alarmante que el Departamento de Estado norteamericano se quejó públicamente y calificó de “trágicas y horribles” las masacres que tuvieron lugar ese año. Las fotos de jóvenes

descuartizados por los militares empezaban a circular por todo el mundo; y era sólo el principio. Todavía hubo matanzas más brutales y muchas más fotos.

1978 marca también la fundación del Frente de Acción Popular Unificado (FAPU), una organización controlada por las FARN, y de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (no gubernamental, lógicamente), que presidió Marianella García Villas hasta 1983, cuando fue asesinada mientras recogía pruebas del uso de napalm en bombardeos efectuados por el ejército en zonas civiles en el interior del país.

Los últimos meses del gobierno de Carlos Humberto Romero, que terminó abruptamente con otro golpe militar, fueron de manifestaciones en manifestaciones, de masacres en masacres, y de huelgas en huelgas.

Las nuevas formas de organización asumidas por la población se consolidaron, y se afianzaron también los comandos guerrilleros: la quema de autobuses, las tomas de embajadas, ministerios, templos y radioemisoras desatadas por la guerrilla, hicieron ya literalmente ingobernable el país.

II.7.- LOS 70: DE LA PRENSA OPOSITORA A LA PROPAGANDA GUERRILLERA

Los 70 aceleraron la consolidación de la prensa opositora, y empezaron a desbrozar con rasgos más nítidos el camino para la propaganda guerrillera que se implementó después.

La clandestinidad que imponía la violencia generalizada en el país le imprimió a la prensa opositora entonces una creatividad y una inventiva que resultaron uno de los rasgos característicos de la propaganda de la guerrilla salvadoreña.

La propia radicalización del proceso político que tenía lugar en El Salvador incidió también a la hora de acentuar esta creatividad.

Para la naciente guerrilla resultaban tan vitales las acciones armadas para desestabilizar al gobierno como el darle propaganda a esas acciones. Propaganda que significaba movilizar a las masas populares y, al mismo tiempo, hacer crecer los núcleos insurgentes.

Los 70 marcaron también otros rasgos: no sólo se delinearon los medios de propaganda de la guerrilla, que aunque todavía muy rudimentarios, empezaban a tener incidencia directa entre la población. Se radicalizaron también los medios de la prensa religiosa, primero con denuncias de los atropellos de los militares, y luego, con llamados expresos al gobierno y al ejército a detener la represión.

Vale la pena aquí volver sobre el texto de Sol Arriaza, que dedica numerosas páginas a estudiar el fenómeno surgido tras la transformación operada en la Iglesia salvadoreña.

A partir de 1970 -dice el autor- la Iglesia en El Salvador desempeñó un papel determinante en los acontecimientos políticos que se generaron en el país. Y este nuevo desempeño se canalizó justamente a través de una utilización más que intensa de los recursos de comunicación de que disponía el clero, que llegaron a abarcar desde las homilias dominicales

de Monseñor Romero hasta medios de prensa escritos como el periódico *Orientación* y la emisora *YSAX*, del Arzobispado.

Sol Arriaza reitera en sus investigaciones que este nivel de comunicación entre la Iglesia y la población fue logrado, sobre todo, después del nombramiento de Romero como Arzobispo de San Salvador.

Mestizo, de pocas canas para un hombre de 67 años; chaparrito, de cara ancha y quijada fuerte, Romero, la “voz de los sin voz”, era un hombre noticia, según se asegura en el libro *El Salvador, Testigos de la Guerra*, que compilaron periodistas y corresponsales mexicanos que cubrieron esta etapa del conflicto.

“Quién sabe -añade el texto- cuántas veces fue entrevistado por periodistas de todo el mundo. Durante sus tres años como Arzobispo, sus homilias fueron fuente de información, porque muchas veces no había otra forma de saber lo que ocurría en la capital y en las provincias del país, donde la espiral de violencia política empezaba a tocar los límites del estallido social. Desde el altar de la Catedral Metropolitana, cada domingo a las ocho de la mañana, Romero ejercía su opción preferencial por los pobres, una práctica llena de riesgos e infinitos alcances” (Varios,1990:60).

Monseñor Romero -indica, por su parte, Sol Arriaza- comprendió rápidamente el potencial de los medios de comunicación para multiplicar la experiencia pastoral en las difíciles condiciones de El Salvador. Creía firmemente en la gran influencia de los mass-media en la sociedad, y en consecuencia, utilizó los medios de comunicación de la Iglesia para contrarrestar el poder de los medios gubernamentales, que desde su opulencia, acentuaban la guerra ideológica y de propaganda que se generalizaba en El Salvador” (Fox,E.,1989:120)

Así, en 1972, la Iglesia comienza a publicar los periódicos *Carta de Noticias* y *Justicia y Paz*, orientados hacia el propio clero y hacia el público campesino. En 1974, en tanto, el periódico *Orientación* empieza a insertar en sus páginas información suministrada por boletines editados por las comunidades cristianas de base. Por primera vez el diario de la cúpula eclesiástica difundía a las claras las atrocidades de los militares y

los responsabilizaba, con nombres y apellidos, por las violaciones a los derechos humanos en el país.

Se abrió así una puerta que ya no volvió a cerrarse en los años siguientes a la expresión popular. “La comunicación entre la Iglesia y el pueblo se fortaleció a partir de entonces hasta tal punto que sólo podía silenciarse mediante una campaña nacional de persecución y exterminio de sacerdotes y monjas que culminó con el asesinato de Romero”, afirma Sol Arriaza (Fox,E.,1989:123-124).

Y escribe más abajo: “La orientación adoptada por los mass-media de la Iglesia salvadoreña durante la década de los 70 fue producto de la explosiva situación política y social del país y de la ausencia de medios que pudieran discutir libre y abiertamente los problemas nacionales. La represión y la censura obligaron a la Iglesia a convertir sus propios medios de comunicación en instrumento de servicio, diálogo y crítica. Los medios de la Iglesia se presentaban como un tipo alternativo de medios de comunicación, abiertos al debate y al análisis de los problemas que afectaban al país. La Iglesia puso sus recursos de comunicación al servicio de un amplio abanico de posiciones y sectores dentro de la sociedad. Pero no apoyó nunca directamente a ninguna organización política. Definía su papel como el de una ‘voz de razón’, identificada con la democracia y la justicia social, pero abierta a cualquier punto de vista que ensanchase la comprensión de los problemas que enfrentaba el país” (Fox,E.,1989:130).

Los jesuitas, otra de las congregaciones que tuvieron una incidencia decisiva en el proceso salvadoreño, también empezaron por estos años a tomar parte activa en la contienda política e ideológica que se agudizaba en el país más pequeño de Centroamérica.

De esta incidencia da cuentas Jorge G. Castañeda cuando escribe que “desde el inicio, (Salvador Cayetano) Carpio³⁰ forjó estrechos lazos

³⁰ Ex secretario del Partido Comunista Salvadoreño, Carpio, que después fue conocido como el “Comandante Marcial”, se separó de las filas comunistas y fundó las FPL, una de las más consecuentes e influyentes organizaciones político-militares dentro del FMLN. En 1983, sin embargo, y tras un desagradable episodio en el interior de esta organización, “Marcial” se suicidó en una casa de seguridad en Managua, Nicaragua, luego de ser acusado de dar muerte a su segunda al mando, la “Comandante Ana María”, Mélida Anaya Montes.

entre las FPL y los jesuitas de la Universidad Centroamericana. Muchos de los cuadros sobresalientes o antiguos militantes de la organización, ya se tratara de intelectuales como Salvador Samayoa y Luis de Sebastián, ya de dirigentes militares como el nicaragüense Antonio de Jesús Cardenal, o de cuadros políticos como el ‘Chele Javier’, habían establecido vínculos con la Compañía de Jesús, desde la simple amistad hasta la ordenación sacerdotal” (Castañeda, J.G., 1993:117).

En términos de incidencia ideológica hay que decir que la revista *Estudios Centroamericanos (ECA)*, que edita aún la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA), regentada por los jesuitas, publica desde entonces largos y certeros análisis sobre la situación nacional, desentrañando las causas del conflicto que se veía venir, advirtiendo de la guerra que se avecinaba y denunciando a los militares y al gobierno estadounidense como componentes esenciales de la crisis³¹.

En otro intento por desafiar la propaganda gubernamental, a mediados de los 70 surge la *Agencia Independiente de Prensa (AIP)*, a cuentas de la familia Pinto, que no se cansaba de rehacer *El Independiente* cada vez que era allanado por los militares

La *AIP* sufrió también las mismas presiones, pero mientras existió, se tomó muy en serio su misión de dar a conocer al exterior lo que sucedía en El Salvador (Pinto, J., 1988:182).

Las tomas de radioemisoras por los grupos guerrilleros dejaron sentadas las premisas sobre las que se edificó después la propaganda insurgente en El Salvador; una propaganda que la propia guerrilla califica de hábil, audaz y creativa, pero también de limitada; por la insuficiencia de recursos técnicos y financieros, y por el hecho de que quienes empezaban entonces a hacer propaganda guerrillera no sólo no tenían la formación necesaria, sino que en muchos casos eran, literalmente, analfabetos

³¹ La revista *Estudios Centroamericanos (ECA)* es considerada la más importante de las nueve publicaciones periodísticas de la UCA, y la más prestigiada que ha tenido El Salvador contemporáneo. Hasta 1989, y desde su fundación, en 1969, había publicado 491 números y 20 mil páginas con un riguroso registro de las décadas de vida intelectual y política del país

Una comandante de la ahora ex guerrilla lo recuerda así:

“Las tomas de las radios se convirtieron en el gran deseo. Para nosotros era lo máximo. Yo misma estuve en una de esas acciones, la del 2 de noviembre de 1975, cuando ocupamos 19 radios simultáneamente y pusimos 200 bombas de propaganda en todo el país. Y tomarse 19 radios cuando todavía no estaba tan saturado el dial como ahora, equivalía prácticamente a establecer una cadena nacional de radio. La primera toma de radios fue a principios del 75 (...) y era para tomarse la emisora *KL*, una de las estaciones más sintonizadas en el país. Pero la broma era que la *KL* quedaba a una cuadra del cuartel de la Policía Nacional de San Salvador (...) Correr tamaño riesgo a cualquiera le hubiera parecido una locura, ¿pero de que otra manera podíamos proyectarnos nosotros, dar a conocer lo que pasaba, lo que pensábamos, hablarle a la gente, a toda la gente, si no era a través de esas locuras?, ¿De qué te sirve tener el santo si no hay vela que lo alumbré?” (López, V.I., 1994:20-21).

La urgencia de alumbrar ese “santo” con la mayor cantidad de velas posibles, y el hecho inevitable de la existencia de una gran prensa a la que había que desafiar si realmente se querían emprender transformaciones radicales para cambiar al país, hicieron desplegar a la naciente guerrilla infinidad de métodos de propaganda. Métodos que, en muchos casos, retomaban aquellos puestos en práctica en los años 30 por Miguel Mármol y otros militantes del PCS para abrirse su espacio.

Así, a las tomas de radioemisoras siguieron la colocación de bombas de propaganda³² en lugares céntricos de San Salvador, y la colocación de mantas o “carteladas”, también en sitios de mayor concentración poblacional. “Nosotros -recuerdan ex combatientes guerrilleros- no imaginábamos una acción si no teníamos ya escrito el comunicado con la

³² “Las bombas de propaganda las fabricábamos así --dicen los locutores de *Radio Venceremos*-- agarrás una bolsa de papel fuerte, le ponés abajo, bien asegurada, una bombita pirotécnica de esas de a peso, de pocos gramos de pólvora negra. Le ponés un cartón encima y más encima las hojitas de propaganda. A la bolsa le abris un hoyito para sacar la mecha, le fijás una cajita de fósforos con la mezcla, asegurando bien la mecha a la mezcla. A la hora que vas a ponerla, llevás una ampolla de ácido sulfúrico envuelta con papel de celofán y la metes en la cajita de fósforos. El papel es comido rápido por el ácido y eso provoca una llanita. Entonces, la llanita enciende la mecha de la bomba. Cuando explota, salen todos los volantes como que fuera árbol” (López, V.I., 1994:21)

explicación para la gente, con el por qué estábamos luchando” (López, V.I., 1994:23).

San Salvador se empezó a llenar por entonces de cartelones y mantas rojas que llamaban a la población a sumarse a la guerrilla. Los muros y las paredes de la capital empezaron así a participar directa e incisivamente en lo que en términos de la izquierda se define como “politización de masas”.

La posibilidad de la lucha armada se hacía cada vez más tangible; primero, como consecuencia de la espiral de violencia que parecía no tener fin; pero también gracias a los mecanismos de propaganda desplegados por los guerrilleros. Y a su audacia.

Fueron demasiados los jóvenes que perdieron la vida escribiendo una “pinta” en una pared, o apurando la ocupación de una radioemisora. Después fueron todavía más los que murieron en combate preservando las radios clandestinas del FMLN, y muchos los periodistas y corresponsales de todo el mundo que, en la coyuntura generada entre 1979 y 1980, empezaron con sus reportajes y sus fotografías a descorder el velo de silencio y sobra que pesaba sobre El Salvador.

En el período que va desde 1970 a 1979, la mayoría de las acciones de propaganda de la guerrilla eran acciones armadas o involucraban a estructuras armadas de los grupos guerrilleros. Como se señala antes, tenían como objetivo dar a conocer la existencia de los grupos rebeldes, las causas de su lucha y sus perspectivas.

En particular, según se refiere en el libro *Las Mil y Una Historias de Radio Venceremos*, pretendían la movilización de los sectores populares hacia actividades específicas como, por ejemplo, la liberación de presos políticos. El surgimiento y la consolidación del BPR y de las LP-28 contribuyeron decisivamente a ello.

Dicho sea de paso, las FPL, el ERP y las FARN, a la par del desarrollo de las acciones de propaganda armada, continuaban editando sus medios impresos, igualmente en condiciones de extrema audacia, con fines todavía más específicos y que en este caso se proponían “concientizar” a

sus militantes; “politizarlos” todavía más y prepararlos para lo que se aproximaba ya de forma irremediable.

Era una propaganda más hacia el interior de las organizaciones armadas, que sirvió igualmente para reclutar más jóvenes para la causa guerrillera, y para consolidar las posiciones de los que ya eran militantes activos.

“Nacho” era ya por esos días militante de las FPL. Había sido reclutado por unos amigos en el Instituto donde cursaba estudios secundarios, y casi desde los primeros meses de su incorporación fue encargado de las actividades de propaganda.

En especial -recuerda ahora-, las FPL desarrollaron en esta etapa dos tipos de publicaciones: los órganos ideológicos y los órganos de prensa y propaganda. Entre los ideológicos figuraban las publicaciones *Estrella Roja* y los *Cuadernos de Educación Político Ideológica*, que incluían en sus páginas líneas estratégicas, tácticas guerrilleras y planteamientos político-ideológicos. Entre los órganos de prensa, en tanto, se editaban *El Rebelde*, que surgió para mediados de los 70 y cuya edición se prolongó hasta los primeros años de la década de los 80.

Asimismo, las FPL editaban y difundían publicaciones destinadas a sectores específicos: *El Jornalero*, para el sector campesino, *Juventud Rebelde*, para el sector estudiantil, y *Magisterio Rebelde*, dedicado al gremio magisterial, uno de los más combativos en esta etapa. El BPR, por su parte, que era dirigido por las FPL, editaba su órgano interno de divulgación, *Combate Popular*, que sirvió para hacer crecer al movimiento.

Por su parte, el ERP, que junto con las FPL fue de las organizaciones más consecuentes y efectivas a la hora de definir sus líneas de propaganda, editaba para los años 70 el periódico *El Combatiente*, según se asegura en el libro *Las Mil y Una Historias de Radio Venceremos*.

De acuerdo con el testimonio de “Nacho”, a lo largo de la década de los 70, principalmente en sus últimos años, hubo un desarrollo consistente de la propaganda revolucionaria de las organizaciones que después

conformaron el FMLN y de aquellas organizaciones revolucionarias de masas ligadas política y orgánicamente a la naciente guerrilla.

Lo que sigue es la transcripción textual de sus valoraciones al respecto:

“El eje de la acumulación social, política y militar que facilitó este desarrollo propagandístico fue la confrontación con miras a la guerra, una guerra destinada a la toma del poder político por la vía armada.

“La estrategia de lucha fue desde entonces una estrategia integral, que vinculaba lo político, lo militar, la acción y la organización de las masas, lo diplomático y lo propagandístico.

“El concepto de integral es fundamental para entender el proceso salvadoreño, y esta definición abarcaba todas las áreas de la guerra, especialmente de la propaganda.

“El FMLN concibió siempre la propaganda como algo integral. Y propaganda integral implicaba, de un lado, una propaganda que estaba concebida como parte inseparable de las acciones armadas. Ninguna acción armada o política podía ser organizada o ejecutada sin su correspondiente mensaje, su argumentación y su explicación para las bases y las masas populares.

“De otro lado, el concepto de integralidad suponía que todos los militantes de las organizaciones guerrilleras debían hacer propaganda.

“A fines de los 70, en virtud de estos criterios, cada una de las organizaciones guerrilleras disponía de su propia Comisión Nacional de Propaganda, estructura de prensa, difusión y agitación orientada hacia tres componentes básicos: lo territorial, lo especializado y lo estrictamente vinculado con las masas. Ello, en un intento por garantizar una cobertura relativamente nacional a la difusión de las líneas políticas de la guerrilla.

“Lo territorial implicaba dirigir las tareas de propaganda hacia regiones, zonas y departamentos donde había trabajo guerrillero; tarea que generalmente se llevaba a cabo en mimeógrafos de madera, artesanales, y con stencils no electrónicos

“Lo especializado, en tanto, implicaba la atención a la prensa extranjera, la difusión hacia el exterior de las acciones guerrilleras, la formación de equipos de redacción, fotografía, diagramación, impresión, serigrafía, distribución; la ejecución de videos y la creación de centros de información y documentación para garantizar el trabajo de las demás áreas de propaganda.

“Estos equipos trabajaban abierta o clandestinamente, y eran los encargados de producir y distribuir la propaganda con mayor incidencia. Con un funcionamiento más centralizado, eran estos grupos los que expresaban más directamente la posición oficial de cada una de las organizaciones guerrilleras que después fundaron el FMLN³³”.

Desde sus inicios -y valga la reiteración-, otra característica de la propaganda que hizo el FMLN emanaba precisamente de esa ausencia de una unidad sólida entre las organizaciones que integraron el FMLN, de proyecciones y tendencias políticas no siempre coincidentes en su interior y de la polarización misma y el sectarismo que acentuaba el proceso.

Ello dio como resultado la existencia de estructuras de propaganda paralelas, que en buena medida generaron una dispersión de esfuerzos considerable a lo largo de toda la guerra.

Es así, por ejemplo, que en vez de fusionar recursos, el ERP creó en 1981 su propia emisora, *Radio Venceremos*, y sus propios medios de propaganda paralelos a la radio. Las FPL, por su parte, crearon y pusieron a funcionar la *Radio Farabundo Martí*. A lo largo de la guerra, y aun cuando en determinados momentos hubo interrelación entre ambas emisoras y entre otros mecanismos de propaganda de las diferentes organizaciones guerrilleras, la unidad de criterios, medios y recursos no fue posible. Al menos no de forma continua

³³ Entrevista con la autora, junio de 1995

CAPÍTULO III: 1980-1992: LA GUERRA, LA PAZ; LA PROPAGANDA GUERRILLERA

III.1.- 1979-1980, LA COYUNTURA

1979 fue, según analistas diversos, la coyuntura que aceleró el proceso de guerra en El Salvador.

En Nicaragua, el 19 de julio, los sandinistas entraban victoriosos en Managua, la capital, acabando a fuego y balas una de las dictaduras más largas de América Latina. En Guatemala, la otra frontera salvadoreña, la guerrilla casi tomaba el poder con operaciones espectaculares que mucho hicieron zozobrar la ya precaria estabilidad en el istmo centroamericano. Un poco más lejos, en Washington, se aceleraban los planes para impedir a toda costa la consolidación del gobierno sandinista y la generalización de la “infección comunista” en toda Centroamérica.

En El Salvador, en tanto, los grupos guerrilleros no sólo realizaban operaciones armadas más arriesgadas, sino que empezaban a desplegarse y a afianzarse en zonas rurales de los departamentos de Chalatenango, en el occidente, y Morazán, en el oriente, desde donde empezaría, unos meses después, la guerra.

La respuesta gubernamental se tradujo en un incremento de la represión; represión que ya no era selectiva contra determinados líderes sindicales, campesinos o estudiantiles, o contra determinado militante de determinada organización. Eran cada vez más los sindicatos involucrados en las huelgas y los paros que organizaba la guerrilla; cada vez más los religiosos que empezaban a participar en las actividades opositoras, los maestros, los campesinos y las comunidades cristianas de base. Los militares no encontraron nada mejor que hacer que generalizar y recrudecer la represión.

Y en proporción similar, a medida que se acentuaba la represión, se consolidaban los mecanismos de organización de los sectores populares. Así, en septiembre de 1979, numerosos sectores fundan el llamado Foro



El Salvador, 1979 las causas de la guerra

Popular, con el propósito de hacer frente a la violencia y coordinar sus acciones reivindicativas.

El 15 de octubre, en tanto, se produce otro golpe de Estado, asestado, una vez más, por militares jóvenes con cierta proyección progresista. La situación se tornó entonces todavía más confusa: de una parte, los golpistas pretendían canalizar la efervescencia popular, pero sin éxito. De otra, las organizaciones populares, las de “fachada de la guerrilla” y las propias organizaciones guerrilleras, desataron marchas y manifestaciones de todo tipo y envergadura, igualmente para tratar de capitalizar el proceso.

Pero, otra vez, los militares de línea dura lograron imponerse; nuevamente con la colaboración de la embajada norteamericana en San Salvador, que estaba decidida a no permitir, bajo ningún concepto, que El Salvador se convirtiera en otra Nicaragua (Pinto,J.,1988:244).

El derrumbe de los militares jóvenes que propinaron el golpe del 15 de octubre se produjo antes de que intentaran siquiera poner en marcha su programa. Lejos de unificar a la sociedad salvadoreña, el golpe dejó en claro las divisiones que prevalecerían a lo largo de los siguientes 12 años, según refiere la periodista mexicana Maria Cortina en su libro *El Salvador, Memoria Intacta*, que aborda en detalles este momento.

Para noviembre -dice Cortina- la polarización había llegado a extremos alarmantes. El 29 de noviembre una manifestación multitudinaria y de diversas denominaciones tomó las calles de la capital. Simultáneamente, militantes de las LP-28 ocuparon la iglesia de El Rosario, ubicada en uno de los costados de la Plaza de la Libertad, en el centro de la capital, donde se concentraban cada uno de los torrentes humanos que se aproximaban desde diversas avenidas. La manifestación fue masacrada por el ejército, que se ensañó particularmente en los jóvenes que mantenían ocupado el templo de El Rosario, justamente en reclamo del cese de la represión

Hechos como la masacre de El Rosario anunciaron el cambio de métodos empleados para enfrentar al movimiento popular. A partir de entonces, la historia de El Salvador abrió un vertiginoso registro de lo que fue su mayor escalada represiva (Cortina,M.,1992:42)

Entre noviembre y diciembre de 1979 las informaciones procedentes de San Salvador daban cuenta de tomas de ministerios y templos por parte de la guerrilla, de operaciones armadas en la periferia capitalina, de huelgas, paros y más manifestaciones populares; también de las actividades cada vez más descontroladas de los Escuadrones de la Muerte, del hallazgo de cadáveres mutilados en las calles de San Salvador, de matanzas y masacres de todo tipo.

Las agencias de prensa internacionales acreditadas en San Salvador reportaban cada vez con mayor frecuencia de detenciones arbitrarias por parte del ejército. El término “desaparecidos” se empezó a poner de moda entonces para identificar a aquellos que ya no regresaban jamás.

Blanche Petrich, una periodista también mexicana que desde entonces cubrió la información salvadoreña, narra historias espeluznantes en sus reportajes. Para 1980 -dice- ya nadie dudaba de la inminencia de un estallido bélico en el país, ni El Salvador ni fuera de sus fronteras: Monseñor Romero era el primero en advertirlo en todas sus homilias, sin cansarse de hacer llamados vehementes al cese de la represión (Varios; 1990:54).

Los jesuitas, por su parte, cada vez más inmersos en el proceso, fueron de los primeros en iniciar una embestida en favor de una negociación a fondo que, primero, impidiera la guerra que se avecinaba; y segundo, solucionara, por otras vías, las causas que desde hacía años la engendraba.

1980 amaneció en medio de tensas contradicciones. Los militares jóvenes que habían desplazado al General Romero habían sido neutralizados; la Junta Civico-Militar que los secundó empezaba a ser controlada por el Alto Mando castrense. Muchos de los civiles que se sumaron a la Junta abandonaron en cuestión de días sus puestos, a consecuencia de la presión de los militares. José Napoleón Duarte, el hombre que había ganado las elecciones de 1972, había regresado ya a San Salvador de su largo exilio venezolano, y se ofrecía ahora como el mejor postor para liderar la Junta.

“El amanecer del primer día de 1980 fue tenso”, recuerda Cortina. Dominaban las divisiones al interior del gabinete. Poco a poco, los miembros de la juventud militar eran neutralizados. Corrían las amenazas de muerte. La Junta se comprometía cada vez más con la represión, y junto con el Alto Mando militar, aceleraba su paso hacia la derechización. Con la renuncia de gran parte de los civiles de la Junta, se abrió un nuevo período cuya característica dominante fue el acelerado ritmo con que los acontecimientos se sucederían de ahí en adelante.

Bastaron siete días para instalar una nueva Junta. Duarte, la cabeza del Partido Demócrata Cristiano, fue designado como el máximo responsable de los civiles en la Junta. Poco después, ponía en marcha un programa de “reformas con represión” -una inútil mezcla de nacionalizaciones bancarias, reforma agraria y masacres colectivas, que en modo alguno logró detener el caos nacional-, y suscribía una alianza pública con la Fuerza Armada, convirtiendo así a la instancia que lideraba en una Junta Militar Democristiana, que gobernó entre 1980 y 1982, cuando se convocaron nuevamente a elecciones y se designó a un mandatario provisional.

“Tan sólo durante las primeras semanas de enero, los medios de prensa informaron sobre los secuestros del embajador de Sudáfrica y del empresario salvadoreño Jaime Hill, sobre la ocupación de la embajada de Panamá y la toma de 21 radioemisora por la guerrilla (...) La invasión de El Salvador al escenario internacional había comenzado. La violencia contra los sacerdotes, el golpe de Estado de 1979, los muertos de El Rosario, las esporádicas acciones armadas de la guerrilla, y las no tan esporádicas tomas de embajadas, templos, ministerios, fábricas y radioemisoras, comenzaron a difundirse en todo el mundo”, recuerda Cortina en su testimonio (Cortina,M,1992:51).

El 11 de enero, en lo que significó un paso estratégico para la acción de los sectores populares y para la integración, unos meses después, del FMLN, varias organizaciones de masas -el BPR y las LP-28, entre ellas- se unificaron en la Coordinadora Revolucionaria de Masas, un momento que la prensa calificó entonces como la cristalización de la unidad popular. Para Petrich, la conformación de la Coordinadora, además, puso de manifiesto un rasgo típico de la lucha salvadoreña: la



El Salvador, 1980: un pueblo decidido a conquistar un "gobierno popular revolucionario"

participación organizada de la población; y significó una experiencia inédita en América Latina (Varios,1990:57).

Lo primero que hizo la Coordinadora fue convocar a una marcha multitudinaria el 22 de enero, para homenajear los sucesos ocurridos ese mismo día en 1932. Y la marcha se convirtió en el detonante de la guerra civil. Esa tarde, mas de 200 mil personas se congregaron en el Parque Cuscatlán, en el centro de San Salvador, a oír consignas y reivindicaciones de las organizaciones armadas, y a oír *Radio Venceremos*, que ese día salió al aire por primera vez, en una “transmisión de prueba”.

La Junta no podía permitir algo así. La manifestación, pues, fue ametrallada y dejó saldos de casi 300 muertos. El diario mexicano *Unomasuno* narró así los sucesos de ese día:

“Cuerpos inertes, sangre y polvo; millares de volantes y cientos de mantas abandonadas en el suelo; una veintena de muertos -cifras oficiales-, un centenar de heridos y una tensión que domina toda la ciudad, es el resultado de la movilización organizada por el movimiento popular y reprimida y dispersada por elementos gubernamentales, fuerzas de seguridad y grupos de choque. El ejército -según afirmó el gobierno- se mantuvo acuartelado. Como en una película muda, ya que el sonido de los altavoces impedía escuchar las detonaciones, cientos de hombres y mujeres irrumpieron en la plaza. Buscaban desesperados dónde guarecerse de la represión iniciada desde el Palacio Nacional, frente a la Catedral. Una cerrada balacera los recibió en la Plaza de la Libertad” (Varios,1990:54-55).

En marzo, los acontecimientos fueron todavía más alarmantes. El día 13, fuerzas del ejército volvieron a allanar a *El Independiente*. El día 24, en tanto, un francotirador pagado por los sectores de derecha asesinó en plena misa, y de un certero disparo al corazón, a Monseñor Romero. Las exequias del Arzobispo fueron otro baño de sangre: el ejército volvió a ametrallar la manifestación luctuosa que se registró el día 30 en la Catedral de San Salvador. Más de 50 personas murieron a causa de los disparos, o asfixiadas por la estampida en masa de la multitud



San Salvador aniversario del asesinato de Monseñor Romero, "la voz de los sin voz" (1985)

El asesinato de Romero fue otro de los detonantes de la guerra que se gestaba. Entrevistas y testimonios diversos recogidos durante la guerra por corresponsales extranjeros en El Salvador aseveran que, para muchos de los que después llegaron incluso a desempeñar altos cargos en las fuerzas insurgentes, la muerte del Arzobispo fue el hecho que los conminó moralmente a integrarse a la lucha armada.

Y a partir de la muerte de Romero, los sucesos fueron todavía más vertiginosos.

En abril, se conforma el Frente Democrático Revolucionario (FDR), una entidad paralela a la Coordinadora Revolucionaria de Masas que hasta fines de los 80 fue identificada como "brazo político" del FMLN. En junio, las organizaciones armadas dan a conocer la formación de una "Dirección Revolucionaria Unificada" que "trazará y aplicará una línea política y militar única para dirigir la lucha de nuestro pueblo hasta la victoria", según el comunicado difundido entonces.

También en junio es intervenida militarmente la Universidad Nacional, y ametrallado, una vez más, *El Independiente*.

En agosto son asesinados los periodistas salvadoreños Jaime Suárez Queiman y César Navarro, de *El Independiente*, y el corresponsal mexicano Ignacio Rodríguez Terraza, del diario *Unomasuno*, en un crimen que paralizó las relaciones entre México y El Salvador durante un buen rato.

En los primeros días de octubre, a la lista de muertos que ya empezaba a incluir a corresponsales de guerra, se sumaron Félix Ulloa, rector de la Universidad, y María Magdalena Henríquez y Ramón Valladares Pérez, las primeras víctimas de las muchas que aportó la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador.

El día 10 de ese mes se anuncia formalmente la integración del FMLN, conformado por las FPL, el ERP, las FARN, el Partido Comunista (PCS) -que para la fecha había abrazado ya la vía armada-, y otro partido de reciente fundación, el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC).

El 27 de noviembre, efectivos castrenses capturaron y masacraron a los dirigentes del FDR. Las fotos de sus cuerpos truncados dieron la vuelta al mundo.

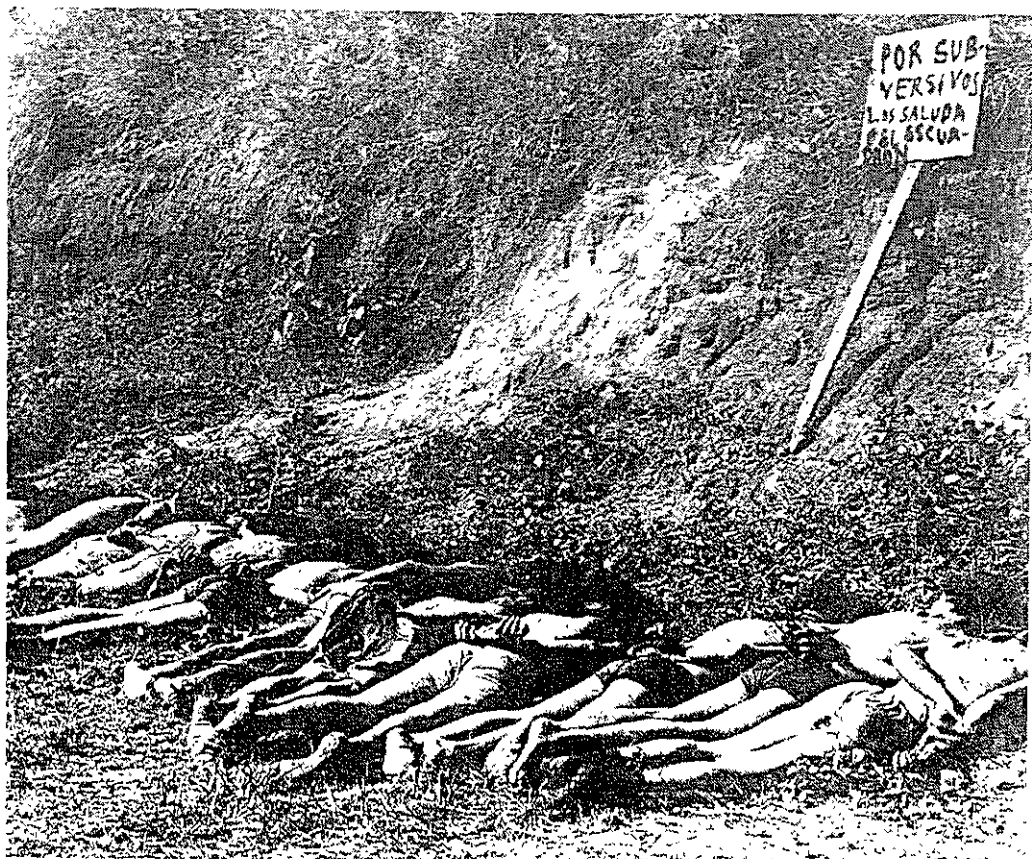
El 2 de diciembre, miembros de la Policía Nacional asesinaron a cuatro misioneras norteamericanas de la orden Maryknoll, en un derroche de bestialidad que costó a los militares, aunque temporalmente, la suspensión de la ayuda estadounidense.

Para fines de 1980 los reportes de prensa que se transmitían desde San Salvador aseguraban que el terror lo invadía todo; imperaban el estado de sitio y la ley marcial; la Universidad permanecía militarizada, la mayoría de las arquidiócesis habían sido abandonadas por el miedo a la represión en su contra. Cada día aparecían entre 20 y 30 cadáveres de jóvenes destrozados por obra de los Escuadrones de la Muerte, o de las tropas castrenses.

De acuerdo con las fuentes consultadas, para fines de 1980 el conflicto salvadoreño no sólo se había generalizado, sino también internacionalizado.

Lo que hasta entonces había sido un problema interno en el que la oligarquía y los marginados organizados se disputaban el poder político, económico y militar, se convertía en una crisis de dimensiones regionales y mundiales. El gobierno de Estados Unidos activó a partir de entonces, como nunca antes, su injerencia en El Salvador, tomando por su cuenta y riesgos las riendas de la guerra, ya inevitable (Cortina, M., 1992:73).

En diciembre de 1980 la publicación de los jesuitas, la revista *Estudios Centroamericanos*, explicaba así el desarrollo y las causas de los acontecimientos. el país -afirmaba- ha enterrado ya a más de 10 mil víctimas de los asesinatos políticos. 1980 ha sido testigo de cómo el proyecto político de reformas con represión emprendido por la Junta Militar Democristiana que liderea Duarte se descomponía aceleradamente hasta quedar reducido al esqueleto de su naturaleza antipopular. "Al cerrarse 1980 el cuadro social ya está listo para la confrontación total (...) El proyecto ha agotado todas sus posibilidades y ya no queda más que la salida de la guerra civil (...) Una población



El Salvador, la guerra, los Escuadrones de la Muerte (Santa Ana, 1980)

apaleada y aterrorizada, un aparato estatal corrompido y desmoralizado, cuyos hilos jerárquicos conducen directamente a Washington, una guerra civil sorda y sangrienta, y una guerra civil formal y más sangrienta tocando la puerta: he aquí la herencia realmente pavorosa que deja en El Salvador 1980, cuyo dolor no logra ser subsanado por la esperanza de la liberación” (Varios,1990:134).

III.2.- 1979-1980: PROPAGANDA, LA OTRA GUERRA

Como asegura Cortina, 1979 fue el año que dio inicio a la invasión de los medios de comunicación extranjeros a El Salvador; o al revés, la fecha a partir de la cual El Salvador empezó a ser noticia de primera plana en casi todo el mundo.

Fue también el año a partir del cual buena parte de los periodistas salvadoreños empezaron a tomar parte directa en la contienda bélica, sacudidos por la violencia que se sembraba en el país.

“En septiembre de 1979, cuando el triunfo de los sandinistas comenzaba a pasar a las páginas interiores de los diarios, El Salvador -sostiene Cortina- seguía acaparando las primeras planas, pero los representantes de los medios de prensa eran mal recibidos por la cúpula política, económica y militar de El Salvador. Fue a partir de entonces que el gobierno lanzó sus primeras críticas, públicas e implacables, contra los periodistas extranjeros. Los editoriales de los diarios locales controlados por la extrema derecha denunciaban la ‘campana de desprestigio’ lanzada por la prensa internacional contra El Salvador. Los empresarios montaron su primera ofensiva para corregir la imagen difundida por los ‘periodistas mentirosos’, como nos gritaban en plena calle apenas nos reconocían. A partir de entonces fuimos catalogados como miembros de una campana orquestada por el comunismo internacional. Desde que nos bajábamos del avión comenzábamos a ver los enormes letreros en los que un importante sector de la sociedad salvadoreña nos aconsejaba: ‘Periodista, miente en tu país, no en el nuestro’” (Cortina, M., 1992:47-48)

El asesinato de Suárez Queiman, Navarro y Rodríguez Terraza, dejaba a las claras que la de la prensa y la propaganda eran también otra guerra, de igual calibre.

La salida al aire de *Radio Venceremos*, el 22 de enero de 1980, y los ametrallamientos sistemáticos de que fue objeto *El Independiente*, por ejemplo, eran también prueba irrefutable de ello, como lo fue el atentado sufrido por la emisora *YSAX*, que dirigía Monseñor Romero, el 18 de



La otra guerra

febrero de 1980, y las secuelas de la llamada Ley Mordaza, impuesta en el país desde que a principios de 1979 la situación subía de tono a ritmo más que alarmante.

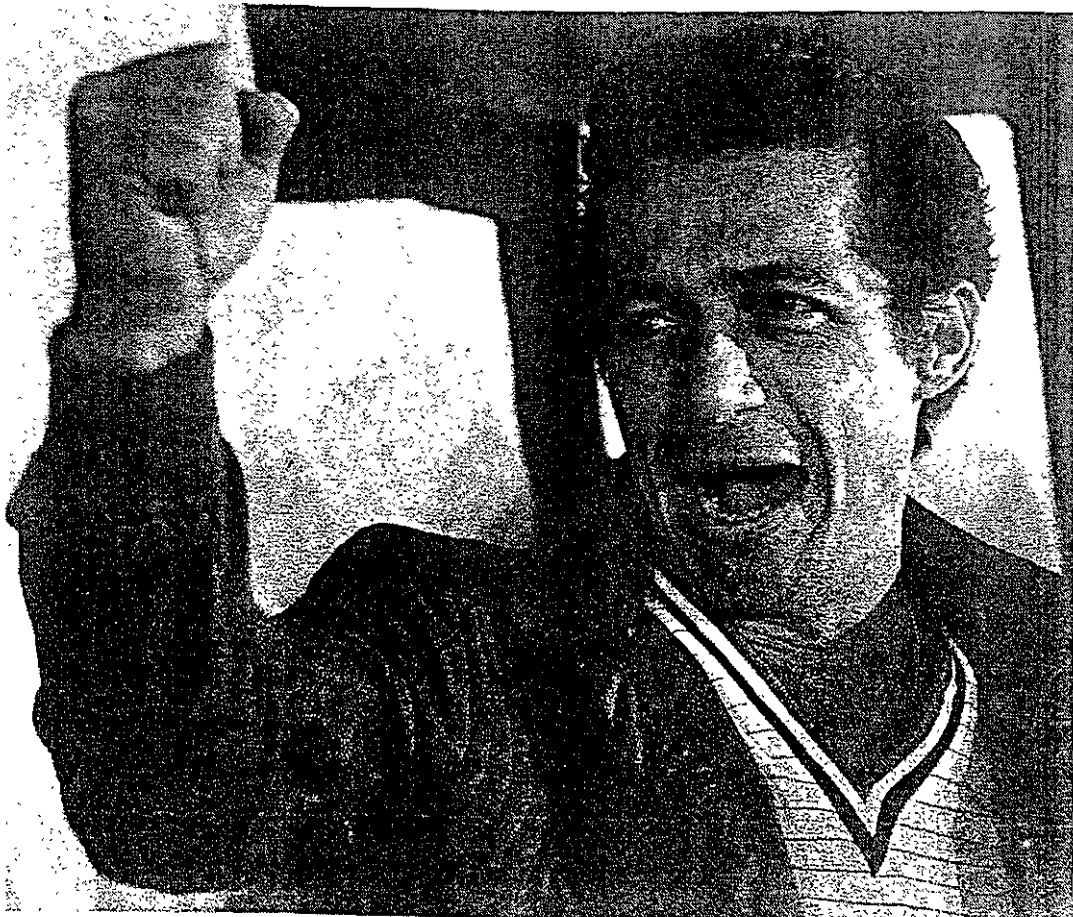
Junto con los preparativos de la guerra, la guerrilla afianzaba sus mecanismos de propaganda, en la misma medida en que los acontecimientos exigían todavía más la participación popular.

Estaba claro, pues, que una guerra popular como la que prometía el FMLN implicaba necesariamente trabajo político intenso; y el trabajo político no podía ser de otra forma que a través de mecanismos de propaganda revolucionarios. Estaba claro, asimismo, que la guerra implicaba también, a fuerzas, desarticular al enemigo, y que la propaganda oficial era parte estratégica de ese enemigo.

Porque también en el otro extremo de la balanza, la propaganda tenía tareas muy bien definidas. El Mayor Roberto D'Aubuisson³⁴, una de las figuras más tenebrosas de la historia reciente de El Salvador a quien tocó la responsabilidad de fortalecer a la extrema derecha hasta el punto de permitirle ganar las elecciones presidenciales de 1989, se encargó también de idear nuevos mecanismos de propaganda para la parte oficial; mecanismos que en mucho hacían recordar las fórmulas diseñadas por Hitler y Goebbels, y en los que el terror jugaba un peso más que determinante.

Dice Petrich: "D'Aubuisson, un hombre todo nervios y dinamismo, cuarentón, de ideas firmes, casi obsesivas, y pensamiento ultraderechista, se convirtió en estrella de televisión a principios de los 80. Había estrenado unos programas en los que él era el conductor y protagonista. En ellos atacaba a la subversión que amenazaba con 'arrojar a El Salvador a los brazos del comunismo internacional'. La parte central de estos programas era cuando D'Aubuisson citaba los

³⁴ Con una larga y siniestra carrera militar, Roberto D'Aubuisson fue el artífice de la consolidación de la extrema derecha salvadoreña en la década del 80. Entidades de derechos humanos internacionales lo responsabilizan con el asesinato de numerosos dirigentes sindicales, campesinos, estudiantiles y religiosos. Asimismo, se le atribuye la paternidad y conducción de los Escuadrones de la Muerte que aterrorizaron al país durante más de 12 años. En 1992, tras una inútil batalla contra el cáncer de garganta que lo aquejaba, D'Aubuisson falleció en San Salvador a los 48 años de edad.



Roberto D'Aubuisson (San Salvador, 1984)

nombres de esos conspiradores. En ese momento, los televidentes contenían la respiración, aterrados por la posibilidad de escuchar sus nombres, o nombres de amigos y conocidos, en las listas negras del Mayor” (Varios,1990:59).

De hecho, el partido que desde entonces empezaba a idear y a estructurar D'Aubuisson y que gobierna desde 1989 en El Salvador, la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), tenía como nivel prioritario el área política y propagandística.

D'Aubuisson, a quien todo el mundo responsabiliza directamente con el asesinato de Monseñor Romero, entre otros muchos, concebía su partido no únicamente como un partido político, sino como un partido político-militar, basado en una filosofía literalmente fascista.

Así, en la etapa comprendida entre 1979 y 1980 cada bando preparaba sus trincheras y pasaba revista a sus arsenales, ya inmersos en una contienda política sin precedentes en el país. Sólo que de una parte -la guerrillera- los instrumentos para la guerra eran demasiado rudimentarios, los militares y los de propaganda.

Las cartas, pues, estaban muy bien colocadas sobre el tapete; y para la guerrilla no quedaba otra alternativa que multiplicar la creatividad, la agilidad y la audacia que habían caracterizado hasta ese momento su labor política y propagandística.

La misma evolución de los acontecimientos, y las necesidades que imponía la situación, avalaban la urgencia de “ir al tope” con la actividad de propaganda, advierte “Nacho” en su testimonio. E “ir al tope” significaba, primero, insertar a la propaganda en ese arsenal que compilaba la guerrilla; engrasarla bien y afinar todavía mejor su puntería.

La implantación del estado de sitio en el país, a fines de 1980, cerró todas las escasas posibilidades que quedaban para la prensa opositora, que fue literalmente clausurada. *El Independiente* y la *AIP* figuraron entre los medios que ya no volvieron a ver la luz. Varias de las estructuras de propaganda urbana del FMLN corrieron igual suerte, y se vieron forzadas a pasar a una clandestinidad absoluta. Otra parte, en

tanto, se trasladó a las zonas rurales donde la guerrilla preparaba sus nuevos frentes de guerra, para emprender una propaganda diferente.

“Milton” apunta en sus declaraciones que las condiciones que marcaba la situación nacional, y las particularidades propias de un país como El Salvador, pequeño en extensión territorial pero densamente poblado, y a la vez, con un elevado índice de analfabetismo, despejaron de un plumazo las dudas sobre cuáles mecanismos priorizar para la contienda.

Quedaba atrás la época de las tomas de emisoras y embajadas como instrumento de propaganda armada, del estallido de las bombas de volantes y las carteladas monumentales en San Salvador; y empezaba otra que contemplaba el perfeccionamiento³⁵ de los medios escritos de las diferentes organizaciones guerrilleras y la irrupción de otros mecanismos, entre los que “Milton” recuerda, por ejemplo, los equipos de cine y video que organizó el FMLN y que para 1980 produjeron su primer y más conmovedor filme de los que se realizaron después: “El Salvador, el pueblo vencerá”³⁶.

La idea de las radios guerrilleras surgió por esta etapa, y se afianzó con la misma vertiginosidad que asumían los acontecimientos políticos en el país. “Empezamos a darnos cuenta de que la radio iba a ser el mecanismo idóneo para acompañar la guerra que preparábamos y que ya era indetenible”, añade “Rebeca”, otra ex comandante guerrillera, la única sobreviviente de una numerosa familia que se incorporó a la guerrilla desde los años 70, y cuyo nombre verdadero es Lorena Peña Mendoza³⁷.

³⁵ En lo que a medios escritos se refiere, esta perfección implicó la reducción del número de publicaciones que editaba cada organización, lo que permitió concentrar esfuerzos, recursos y líneas informativas, y consolidar el trabajo político hacia el interior de los grupos guerrilleros, y hacia la población civil de las zonas rurales que a partir del inicio de la guerra, en 1981, se convirtió en una de las prioridades de la propaganda guerrillera

³⁶ Elaborada por cineastas chilenos, costarricenses y puertorriqueños que colaboraban con las FPL, “El Salvador el pueblo vencerá” ganó el Premio Coral del Segundo Festival de Cine Latinoamericano, celebrado en La Habana en 1980

³⁷ Entrevista con la autora, julio de 1996

III.3.- 1981: LA GUERRA

A partir del 10 de enero de 1981 todo se convirtió en enfrentamiento militar abierto, como habían advertido en su momento los jesuitas. “Era un paso inevitable por la cerrazón de la Junta de Gobierno y sobre todo de la fracción derechista del ejército, junto con la miopía interesada de Estados Unidos para arbitrar algún medio eficaz que pusiese freno a la masiva represión y diese paso a una solución que respondiese a las necesidades del país”, según refirió a principios de ese año uno de los números de la revista *Estudios Centroamericanos*.

En efecto, 1981 empezó con la “ofensiva final” de la guerrilla ese 10 de enero, fecha que marca el comienzo de la guerra.

La guerrilla aseguraba que, en cuestión de meses, las fuerzas rebeldes estarían entrando a San Salvador, al estilo de las tropas sandinistas. Y para la ofensiva, convocaron a las masas a una insurrección general, pero las masas no respondieron: el terror de los años anteriores había desmovilizado buena parte de las bases con las que la guerrilla contaba para su arremetida militar. Fue un error de cálculo.

Los militares salvadoreños -y los norteamericanos- también se equivocaron. Pensaron que el fracaso de la ofensiva guerrillera era el fin del FMLN cuando no era sino su comienzo.

En un análisis posterior de los acontecimientos, la comandancia guerrillera admitía que “el genocidio en las ciudades creó un trauma en las masas, las desgastó y desmovilizó. La insurrección esperada no se produjo. Sin embargo, el 10 de enero era un paso necesario para la consolidación y construcción en las zonas de retaguardias, y en ellas, la construcción del ejército popular. ¿Perdimos?, ¿ganamos?. La concepción de la ofensiva de enero no dejaba puertas para perder, porque se trataba de pasar de un momento insurreccional a una guerra. Se trataba de abrir las retaguardias, los frentes de guerra. Ese descomunal movimiento popular de 300 mil personas en las calles de San Salvador inundó los frentes de guerra en un porcentaje relativamente bajo, pero lo que hizo fue insurreccionar el campo. Y la gente que hasta



El Salvador, la guerra, columnas guerrilleras (Guazapa, 1981)

ese día andaba clandestina o medio clandestina, se abrió y se profesionalizó. Se mudaron para la guerrilla. Aunque no se consiguió el poder, la ofensiva fue victoriosa, o mejor, estratégica. Porque permitió dar el salto a la guerra, dar el salto a la formación de un ejército popular. Pasamos de ser pequeños grupos guerrilleros urbanos a cosechar un increíble trabajo de organización de masas en el campo, un enorme trabajo de armamentización en las mismas narices del enemigo. Consolidamos las retaguardias. Y eso permitió después hacer la guerra. Más que decir que nos equivocamos el 10 de enero en la apreciación del estado de ánimo de las masas, habría que decir: nos equivocamos al no haber hecho unos meses antes eso que hicimos el 10 de enero. Si lo hubiéramos hecho unos meses antes y hubiéramos resuelto los problemas de unidad al interior del FMLN, habríamos tomado el poder. Pero esa ofensiva tardía, en términos de mantener vigente la alternativa revolucionaria, fue importantísima” (López, V.I., 1994:69-70).

1981 marcó así el inicio de una guerra de contrainsurgencia de a de veras, que desde sus primeros momentos fue dirigida desde las oficinas del Pentágono. En consecuencia, fue un año de masacres famosas, como las del Río Lempa, donde murieron más de mil civiles; o la de El Mozote, en el oriente del país, con un saldo similar.

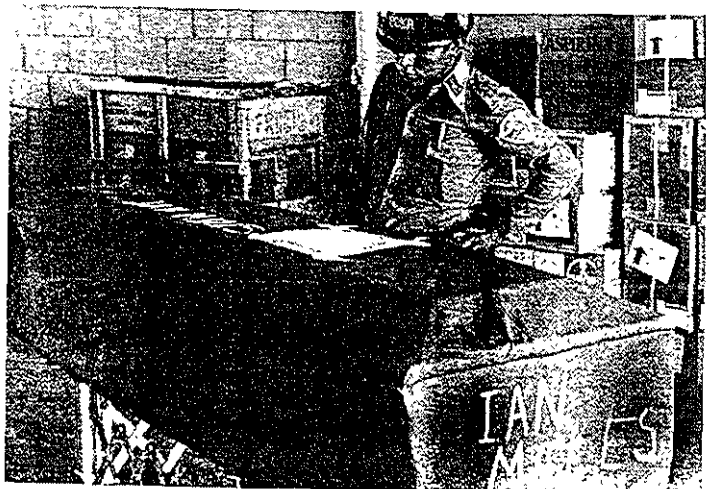
Masacres de esta naturaleza formaban parte esencial de los proyectos antiguerrilleros ideados por los estrategas estadounidenses. Se trataba ahora no ya de la infructuosa táctica de “reformas con represión”, sino de “quitarle el agua al pez”, es decir, aniquilar la retaguardia guerrillera, reducir su eventual base social en las zonas rurales del país

La guerra había empezado, ahora sí, en serio; pero desde sus inicios mismos, sectores diferentes emprendieron gestiones para detenerla, de la mejor manera posible. Los jesuitas fueron uno de estos sectores; la comunidad internacional, otro. Para mediados de año, cuando arreciaban los combates, México y Francia reconocieron la beligerancia del FMLN, en una llamada Declaración Franco-Mexicana, que abrió una brecha estratégica para la guerrilla.

El gobierno salvadoreño, y los militares, en particular, que empezaban a llenar sus cuentas bancarias con los fondos que enviaba Washington para sustentar la guerra, hicieron caso omiso de los intentos por parar la



El Salvador; la guerra, soldados de la Guardia Nacional (Chalatenango, 1981)



Arriba, Olivier Rebbot, periodista francés hendo durante la ofensiva guerrillera de enero de 1981 en San Francisco Gotera, Morazán Murio un mes despues Abajo, los restos del periodista sudafricano Ian Mates, muerto en enero de 1981 mientras cubria la "ofensiva final" del FMLN

violencia en El Salvador. El gobierno empezó entonces a acelerar los preparativos de una nueva ronda electoral, esta vez para elegir una Asamblea Constituyente, redactar una nueva Carta Magna y avalar así, constitucionalmente, el estado bélico que se implantaba en el país.

Tocó a D'Aubuisson, electo Presidente de la Asamblea, redactar la nueva Constitución salvadoreña, vigente aún.

Y la guerra cambió todo en el país: modificó estrategias y tácticas en ambos bandos, hizo cerrar filas a la derecha y a la izquierda. Los mecanismos de propaganda utilizados hasta el momento en uno y otro flanco, tuvieron también que readecuarse a las nuevas condiciones.

III.4.- 1981: LAS RADIOS GUERRILLERAS

Las fuentes consultadas para esta investigación comparten el criterio de "Rebeca" en relación con la urgencia que impuso la convulsión salvadoreña en la readequación de sus instrumentos propagandísticos, y en la utilización de la radio como mecanismo idóneo de propaganda a partir de esta etapa en que la guerra era ya imparable y la guerrilla consolidaba sus posiciones.

Hubo varios factores que confluieron en esa dirección: la guerra misma, que implicaba un cambio de escenario -de las ciudades a las zonas rurales- y una concientización política mucho más profunda; las características particulares de El Salvador, con un alto porcentaje de analfabetismo y una población mayormente campesina; y las dificultades que en cuanto a recursos financieros acumulaban las fuerzas guerrilleras, que obligaban a priorizar medios que resultaran menos costosos, pero de gran alcance.

Las experiencias de *Radio Sandino*³⁸, que recién se instalaba en el poder como la emisora oficial del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), fue otro de esos factores que incidieron finalmente en la decisión del FMLN de lanzar al aire sus emisoras clandestinas: "Para nosotros -rememora uno de los protagonistas del libro *Las Mil y Una Historias de Radio Venceremos*- tuvo mucho impacto aquella emisora acompañando la lucha de liberación 'desde algún lugar de Nicaragua'. Siempre habíamos tenido la visión de que la radio sería como la otra mitad de la guerra, pero la experiencia de la *Sandino* terminó por decidimos, y para la ofensiva de enero de 1981 dos 'volados'³⁹ se estaban planificando. Uno, el plan estrictamente militar. Otro, que nuestra emisora tenía que salir al aire el mismo día en que comenzaba la ofensiva, ni antes ni después" (López, V., I., 1994:12).

³⁸ *Radio Sandino* saltó al aire en los momentos decisivos de la ofensiva lanzada por la guerrilla nicaraguense para destronar a Anastasio Somoza Clandestina, y en extremo rudimentaria. *Radio Sandino*, sin embargo, fue considerada un instrumento muy efectivo para esta etapa particular del proceso revolucionario en Nicaragua. Tras el triunfo sandinista, la radio pasó a convertirse en la voz oficial del gobierno presidido por el Frente Sandinista de Liberación Nacional

³⁹ Asunto

Esa “otra mitad de la guerra”, la radio, se convirtió a partir de ese momento en el medio privilegiado por la guerrilla salvadoreña; como había sucedido con *Radio Rebelde* en Cuba, y con *Radio Sandino* en Nicaragua; como había sucedido mucho antes en Bolivia, en Argelia, en la Rusia soviética y en la Alemania nazi.

Sobre el papel y la incidencia de la radio en la comunicación política abundan materiales teóricos que avalan su preponderancia como medio excelente para la comunicación de masas desde posiciones, incluso, alternativas. Valga mencionar entre ellos el libro de Julián Hale *La Radio como Arma Política*, donde, desde la primera página, se le atribuye a este medio un rol irremplazable en lo que a propaganda concierne.

Hale parte de definir las características de la radio que le permiten convertirse -como afirma- en un arma política insustituible. La radio -dice- es el único medio de comunicación masiva que resulta imposible de detener. “Puede hacer ciertas cosas que otros medios de persuasión, educación e información no pueden; y como instrumento de persuasión, en particular, posee numerosas ventajas psicológicas sobre sus competidores” (Hale,J.,1975:11-12).

Especialista en el tema, Hale marca la irrupción de la Revolución soviética como el punto de partida de la vinculación de la radio a la batalla ideológica, y sostiene que si bien en la década del 20 y en los primeros años de la década del 30 la radio era considerada un poderoso agente de estandarización, “fueron los nazis quienes primero vieron y después desarrollaron el uso de la radio como medio de propaganda internacional” (Hale,J.,1975:11-12).

Otro experto, Lluís Bassets, define a la radio como un “medio misterioso, lleno de posibilidades subversivas”, y asevera que a mediados de los años 30 la radio era ya considerada un mecanismo para la creación de consenso político en el interior de los países, y para la lucha psicológica exterior que acompaña a las confrontaciones bélicas o a las situaciones de tensión internacional.

Bassets da ejemplos sobrados en su libro *De las Ondas Rojas a las Radios Libres*: “Roosevelt y sus charlas al calor del hogar, Hitler y

Goebbels y sus mensajes a la nación o a los combatientes alemanes, Queipo del Llano y sus transmisiones a los quintacolumnistas, la voz de De Gaulle identificada con la voz de Francia gracias a la emisión francesa de la BBC, y luego, las grandes instalaciones de Radio Liberty y la Voz de las Américas, por un lado, y de Radio Moscú, por otro” (Bassets, L.L., 1981:8).

Apunta, asimismo, que para finales de los años 40, la radio era, incluso, algo más que un instrumento gubernamental. Se había convertido en una “modesta, pero eficaz alternativa” frente a la manipulación y a la dominación de los grandes medios y frente a la complejidad de las grandes cadenas de televisión y a los altísimos costos de las tecnologías duras (Bassets, L.L., 1981:9-10).

El caso de *Radio Argelia*, que sale al aire en 1956 y a la que se le asigna un influyente papel en la guerra de liberación que tuvo lugar en ese país africano, es uno de los ejemplos que al respecto se analizan en el ensayo de Bassets: “Esta voz que hablaba desde los **djebels**, sin localización geográfica precisa, pero que llevó a toda Argelia el mensaje de la revolución, adquirió de golpe un valor esencial (...) Al escuchar a la radio de la revolución, el argelino existió con ella, y la hizo existir”, dice el texto (Bassets, L.L., 1981:83,84,91,92).

Otro texto, *Radio y Democracia en América Latina*, expone el caso de las radios mineras en Bolivia como instrumento para “promover una alta conciencia clasista y de solidaridad, y para contribuir al rescate de la identidad cultural” (Tealdo, A.R., 1989:54-55).

Surgidas en 1947, las radios mineras bolivianas “permitieron la participación y acceso de las clases subalternas, que comprendieron que podría ser éste un instrumento muy útil en la lucha por sus intereses”, se afirma en uno de los ensayos que integra el libro de referencia, donde, a propósito, se describen una serie de obstáculos que atentaron contra una incidencia todavía mayor de estos medios.

De acuerdo con el texto, elaborado por Teresa Flores de Bedrega, las continuas intervenciones militares contra las radios mineras en Bolivia, los problemas técnicos, y de administración, la falta de recursos económicos y de personal capacitado, “fueron los obstáculos más

pesados que tuvieron las radios mineras en su largo camino” (Teoaldo,A.R.,1989:57).

Pero la autora da cuentas también de problemas y contradicciones internas en la dirigencia de las instancias sindicales encargadas políticamente de las radios mineras; de constantes rivalidades entre las mismas radios; y de un hecho que parece repetirse en El Salvador y que se analizará con más detalle en el último capítulo de esta tesis: “las instancias sindicales -afirma- no siempre tuvieron una política global de comunicación para las radios” (Teoaldo,A.R.,1989:57).

Después vinieron otras experiencias: *Radio Rebelde*⁴⁰, en Cuba, y *Radio Sandino*, en Nicaragua, para citar dos de los casos de radio convertidas en armas políticas que incidieron muy directamente en el diseño de las radios utilizadas por la guerrilla salvadoreña.

También clandestina, y transmitiendo desde las zonas bajo control del ejército guerrillero encabezado por Fidel Castro, *Radio Rebelde* nació de la persistencia de un argentino, Ernesto “Che” Guevara, que se había sumado a las tropas de Castro en México, en 1956.

Como *Radio Sandino* en su momento, *Radio Rebelde* fue el instrumento utilizado por los guerrilleros cubanos en la última fase de su ofensiva militar para la toma del poder, y en los primeros meses después del triunfo, para garantizar la movilización, organización y agitación de los sectores populares que respaldaban el proceso revolucionario.

Así, con estos antecedentes y las premuras que imponía la guerra, a fines de 1980 inicia sus transmisiones *Radio Liberación* desde territorio costarricense, con el objetivo de acompañar propagandísticamente la ofensiva guerrillera que ya ultimaba sus detalles. *Radio Liberación*, empero, tuvo muy poca duración, porque pretendiendo ser un medio masivo, denotaba un gran desfase de la situación nacional, pese a que era operado por militantes de la guerrilla, o por personal vinculado a ella.

⁴⁰ Sobre *Radio Rebelde* existe abundante bibliografía, parte de ella elaborada precisamente por el “Che”. Para los fines de esta investigación, baste mencionar que todavía hoy *Radio Rebelde* sigue transmitiendo y constituye una de las emisoras de mayor audiencia en Cuba

Radio Liberación tuvo otro problema: no correspondía al desarrollo incipiente del sistema de comunicaciones de la guerrilla.

En esta etapa, toda la comunicación guerrillera se efectuaba por onda corta, que, fuera de donde fuera, tenía la posibilidad técnica de transmitir los hechos ocurridos en los diferentes frentes de guerra; posibilidad que no tenían otros medios como la televisión o la prensa escrita .

De modo que una vez que *Radio Liberación* dejó de funcionar, se impuso la urgencia de conseguir nuevas alternativas. Es así que en octubre de 1980 un equipo Valient Viking, viejo, pero remendado, que después adoptó el nombre de "El Vikingo", llegó al departamento de Morazán, en el oriente del país, donde se asentaron desde fines de 1980 las fuerzas del ERP.

A la par de las armas con que después se emprendería la ofensiva, empezaron a introducirse a El Salvador por las veredas secretas que abrió el FMLN, los equipos imprescindibles para echar a andar *Radio Venceremos*, en operaciones que mucho dicen de la capacidad de creación y de la habilidad de la guerrilla.

El Vikingo llegó a Morazán procedente de México, y lo empezó a operar un equipo de salvadoreños y venezolanos que comenzaron entonces a aprender a hacer radio y hacer la guerra a partir de la radio.

"Maravilla" y "Santiago" formaron parte de este equipo desde el primer día. Hernán Viera, venezolano, cineasta y "locazo" de profesión, como se autodefine, había llegado a San Salvador a fines de 1979 en escala técnica para seguir hasta Nicaragua, donde filmaría los primeros meses de la revolución sandinista. Pero no llegó a Managua; se quedó atrapado en San Salvador. Lo convencieron de que se quedara y colaborara en los proyectos de propaganda que se agilizaban como parte de la "ofensiva final" del FMLN. Le empezaron a llamar "Maravilla", y así se le conoce todavía

"Santiago", otro venezolano de nombre Carlos Henríquez, ya trabajaba con los sandinistas cuando fue "reclutado" por los salvadoreños. En cuestión de una semana liquidó su contrato en Managua y viajó a San Salvador, de ahí, a Morazán, y ya no volvió a salir. Desde el primer día

de transmisiones de *Radio Venceremos* fue su “locutor oficial”, la voz que acompañó cada combate, cada denuncia, y después, los avances de las negociaciones de paz.

El 10 de enero de 1981 -recuerda “Maravilla”- “pasadas las nueve de la noche, prendimos el motor, enchufamos El Vikingo y salimos al aire por primera vez con estas palabras: hermanos de El Salvador y del mundo, desde este instante comienza a transmitir desde algún lugar de El Salvador *Radio Venceremos*, emisora del FMLN, para acompañar paso a paso al pueblo salvadoreño en su camino hacia la victoria final sobre siglos de opresión. Todo el pueblo a cerrar filas y a combatir hasta vencer o morir” (López, V.I., 1994:56-57).

Ese “algún lugar de El Salvador” era el poblado de La Parra de Bambú, en la jurisdicción de La Guacamaya, departamento de Morazán, donde *Radio Venceremos* se mantuvo durante un buen rato.

La transmisión efectuada por *Radio Venceremos* el 22 de enero de 1980, cuando se dio a conocer la fundación de la Coordinadora Revolucionaria de Masas, había quedado atrás, como semilla de lo que después fue uno de los instrumentos más poderosos de la insurgencia para la guerra. Habían quedado atrás también meses de esfuerzo y preparación. Como se refirió antes, ninguno de los que desde el principio formaron el equipo de *Radio Venceremos* tenía la preparación técnica que se necesitaba, ni el menor entrenamiento en guerra de guerrillas. Sólo una decisión a prueba de balas.

Además de la carencia de recursos y personal, la instalación de la radio tuvo que enfrentar desde el principio el obstáculo de su defensa militar. En El Salvador no existen grandes formaciones montañosas donde se pueda ocultar una emisora. Por todas partes hay poblaciones con cuarteles del ejército y es un territorio cruzado por innumerables carreteras y caminos. Es un país con seis millones de habitantes en un pedacito de tierra, lo que significa que “aquí no se pueden esconder ni los pensamientos”, como lamentara “Maravilla”. Peor todavía: era un país densamente poblado de represión.

“En Morazán -recuerda uno de los relatos registrados en el libro *Las Mil y Una Historias de Radio Venceremos*- si te atrapan con un pichingo de

gasolina sos hombre muerto, porque sospechan que le estás llevando combustible a la *Venceremos*. Tenemos muchos héroes anónimos que murieron por arriesgarse con un galón de gasolina para la radio. Y si te atrapan con una pulgada de cable coaxial, ya podés despedirte de este mundo cruel” (López, V.I., 1994:47,106).

Los operativos militares para aniquilar a *Radio Venceremos* empezaron desde marzo de 1981, apenas dos meses después de iniciada la guerra y cuando la radio apenas si disponía de un sitio estable. Ese mes de marzo, el ejército desplazó a mil 600 efectivos hacia Morazán con el propósito expreso de dismantelar *La Venceremos*, que para entonces, muchas veces, tenía que transmitir casi que caminando, cuando no escondida bajo tatúes o refugios antiaéreos.

Sin proponérselo, las operaciones militares contra *Radio Venceremos* incidieron muy favorablemente en su credibilidad. Las transmisiones fueron muchas veces realizadas en vivo, por tanto, sin necesidad de efectos sonoros. Los bombardeos y los vuelos rasantes de los A-37 suplieron con creces cualquier efecto artificial.

La pericia del equipo de *Radio Venceremos*, y su decisión de no dejar de transmitir bajo ninguna circunstancia, todos los días, a las seis de la tarde, le granjearon también a la radio una credibilidad y una confianza sin dudas.

Lo difícil de la situación, y otra vez, esa disposición férrea de la guerrilla de mantener la radio a fuerzas, obligaron a una creatividad todavía más perfeccionada, no sólo desde el punto de vista técnico, sustituyendo unas piezas por otras hechas casi a mano, sino también desde el punto de vista profesional: había que captar cada vez más oyentes y mantenerse al aire, y había que consolidar espacios entre los medios de comunicación legales, que desde 1981 empezaron a citar a *Radio Venceremos* como fuente fidedigna de lo que en realidad sucedía en los frentes de guerra.

Para fines de 1981 la creatividad desplegada por *Radio Venceremos* sorprendía, incluso, a sus mismos protagonistas. La radio empezaba a cumplir sus objetivos: dar a conocer el avance de la guerra, pero también, la vida de los guerrilleros, de los campamentos, y de la población civil que los acompañaba, hacer -como diría uno de los

locutores de la radio- que el pueblo se identificara con la guerra, que hablara por ella y se reconociera en ella.

“Crecíamos -añade la fuente-. Crecía el equipo humano de la radio y su equipo técnico. Por entonces, recibimos un motor nuevo y más grandes que nos permitió multiplicar la potencia. Ya no era la emisora charrula del comienzo, ya lanzábamos al aire unos 600 ó 700 vatios. Y comenzábamos a recibir un reporte desde Honduras, otro desde México, y hasta una postal ilegible de un dixista japonés” (López, V.I., 1994:105).

En el otro extremo del país, en el departamento de Chalatenango, en 1981 se iniciaron los primeros pasos para instalar otra emisora guerrillera. Los pedazos de lo que después fue *Radio Farabundo Martí* llegaron a bordo de varias arrias de mulas, y se asentaron en la población de La Cañada, territorio bajo control de las FPL, justo en el momento en que el ejército lanzaba su más grande operativo militar en la zona.

Radio Farabundo Martí fue una experiencia muy similar a la de *Radio Venceremos*, igualmente sustentada en la colaboración de centenares de campesinos que casi a cuestas hacían llegar los equipos y las refacciones que necesitaba la planta transmisora; igualmente sometida a una tenaz presión por parte del ejército; tan perseguida y asediada por los militares como *La Venceremos*; tan audaz y tan creativa.

“*Radio Farabundo Martí* es el resultado de la situación política que se generalizó en el país a finales de los 70 y, sobre todo, a todo lo largo de 1980”, asegura “Nacho” en la entrevista concedida para este trabajo.

“La cerrazón de canales de expresión de las masas, por un lado, las exigencias que imponía la guerra, por otro, y el acervo acumulado por las FPL, en particular -que mantenía entonces como consigna el que ‘es el pueblo, con sus propios instrumentos, quien construye su revolución’-, prepararon el camino para la instalación de la radio”, añade.

Si bien la primera transmisión “oficial” de *La Farabundo* sale al aire el 22 de enero de 1982, “Nacho” sostiene que durante el segundo semestre de 1980 la radio tuvo su bautizo a bordo de una camioneta -el “furgón fantasma”- que, cargado de pastos y forrajes, dcambulaba por el



Radio Farabundo Martí (Chalatenango, 1983)



"Milton" (derecha) "Se cerraron todos los caminos y no quedó otra alternativa que hacer la guerra." (Chalatenango, 1984)

occidente salvadoreño, burlando retenes y postas militares, con su cabina adaptada para pasar los programas grabados previamente en una casa de seguridad de la guerrilla.

“La primera transmisión fue memorable -recuerda “Nacho”-: significó un trabajo inmenso y el experimentar múltiples formas de salir al aire sin ser detectados”.

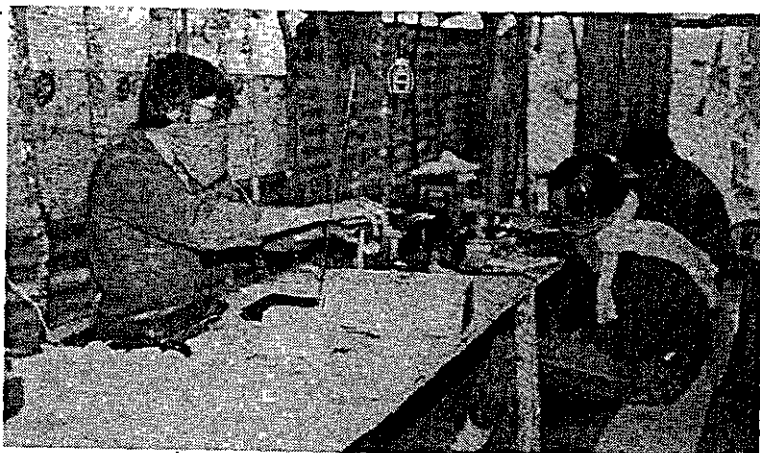
“Todo 1981 -agrega- representó un esfuerzo descomunal para introducir en Chalatenango motores y antenas, pieza por pieza, que se transportaron muchas veces en medio de frutas y legumbres, en canastas de señoras y cipotes⁴¹ sin cuya colaboración el funcionamiento de la radio, y dicho sea de paso, la expansión guerrillera, hubiera resultado muy difícil.

“Recuerdo muy especialmente a un cipote de 12 años, de seudónimo ‘Rubencito’, que a su corta edad logró organizar todo el movimiento para meter los equipos de la radio y trasladarlos de La Cañada al Volcancillo, y de ahí, a la Montañona, donde *La Farabundo* llegó a establecerse durante un buen rato a partir de enero de 1982. Murió en combate tiempo después, en un enfrentamiento con efectivos de la Cuarta Brigada de Infantería, en las inmediaciones de Chalatenango.

“*Radio Farabundo Martí* fue el resultado de un cúmulo de experiencias propagandísticas y de coyunturas en extremo complicadas. Y fue, al mismo tiempo, un entrenamiento de todo tipo cuyo desarrollo permitió articular todo el trabajo de propaganda de las FPL en el interior del país y establecer los nexos necesarios para retroalimentar a los medios que se instalaron en el exterior.

“Finalmente, la instalación de los equipos fue lo de menos. Después hubo que aprender a preservar la radio de los operativos y los bombardeos del enemigo sin suspender las transmisiones; hubo que aprender el ABC del trabajo propagandístico que exigía un medio como la radio en las condiciones propias de El Salvador; aprender a escribir para radio, a elaborar y ajustar a horarios programas como “El Noticiero Rebelde”, “Ventana al Mundo” y “Centroamérica en Lucha”, espacios

⁴¹ Niños



"Nacho" (izquierda): *"La Farabundo sigue siendo ese rinconcito al que volvemos todos los días"* (Chalatenango, 1982)



Radio Farabundo Martí transmitiendo desde un tatús (1983)

que incluían tanto información militar de nuestros frentes como materiales dirigidos a recabar la solidaridad internacional a partir de análisis objetivos y contundentes sobre la situación del país, la bestialidad de los militares y los avances de nuestra lucha.

“Hay que insistir mucho en ello: la radio era, en las particularidades de guerra de guerrilla en El Salvador, el medio más adecuado para la comunicación de masas que se pretendía y necesitaba; la radio fue también, a la vez, causa y efecto del proceso revolucionario salvadoreño. Fue fruto de una acumulación de experiencias políticas y propagandísticas, y de una muy convulsa situación social. Y fue uno de los principales catalizadores del proceso mismo: potenció y fortaleció nuestra experiencia propagandística, y con ella, nuestra condición incuestionable de fuerza beligerante”.

III.5.- 1982-1985, LAS DEFINICIONES

Las elecciones de marzo de 1982, al decir de los jesuitas, dejaron intacto el principal problema que estremecía al país, el de la guerra. Y ello, pese a que el número de muertos dejados por el conflicto bélico se contabilizaba ya en más de 30 mil, y los desplazados internos en poco más de 500 mil.

Todavía en esa fecha, el gobierno esperaba que, tras el fracaso de su “ofensiva final”, la guerrilla se desarticulara en breve. Sin embargo, el FMLN lograba abrir cada vez más frentes de guerra y se expandía no ya en Chalatenango y Morazán, sino también en los departamentos de San Vicente, en el centro del país, y en San Miguel, Usulután y La Unión, en el oriente.

1982 fue un año de batallas espectaculares, como las definió el FMLN: la destrucción del Puente de Oro, sobre el río Lempa, y la acción contra la base aérea militar de Ilopango, la cabeza de la Fuerza Aérea Salvadoreña, empezaron a dejar en claro la existencia de dos poderes en el país

En tanto, combates como los registrados en las poblaciones de El Moscardón, en el departamento de Morazán, en junio de ese año, “lograron dar un viraje a la guerra. El ejército guerrillero había alcanzado ya su mayoría de edad” (López, V., I., 1994:206), según alertaban los locutores de *Radio Venceremos* asegurando que las tácticas de “reformas con represión” y aquella de “quitarle el agua al pez” ensayadas por Duarte a instancia de sus consejeros norteamericanos, no ofrecían alternativa alguna para la situación salvadoreña.

Sin embargo, el FMLN enfrentaba numerosos problemas en su interior; particularmente el problema que acarrecaba la inexistencia de una unidad de criterios entre los cinco grupos que lo conformaban

Los corresponsales extranjeros eran testigos de ello. En algunos frentes se les informaba de una inminente derrota del proyecto contrainsurgente. En otros, en cambio, se hablaba de “guerra popular prolongada” (Cortina, M., 1992:101).

De otra parte, el trabajo político de la guerrilla, sobre todo en San Salvador, aún no lograba subsanar las grietas dejadas por la represión de los años finales de la década de los 70: “Para marzo, el FMLN decide boicotear las elecciones llamando otra vez a la insurrección, pero la gente no respondió como se esperaba. Había miedo y poco trabajo político. Faltaba mucho que aprender de la relación con las masas y del manejo de la guerra” (López, V., I., 1994:167).

1983 fue también un año intenso. Las tácticas contrainsurgentes puestas en marcha hasta la fecha habían fracasado. La parte oficial diseñó otras nuevas: en vez de aniquilar a la base social de la guerrilla, se pretendía ahora “ganar sus mentes y sus corazones” con medidas populistas que tampoco resolvieron el problema. Simultáneamente, esta táctica iba acompañada de una nueva modalidad de guerra que convertía a la aviación en arma estratégica contra la guerrilla. El ejército había aprendido para entonces que en el combate cuerpo a cuerpo con los rebeldes era imposible una victoria, y empezó a utilizar sus aviones y helicópteros.

Para 1983 el involucramiento de Estados Unidos en el conflicto salvadoreño era inocultable. Todas las operaciones armadas eran dirigidas por un equipo de asesores norteamericanos que radicaba en El Salvador. A partir de entonces, la embajada norteamericana se encargó de suministrar un millón de dólares diarios al ejército salvadoreño en vituallas, armamento y asesorías, para respaldar la lucha antiguerrillera. El Salvador se había convertido en una de las obsesiones de la administración del Presidente Ronald Reagan.

Del lado guerrillero, la actividad militar también se consolidaba. A las grandes batallas de 1982 siguieron las de 1983; batallas que requirieron de reajustes tácticos en el FMLN para poder sortear la supremacía que implicaba el uso de la aviación por parte del ejército.

Entre estas tácticas se incluyó la formación de brigadas guerrilleras, como la Brigada “Rafael Arce Zablah” -conocida por sus siglas, BRAZ, y que homenajeaba a uno de los fundadores del ERP-, la “Julio Climaco”, integrada por las fuerzas del PRTC, y la “Felipe Peña Mendoza”, de las FPL, que consiguieron hacer estragos en las tropas castrenses.

“Teníamos brigadas... El Che temblaría sobre sus botas. No eran columnas guerrilleras, eran brigadas de miles de hombres. Brigadas que le veían la cara a las brigadas del enemigo. Nosotros movíamos cañones de 120 milímetros y atacábamos los grandes cuarteles, los cuarteles inexpugnables del enemigo, rompiendo todos los cercos de seguridad. Ese final de 1983 fue el momento en que el ejército estuvo a punto de colapsar, y esto lo admiten los mismos asesores yanquis. La Fuerza Armada perdió en un solo año tres mil 104 hombres en combate, lo que equivale a más de cuatro batallones”, asegura un comandante del ERP citado en *Las Mil y Una Historias de Radio Venceremos* (López, V., I., 1994:339-340).

La táctica contrainsurgente de “el águila caza a su presa”, como bautizó el ejército a sus maniobras helitransportadas, había fracasado. La parte oficial volvía a reunirse con carácter urgente para reformular nuevos mecanismos antiguerrilleros. Fue entonces cuando se entronizó el esquema norteamericano de “Guerra de Baja Intensidad”, un experimento ya utilizado en Vietnam, mezcla de acciones populistas, propagandistas y militares que, probablemente -decían los asesores norteamericanos-, podría surtir efecto en El Salvador⁴².

Para mediados de 1984, sin embargo, el FMLN se vio también forzado a cambiar sus modalidades bélicas. Con sus escasos recursos, y en la

⁴² Secuela directa de lo que se define como “síndrome de Vietnam”, el concepto de Guerra de Baja Intensidad surge de una reformulación de la estrategia militar norteamericana precisamente tras el fracaso sufrido por sus tropas en Vietnam, y tuvo como objetivo central la recuperación --y preservación-- de su hegemonía mundial. Enarbolada por la administración del ex presidente Ronald Reagan, la llamada Guerra de Baja Intensidad fue concebida como una guerra de nuevo tipo --contrarrevolucionaria, prolongada y con muy diversos componentes-- para enfrentar a los movimientos de liberación que abundaron en los años 80. “Este nuevo tipo de guerra requería de una estrategia global, con componentes económicos, psicológicos, sociales, diplomáticos, propagandísticos y militares, de grados e intensidades diversas”, según asegura la investigadora mexicana Lilitan Bermúdez en su libro *GUERRA DE BAJA INTENSIDAD REAGAN CONTRA CENTROAMÉRICA* (Bermúdez, L., 1987 22).



El Salvador, la guerra, el ejército (Tenancingo, Cuscatlán, 1984)

topografía particular de El Salvador, una guerrilla no puede mantener por mucho tiempo esa concentración de combatientes que implicaba el uso de brigadas guerrilleras. De modo que llegó entonces el momento de lo que los comandantes guerrilleros llamaron la “dislocación de fuerzas”.

Joaquín Villalobos, el comandante de más alto rango dentro del ERP, lo explicó así en su momento: “Para el ejército, que gasta a diario un millón y medio de dólares regalados por los gringos, una guerra convencional no representa ningún problema. Pero nosotros no tenemos logística para enfrentar eso. Y nos van a arrastrar a una situación de estancamiento, e inclusive, de desgaste. Entonces vamos a darle vuelta al calcetín. Vamos a darles una guerra de desgaste a ellos, a ver quién se cansa primero. El plan es pegarnos a las masas; aprovechar el terreno que se ha conquistado durante 1983 para trabajar más en la organización popular, y ampliarnos. Los combatientes van a tener que ser ahora sí integrales, el mando militar tiene que ser también político, y el combatiente no es sólo el que tira contra el enemigo, sino el que se mete con los vecinos, con las familias, con los grupos populares, para fortalecer la organización de las gentes. Hay que dislocar a la BRAZ en unidades de cinco o siete compañeros, que tienen que empezar a crearse su propia base social de apoyo, y no para jalarlos a la guerrilla, sino para hacer crecer la conciencia política del pueblo. Quien tenga más capacidad de multiplicarse, habrá ganado la guerra. En lo militar hay que desarrollar a fondo el armamento popular. Nuestra arma fundamental será en lo adelante el explosivo. Hay que desgastar al enemigo con minas, desestabilizarlo con sabotajes, cerrarles las carreteras, volarles las torres de luz, hostigarlo, emboscarlo y hacerle la vida imposible. Guerrillerear, en una palabra” (López, V., I., 1994:343-344).

De esta etapa data la fabricación de minas caseras bautizadas con nombres como “Atonal”, un cacique indígena que mantuvo a raya a los españoles durante meses, “Cazayanqui”, “De Abanico”, “Saltarina”, “Cazabobo”, “Quitapié”, “Rampla”... Minas que, en efecto, causaron pavor y numerosas bajas al ejército, pero también a las propias fuerzas guerrilleras, sobre todo a la hora de su elaboración, y entre la población civil.

La guerra iba para largo. En consecuencia, ni las elecciones presidenciales convocadas para marzo de 1984 ni los encuentros de

diálogo que tuvieron lugar a fines de ese año, lograron reducir el nivel de los enfrentamientos armados.

El gobierno provisional instalado en 1982 y presidido por Álvaro Magaña convocó a elecciones presidenciales en 1984, y finalmente entregó la banda presidencial a Duarte el primero de junio de ese año, en una ceremonia literalmente castrense que tuvo lugar tras unos comicios en los que la participación popular fue más que reducida y las operaciones rebeldes demasiado incisivas.

Casi desde los primeros días de su gobierno, los jesuitas diagnosticaron el fracaso que se avecinaba sobre la gestión democristiana. Duarte -aseguraban- conseguirá que no triunfe militarmente la guerrilla, y conseguirá tal vez detener el colapso económico y con ello impedirá que el descontento popular se llegue a convertir en una insurrección popular. Son metas que pueden resultar suficientes para el gobierno de Reagan, pero no son metas suficientes para el pueblo salvadoreño; y como no lo son, es probable que al terminar su mandato, Duarte tenga que ceder la fachada de gobierno a una coalición de partidos de derecha, con lo cual se habrá demostrado que el proyecto democratacristiano sometido al proyecto de la administración Reagan no es viable en El Salvador (Varios, 1990:151-152).

Así sucedió finalmente.

A escasos cuatro meses de iniciado su mandato, Duarte ofreció, súbita e inesperadamente, un diálogo con los rebeldes, en una maniobra política que, más que potenciar una negociación real al conflicto, buscaba airear su gobierno.

Así, el 15 de octubre de 1984 representantes del gobierno y la guerrilla se reunieron en la población de La Palma, en Chalatenango, para iniciar un largo proceso de diálogo que concluyó, en 1992, con la firma de la paz

En efecto, el encuentro en La Palma no generó resultados espectaculares en lo que a la guerra se refiere, pero sirvió para que ambos bandos se anotaran puntos a su favor. De cara a Washington, Duarte trataba de presentarse como “el hombre de la paz”, en su intento por mantener los



La Palma, el primer encuentro de diálogo Al centro, Guillermo Manuel Ungo (1984)

volúmenes de ayuda económica y militar que suministraban los norteamericanos. Su aparente disposición a terminar la guerra por la vía de las conversaciones le granjeaba, además, cierta aureola purificada hacia los gobiernos de Europa y América Latina.

Para la parte rebelde, en tanto, La Palma significó el reconocimiento público del gobierno a su existencia ya como fuerza beligerante con la que había que contar para detener el descalabro en que se sumía el país. La semilla sembrada por la Declaración Franco-Mexicana de 1981 empezaba a germinar, aunque todavía no con la premura que se necesitaba. Sobre todo porque aun cuando el FDR, su aliado político, y sectores influyentes en la sociedad, abogaban por una solución negociada al conflicto, el FMLN no había contemplado estratégicamente la vía de las negociaciones como solución al drama salvadoreño.

Pero La Palma también generó contradicciones en ambos bandos. Para Duarte, significó un aumento adicional de las presiones de los militares que, reacios a abandonar la guerra o a ceder algo en favor del FMLN, empezaron a partir de 1984 a distanciarse cada vez más de los grupos de poder que fueron siempre su sombra protectora para entregarse a los beneficios que aportaban los millones de dólares norteamericanos que llegaban a San Salvador. El ejército era cada vez más dependiente de los asesores estadounidenses, y la guerra se convertía cada vez más en un negocio de altas ganancias para generales y coroneles.

También en el flanco guerrillero se multiplicaron las contradicciones entre las organizaciones que integraban el FMLN. Las confrontaciones entre las tendencias que preconizaban una guerra popular prolongada y aquellas que tomaban en cuenta el cansancio que ya representaba la guerra, y por tanto la urgencia de detenerla, se agudizaron tras el encuentro de La Palma.

Incidieron también otros elementos: a mediados de 1983 las FPL se vieron inmersas en uno de los casos más lamentables de la historia de las organizaciones guerrilleras de todo el continente. Tan lamentable como el asesinato de Dalton por parte de la dirección del ERP. Salvador Cayetano Carpio, el legendario "Comandante Marcial", un panadero que llegó a presidir el Comité Central del PCS en los años 40 y que fundó después las FPL, decidió en abril de ese año deshacerse de su segunda al

mando, Mélida Anaya Montes, la “Comandante Ana María”, por razones que apuntan a contradicciones políticas graves en relación con la guerra y la negociación. Los sucesos de abril de 1983 concluyeron con el suicidio de “Marcial” y la reorganización de la dirigencia de las FPL, pero acarrearón secuelas en extremo delicadas para la organización que fue, desde siempre, el principal pilar dentro del FMLN.

El descalabro de las FPL acentuó las contradicciones al interior del FMLN, pero a la larga sirvió para encauzar el rumbo de las organizaciones guerrilleras.

1984 concluyó tras otro encuentro de diálogo, celebrado esta vez en la población de Ayagualo, en el departamento sureño de La Libertad; un encuentro que dejó en claro el fracaso al que se aproximaba la gestión negociadora de Duarte. Ya para la cita de Ayagualo, Duarte había cambiado su posición en la mesa de negociaciones. Dialogamos, no negociamos con subversivos, decía. Y su diálogo, lo más que ofrecía para el FMLN era perdón y olvido.

El ejército, por cierto, sufrió un contundente golpe en 1984: la muerte de su mejor oficial de campo, el Coronel Domingo Monterrosa Barrios, que falleció cuando pretendía demostrar el fin de lo que él llamaba “el mito de *Radio Venceremos*”.

La radio se había convertido en un tormento para Monterrosa, un oficial respetado, incluso, por las fuerzas guerrilleras. Y el FMLN le jugó una mala pasada. Le preparó una planta transmisora “carnada”, cargada de dinamita, que las tropas de Monterrosa encontraron en una de sus operaciones en el departamento de Morazán. Monterrosa se trasladó personalmente, en helicóptero, a recoger la presunta *Radio Venceremos* que supuestamente habían capturado sus efectivos; y murió en el aire cuando, desde tierra, los guerrilleros hicieron explotar la carga que llevaba oculta el transmisor.

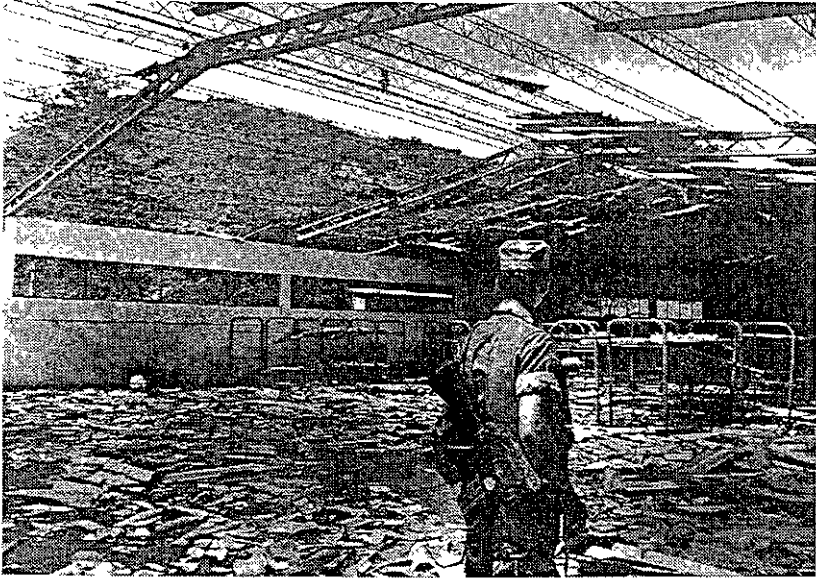
1985 empezó con la certeza de que no sería el año de la paz en El Salvador. A lo largo de todo el año no hubo ni un solo encuentro de diálogo que permitiera hacer renacer las expectativas que, aunque débiles, se generaron en los meses anteriores. Sin embargo, precisamente al calor de los diálogos frustrados, y en medio de una crisis

económica que se agudizaba tocando los límites del colapso, el movimiento de masas en San Salvador empezaba a reactivarse, y las calles volvían otra vez a llenarse de manifestaciones populares que exigían el fin de la guerra y el cese de la represión.

La guerra, en tanto, seguía su curso, y aleccionado por los errores anteriores, el FMLN readecuaba nuevamente sus modalidades guerrilleras. Se recrudecieron las tácticas helitransportadas del ejército, y a la par, los sabotajes y los paros del transporte decretados por el FMLN en su empeño de desarticular a fondo la economía del gobierno de Duarte. Se multiplicó también el empleo de las minas caseras elaboradas por la guerrilla; minas que se combinaban con un uso ingenioso de la propaganda. Por ejemplo, en terrenos minados o no, la guerrilla dejaba carteles que recomendaban: “Soldado, deja pasar primero a tu oficial, las minas son para él”. Era una propaganda dirigida a “quebrarle la moral al ejército” que formaba parte del concepto acuñado por Villalobos de “guerillerear” (López, V., I., 1994:359).

En 1985 se produce otro acontecimiento de importancia estratégica para ambos bandos y para el desarrollo de la guerra, y de la paz. En ese año, el FMLN anuncia su decisión de consolidar la unidad interna en su seno. La llamada Declaración Unitaria del FMLN, difundida a mediados de año, anunciaba la conformación de un partido único, con proyecciones marxistas leninistas, y de una dirección única de las operaciones militares.

Era un intento de salvar las contradicciones que afloraron tras los sucesos que terminaron con la muerte de “Marcial” y “Ana María”, pero surtió un efecto muy temporal, porque finalmente las profundas discrepancias en cuanto a métodos, tácticas y tendencias que separaban a las diferentes organizaciones que conformaban el FMLN no pudieron ser zanjadas. Sin embargo, en principio, el espectacular anuncio de la insurgencia logró dar un buen susto al ejército, al gobierno y a los asesores norteamericanos, que -infructuosamente- se esmeraron entonces en hacer efectiva su doctrina de “Guerra de Baja Intensidad” en El Salvador.



Ataque guerrillero a cuartel del ejército (Chalatenango, 1984)



Bombardeo de la Fuerza Aérea Salvadoreña

III.6.- LA PROPAGANDA GUERRILLERA ENTRE 1982 Y 1985: READECUACIONES

Cada una de las readecuaciones tácticas de la guerrilla -y del ejército- tuvo en esta etapa su reflejo en los medios de propaganda de uno y otro bando.

En la parte oficial, los medios creados por el ejército, en particular el Comité de Prensa de la Fuerza Armada (COPREFA), recibían cada vez más fondos norteamericanos para fortalecer las estrategias de propaganda diseñadas para la “Guerra de Baja Intensidad”.

En la guerra psicológica que se desarrollaba a la par de la militar, ambos bandos se vieron obligados también a perfeccionar estilos.

En pos de ese perfeccionamiento, el ejército emprendió la batalla de las interferencias contra las radios guerrilleras, con métodos que en mucho afectaron las emisiones clandestinas de la guerrilla, pero que también contribuyeron a desarrollar las habilidades innatas del FMLN en esa dirección.

Dice uno de los locutores de *La Venceremos*: “En las primeras páginas del documento Conflictos de Baja Intensidad, los gringos afirman que deben aprender de los métodos de lucha del Che Guevara, Mao Tse Tung y de otros revolucionarios. Y uno de los métodos son las radios, las emisoras que en muchos países han acompañado las guerras de liberación. En Vietnam, ellos tuvieron una que se denominaba *La Voz de Estados Unidos en Vietnam*. Y En El Salvador aplicaron la *Radio Cadena Cuscatlán*. La *Cuscatlán*, a cargo del Estado Mayor de la Fuerza Armada, apareció en 1985 transmitiendo las 24 horas del día en onda media y en FM. Para cumplir su misión de desestabilizarnos contrataron a un tremendo equipo de psicólogos, abogados, comediantes, locutores y periodistas todos muy profesionales (...) En *La Venceremos* no éramos especialistas en guerra psicológica, pero creo que le empezamos a atinar por esa fecha.” (López, V.,1,1994:427-428)

También para esa guerra psicológica, el ejército la emprendió con saña contra los corresponsales extranjeros y los periodistas nacionales que cubrían las acciones de guerra, y cuyos reportajes y comentarios evidenciaban cada vez más el desarrollo de la insurgencia y la responsabilidad inocultable de los militares en las violaciones a los derechos humanos en El Salvador.

A partir de 1982, la curva de periodistas muertos en El Salvador se elevó sensiblemente, según asegura Cortina en su testimonio ya citado.

Andres Kos Koster, un periodista holandés, fue capturado en marzo de 1982 mientras cubría las elecciones para la Asamblea Legislativa. Cuando logró salir del cuartel policial, ese mismo mes, Kos Koster viajó con otros dos reporteros de la televisión holandesa a Chalatenango, a realizar varios reportajes. Los tres fueron asesinados a corta distancia, por la espalda, por efectivos militares. El parte oficial entregado a la embajada de Holanda en San Salvador, sin embargo, aseguraba que los periodistas habían muerto “accidentalmente”, en medio de un combate.

En los comicios de 1984, en tanto, un periodista británico, Joahn Hoagland, fue asesinado cuando fotografiaba combates que tuvieron lugar durante ese evento en la población de Suchitoto, en el departamento central de Cuscatlán.

Las fuerzas guerrilleras pusieron en marcha otros mecanismos para su guerra psicológica; mecanismos que trataban, en primera instancia, de desmoralizar al ejército y sembrar el caos entre oficiales y subalternos, y, de otro lado, fortalecer la capacidad de movilización y agitación en las masas y en las bases guerrilleras, lo que suponía diversificar la temática y los géneros de los materiales periodísticos, y entrelazar y ensanchar los mecanismos de propaganda.

En estos años, las radios modificaron su programación, en un intento por salir del lenguaje panfletario de sus años iniciales y de buscar uno más acorde al momento. *La Venceremos*, por ejemplo, introdujo entonces programas como “Plomazo Informativo” -con informaciones cortas sobre la vida en los frentes de combate- y “La Guacamaya Subversiva”.



La otra guerra reconocimiento de periodistas holandeses asesinados por el ejército en Chalatenango, en marzo de 1992

con noveletas de contenido político cuyos protagonistas eran siempre funcionarios norteamericanos y altos mandos del ejército salvadoreño.

La *Radio Farabundo Martí* tenía también programas con igual proyección. “Habíamos descubierto la poderosa herramienta del humor y la sátira política”, rememora “Nacho”.

La vorágine y las exigencias de los acontecimientos imponían asimismo la necesidad de involucrar otras formas de propaganda. “La guerra -añade “Nacho”- había que cantarla, escribirla, fotografiarla, dársela a otros pueblos, para que se solidarizaran con nuestra lucha y para que se animaran a hacer la suya. Sobre todo, había que devolvérsela a sus protagonistas, los campesinos, los guerrilleros”.

Surge así, por ejemplo, la Brigada Cultural Venceremos, integrada por grupos musicales -como “Los Torogoces de Morazán”-, proyectos de teatrillo popular y equipos de cine, video y hasta una muy precaria televisión (López, V., I., 1994:202).

Como *La Venceremos*, *Radio Farabundo Martí* llega por esta fecha a ser algo más que una emisora guerrillera para convertirse en una consolidada estructura de propaganda que involucraba también a otros medios. En este período, los equipos del cine del FMLN produjeron alrededor de seis filmes entre los que se destacaron “Carta de Morazán”, “La decisión de vencer”, “Tiempos de audacia” y “Caminos de libertad”, que mucho contribuyeron a la difusión de la guerra y a la solidaridad que precisaba el FMLN más allá de sus fronteras.

Esta fue otra variante del trabajo de propaganda del FMLN en el que las radios y los “batallones” culturales tuvieron gran incidencia. Y en esta variante jugaba un rol decisivo el abrir espacios entre los medios informativos “legales”, oficiales, nacionales y extranjeros.

Al mismo tiempo, las películas y los videos elaborados en las zonas de guerra eran exhibidos en los mismos frentes guerrilleros, y entre la población civil de esas zonas rurales. Por esa época, según el relato del equipo de *La Venceremos*, muchas veces la exhibición de las películas se acompañaba de una exposición de fotos “que se montaba sobre estructuras de bambú y se llevaba de pueblo en pueblo... Uno no sabía



Propaganda clandestina: Un comando urbano de la guerrilla ofrece una conferencia de prensa clandestina en San Salvador (1983)

qué admirar más, si las fotografías impactantes de los combates o las caras de los combatientes viéndose a sí mismos en ella, siendo actores y espectadores a la vez” (López, V., I., 1994:508).

La importancia que conferían las diferentes organizaciones guerrilleras que conformaban el FMLN a la cuestión de la propaganda era bastante similar, aunque en muchos casos no dependió de decisiones políticas, sino de la capacidad de recursos y de la habilidad de cada una de estas organizaciones.

Así, los esfuerzos de las FARN para sacar al aire y mantener la emisora *Radio Guazapa* -que en 1984 se instaló a apenas 30 kilómetros de San Salvador- no fructificaron como debían, y *Radio Guazapa* terminó fusionándose con *Radio Farabundo Martí*, que también transmitía desde el occidente del país. *Radio Unidad*, del PC, que comenzó a transmitir en 1985 desde el nororiental departamento de Usulután, tampoco tuvo gran duración.

Para 1985 los empeños de propaganda, aunque con sus contradicciones y limitaciones auestas, logran también un desarrollo loable en lo que a medios de prensa en el exterior concierne.

En esta etapa México y Nicaragua se consolidaron como los principales polos desde donde se irradiaba información hacia el exterior, y desde donde se implementaba aquel principio de escribir, cantar y fotografiar la guerra para buscar solidaridad internacional. Este principio fue uno de los que guió la propaganda guerrillera desde sus inicios, y sobre todo, a la hora en que la negociación política se impuso como estrategia para los rebeldes.

A partir de 1982, en Managua, Nicaragua, las FPL ponen en marcha el llamado Sistema de Comunicación “Farabundo Martí”, que buscaba, desde condiciones mucho menos riesgosas, garantizar el funcionamiento de la radio y de las demás estructuras de propaganda en el interior del país suministrando información diversa. Incluía centros de documentación y equipos de monitoreo y análisis de la información, y buscaba, además, brindar a los comités de solidaridad que cada vez se esparcían más en Europa, Estados Unidos y América Latina, la información que necesitaban para sus campañas

En 1982 surge la agencia noticiosa *Salpress*, uno de los medios más poderosos con que contaron las FPL, en especial, y el FMLN en su conjunto, que supo abrirse espacios seguros y confiables en medios salvadoreños, nicaragüenses, mexicanos y de otros países del área, y que tuvo un papel determinante en las tareas de propaganda de la guerrilla durante la guerra, pero sobre todo, después, durante el proceso de negociaciones que concluyó con la firma de la paz en 1992.

Además de los cables diarios -recuerda “Nacho”- *Salpress* produjo hasta 1985 la revista *Centroamérica en la Mira*, con artículos de fondo y de corte informativo. Produjo también el semanario *Boletín Semanal*, que se distribuía en México a las agencias de prensa, embajadas y a una amplia red de instituciones de solidaridad de Estados Unidos, Canadá y Europa.

Salpress merece un recuadro aparte.

Nacida de la determinación de la dirección de las FPL de consolidar su estrategia propagandística, *Salpress* se instaló inicialmente en Managua, Nicaragua, donde la guerrilla salvadoreña contaba con una sólida retaguardia. En 1983, sin embargo, tras los acontecimientos que resultaron en el suicidio de “Marcial”, la agencia se trasladó a la capital mexicana, donde se consideró que su labor tendría mayor alcance

Así, la agencia de prensa de las FPL se estableció en el edificio 125 de la Avenida Insurgentes, en su departamento 303, que fungía como casa-oficina. Un ex maestro normalista, “Ricardo Gómez” -Lucio Ricardo Gómez Bracamonte, que era su verdadero nombre-, fue su director desde entonces, y desde entonces se convirtió en la llave que, a fuerza de una tenacidad sin incurias, abrió espacios seguros a *Salpress* en buena parte de los medios locales.

“Joaquín” fue otro de los integrantes del equipo de *Salpress*.

Educado en Cuba, “Joaquín” -Juan José Dalton Cañas- se sumó a la agencia después de haber sido herido en combate en una población del norte de Chalatenango, capturado por el ejército, torturado en prisión y liberado posteriormente, tras un canje de presos políticos. Hijo de Roque

Dalton, “Joaquín” estudió periodismo en la Universidad de La Habana: “Dejé la carrera para irme al frente de guerra; muy lejos de La Habana y su malecón. Y la verdad es que nunca me imaginé que mi primera experiencia periodística iba a ser en un medio guerrillero”, dice⁴³. “Y -añade- fue una experiencia decisiva ésa de aprender a darle cobertura periodística a una guerra que rebasaba con mucho la velocidad de nuestros telex”.

“Ricardo” sostiene similares opiniones: “Seguir la guerra, reajustarse a sus requerimientos desde un medio con las particularidades de una agencia de prensa; explicarlos, pero, sobre todo, describir esa guerra, los cambios que iba asumiendo, sus altas y sus bajas, fue, en lo personal, un aprendizaje determinante. Lo entendíamos y lo asumíamos como otro frente de guerra que complementaba el esfuerzo militar y político de nuestros compañeros en un escenario diferente, pero sujeto al mismo eje”.⁴⁴

Como “Nacho” en su momento, “Joaquín” y “Ricardo” deshicieron sus vínculos tanto con *Salpress*. Pero eso fue después y, de cualquier manera, en modo alguno esta decisión hizo variar sus apreciaciones y valoraciones sobre este período.

Por su parte, entre 1982 y 1985 el ERP editaba en el exterior revistas gráficas y de análisis político como *El Salvador* y *Señal de Libertad*, que se publicaban, incluso, en alemán, y que dejaron de circular a fines de 1985 por razones de recursos.

En el exterior -asegura la gente del ERP- llegamos a formar una red de apoyo y distribución. Los “corresponsales” de *La Venceremos* actuaban como difusores de toda la producción del Sistema Venceremos, que se consolidó en este período y que incluía a la radio, videos, películas y música. “Unos compañeros nuestros en Francia -comenta uno de estos “corresponsales”- se relacionaron con las radios libres de allá (...) También en México se hizo un buen trabajo. Allá teníamos un apartado postal, el 7907, a donde nos llegaron muchas cartas de oyentes de todo el mundo, incluyendo quienes nos escribían, a falta de otros canales desde el interior mismo del país. Hemos hecho intercambio con radios

⁴³ Entrevista con la autora Agosto de 1996.

⁴⁴ Entrevista con la autora Agosto de 1996

comunitarias de Quebec y Vancouver, en Canadá, y también con algunas radios locales en Los Ángeles y San Francisco que retransmitían programas de *La Venceremos* para las audiencias latinas” (López, V., I, 1994:514).

La difusión de *Radio Farabundo Martí* en el exterior siguió idénticos caminos, y como *La Venceremos*, jugó un papel determinante no sólo al interior de las fuerzas guerrilleras, de los sectores populares no organizados y de la solidaridad internacional, sino también al interior de los campamentos de refugiados salvadoreños que, a todo lo largo de la frontera entre Honduras y El Salvador, se asentaron durante años esperando que el fin de la violencia les permitiera regresar a sus lugares de origen.

Para la fecha, tanto *La Venceremos* como *La Farabundo* transmitían ya, en ocasiones, en FM, lo que ampliaba considerablemente su radio de incidencia; también para la época, disponían de equipos de monitoreo de otras fuentes radiales -*La Voz de los Estados Unidos de América*, *Radio Habana Cuba*, y emisoras internacionales de España, Francia y Canadá, entre otras- que permitieron no sólo contar con la actualidad noticiosa de todo el mundo, sino, al mismo tiempo, perfeccionar los estilos propagandísticos de la guerrilla y entregar a sus oyentes una información más fidedigna.

En otro esfuerzo paralelo, entre 1982 y 1985 las FARN puso a funcionar la *Agencia Independiente de Prensa*, que apenas tuvo incidencia. El PCS, por su parte, logró estructurar otra agencia de noticias, *Notisal*, que estuvo hasta 1989 asentada, sobre todo, en Managua, Nicaragua.

Con los aires unificadores de 1985 *Salpress* y *Notisal* entrelazaron sus oficinas durante algún tiempo, y *Radio Venceremos* y *Radio Farabundo Martí* perfeccionaron sus mecanismos de coordinación en el interior del país, donde las condiciones de guerra imponían una interdependencia imprescindible para la sobrevivencia.

Sin embargo, “Nacho” recuerda que la coordinación de los esfuerzos propagandísticos en el exterior era sumamente “escabrosa y chocante”, porque, en buena medida, cada organización concebía el trabajo de propaganda como factor propio de acumulación de solidaridad, y por lo

tanto, de recursos técnicos, humanos y financieros que no siempre se compartían.

III.-7.- 1986-1988, EL EMPANTANAMIENTO

En 1986 la guerra arreciaba: las acciones armadas de los comandos urbanos en San Salvador mantenían en jaque al gobierno; los sabotajes contra la economía, el servicio eléctrico y el transporte se convirtieron en incidentes cotidianos.

Pero la guerra se empantanaba sin que ninguna de las dos fuerzas contendientes pudiera desentramarla. Ni siquiera por medio de las promesas de diálogo, que volvieron a verse frustradas a mediados de 1986 cuando el encuentro de conversaciones previsto para celebrarse en la población de Sesori, en el oriente del país, fue rechazado por la parte guerrillera luego que el ejército militarizara la zona apenas unos días antes de la fecha prevista de la reunión.

Sin embargo, al interior de cada una de las partes en pugna se vislumbraban señales de un cansancio que mucho incidió después en la determinación de asumir la vía de la negociación como el único camino posible en El Salvador.

De una parte, estaban cada vez más claras las grietas en la derecha: la Democracia Cristiana, en el poder, llegaba a su ocaso sin haber podido solucionar los problemas del país. En la poderosa ARENA se vislumbraba la existencia de un sector más proclive a detener todo aquello que atentaba gravemente contra sus intereses económicos. En el ejército, en tanto, y aunque prevalecía la línea de los militares “duros” que seguían ingresando cuantiosas sumas a sus cuentas bancarias gracias a los suministros estadounidenses y por nada accederían a permitir un triunfo de los rebeldes, empezaban a oírse otras posiciones.

En la parte guerrillera todavía no estaba muy decidida la opción de la negociación, y de acuerdo con analistas cercanos al FMLN, se transitaba en esta etapa por dos carriles, el de la guerra y el de la negociación, “pero ya sin los sueños maximalistas y triunfalistas de antes” (Varios, 1990:105)

Los jesuitas intensificaron entonces su cruzada por la paz, advirtiendo hasta la saciedad sobre la imposibilidad de una solución militar al

conflicto. El FMLN, aunque no ha podido ser aniquilado, no puede alcanzar un triunfo militar, alertaba Ignacio Ellacuría.

De acuerdo con su apreciación, que preconizaba la conformación de una “tercera fuerza” en el país, para que el FMLN pudiera lograr un triunfo militar necesitaba de una contraofensiva estratégica de envergadura, y de una insurrección popular, improbable en ese momento. Necesitaba también -añadía Ellacuría- el desmoronamiento del ejército, y ello tampoco parecía estar a la vuelta de la esquina (Varios,1990:153).

La llamada “tercera fuerza” que aupaba Ellacuría empieza a tomar fuerza a partir de 1986, convirtiéndose en uno de los factores que, en los años siguientes, logró catalizar el proceso de negociaciones que concluyó con el fin de la guerra.

Su tesis se sustentaba en el empantanamiento en que se sumía el conflicto bélico a partir de 1986: ni el gobierno había podido aniquilar a la guerrilla, ni el FMLN había logrado hacer capitular a los militares. Y se sustentaba también en otra situación que resultaba innegable en El Salvador: la dualidad de poderes existentes en el país.

Ellacuría sostenía que era imprescindible que, en la dualidad que enmarcaban el FMLN y el ejército, interviniera, cuanto antes, un nuevo componente social: “Cuando se habla de una tercera fuerza social hay peligro de malentenderla como si se tratara de una fuerza democrática que estuviera entre el extremismo de la derecha y el extremismo de la izquierda, y que aspira constituirse en un poder político para disputar la dirección del Estado a estos dos poderes. No es eso lo que se está proponiendo. Lo propuesto parte de dos hechos fundamentales. No hay más que dos poderes políticos, el norteamericano-gubernamental, sea cual fuere la composición del gobierno, hoy democristiano; y el FMLN. Y hay una gran parte de la población que sin pretender el poder político y sin tener capacidad de lograrlo, tiene una fuerza más social que política, la cual, en este momento, no está siendo utilizada para resolver el conflicto. La propuesta es que el pueblo recupere su protagonismo activo sin someter su fuerza y su posible organización a ninguno de los dos poderes (...) si esta tercera fuerza se dinamiza puede conducir no sólo a la solución del conflicto, sino también a delinear los puntos de un

proyecto social al cual los políticos deberían someterse” (Varios,1990:154).

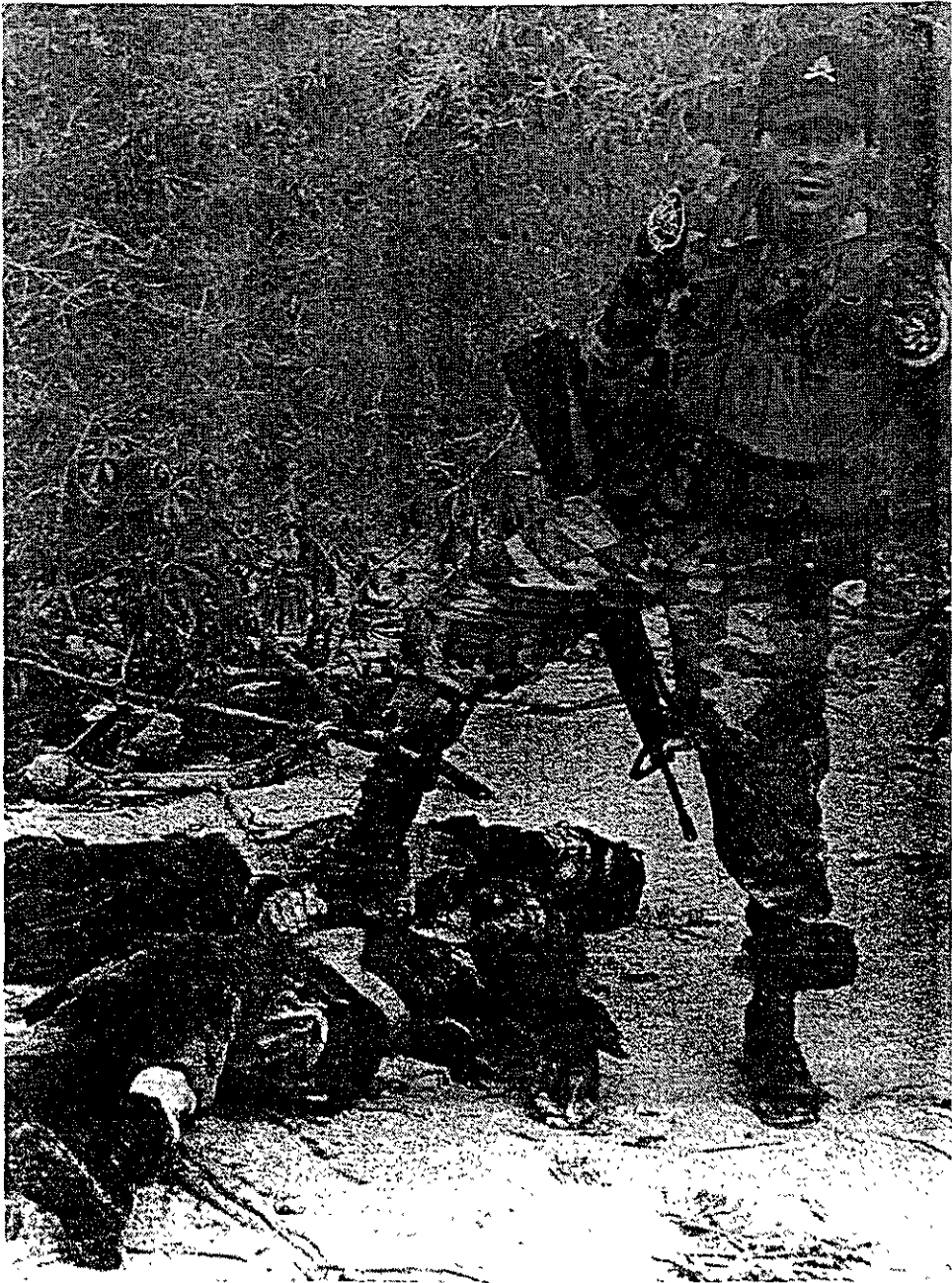
La teoría de la “tercera fuerza” fue cuestionada tanto por el ejército como por la guerrilla. *Radio Venceremos*, en particular, dedicó algunos espacios que pretendieron ser humorísticos a contrarrestar la idea de Ellacuría. Y ello aún cuando admitía el hecho de que su proselitismo político no alcanzaba todavía a numerosos sectores de la población salvadoreña. De todos modos, la guerrilla alegaba con vehemencia sus raíces populares, y el hecho cierto de que su lucha se había iniciado cuando, cerrados otros canales, resultaba más que urgente imprimir cambios a fondos en la estructura social salvadoreña.

Pero en los años siguientes, la idea de la “tercera fuerza” surgió abriendo espacios a la negociación y contribuyendo a la reactivación de las organizaciones populares, que a partir de 1987 se movilizarían bajo una misma consigna, la paz.

En 1987, cuando la crisis económica se agudizaba con la implantación de una serie de medidas fiscales y crediticias, empiezan a resurgir las organizaciones gremiales y sindicales en San Salvador. En febrero, se constituye la Unidad Nacional de los Trabajadores Salvadoreños (UNTS), que agrupó en su seno a numerosas entidades de diverso credo político. Fue un paso que hizo recordar a los analistas la creación de la Coordinadora Revolucionaria de Masas, pero que, a diferencia de lo que ésta significó, vaticinaba no un incremento de la guerra, sino, un tibio, pero irreversible apoyo a la paz.

Las contradicciones políticas que se agravaban con la violencia de la guerra, y los reclamos cada vez más generalizados de paz, desde dentro y desde fuera del país, en tanto, permitieron la reanudación del diálogo por la paz en octubre de ese año, cuando otra vez las calles de San Salvador eran testigos de manifestaciones sociales multitudinarias.

La coyuntura volvió a forzar a Duarte a convocar otra ronda de diálogo; ronda que se celebraría por primera y única vez en San Salvador. Pero, desde semanas antes, Duarte había advertido que, para cualquier eventual cese de fuego, sería necesario que los rebeldes renunciaran públicamente a la lucha armada. Desde entonces se supo que la reunión



El Salvador, la guerra, ejército y guerrilla (1987)

prevista para celebrarse en la sede de la Nunciatura Apostólica en San Salvador iba a terminar sin grandes resultados; pero los cambios que se operaban en el movimiento popular obligaban al FMLN a aprovechar cualquier resquicio para impulsar, por lo pronto, una ruptura del empantamiento del conflicto.

“Varios días después (el encuentro de diálogo) seguía acaparando el debate nacional -recuerda Petrich-. Fue el desenmascaramiento de las bases urbanas de la guerrilla, según el gobierno. Fue una demostración de debilidad de la oposición, ya que si en El Salvador se llegaron a dar manifestaciones de 100 mil personas, una de 15 mil no es nada, según la embajada norteamericana. Fue motivo para que los militares regañaran a Duarte, y para la izquierda fue un Woodstock. Pero también hubo otras lecturas, y para muchos, fue la prueba de que el movimiento popular, golpeado por la brutalidad y la represión entre 1980 y 1983, había vuelto a florecer” (Varios,1990:72).

En noviembre de 1987, en un intento por contribuir a acelerar la línea de la negociación y por capitalizar el resurgimiento de las manifestaciones populares, regresaron al país la mayoría de los líderes de izquierda que habían permanecido durante años en el exilio. Inmediatamente, tras su regreso, se integró una coalición de izquierda, la Convergencia Democrática, que integraría al Movimiento Nacional Revolucionario, al Partido Social Demócrata y al Partido Popular Social Cristiano. El FDR, que durante siete años acompañó al FMLN en su proselitismo político, dejaba así de existir.

1988, en tanto, fue un “año muerto”, al decir de Petrich y de otros analistas. Las publicaciones de los jesuitas, por su parte, lo calificaban de “año de indefiniciones”, tomando en consideración el hecho de que ese año se celebrarían elecciones presidenciales en Estados Unidos y que de su resultado dependería, en mucho, el rumbo de los acontecimientos en El Salvador.

También en El Salvador 1988 fue un año electoral. En marzo, se celebraron comicios para elegir alcaldes y diputados, que fueron mayormente ganados por ARENA. La bancarrota de la Democracia Cristiana era ya más que evidente. Duarte, su líder, agonizaba también

por entonces con un cáncer de hígado y estómago que le fue detectado en un hospital de Houston.

ARENA, el partido fundado por D'Aubuisson, llegaba a su mayoría de edad para 1988, y no había muchas dudas sobre su triunfo en las elecciones presidenciales que tendrían lugar el año siguiente, también en marzo.

Para la guerrilla también llegaba una etapa de mayor madurez, en lo político y en lo militar: aunque con ciertos remilgos, la idea de la negociación se fortalecía entre los comandantes guerrilleros, en la medida en que se activaban las presiones populares por la paz, y en la medida en que, fuera del país, se perfilaban los cambios drásticos que sacudieron al mundo desde la llegada de la Perestroika a la ahora extinta Unión Soviética.

Como apunta Cortina, a lo largo de 1988 no fue posible concretar una nueva ronda de diálogo: las propuestas iban y venían, pero ninguna lograba encender la mecha de la paz o apagar la de la guerra (Cortina, M., 1992:162).

Pero la coyuntura generada en 1988 permitió el surgimiento de otra instancia que tuvo un peso similar a la UNTS y que significó una expresión más de unidad en favor del diálogo y la negociación y una señal de los tiempos que se avecinaban: el Comité Permanente por el Debate Nacional, conformado por más de 70 organizaciones religiosas, laborales, campesinas y humanitarias.

A la guerra, sin embargo, todavía le quedaban un par de años. Y faltaba lo peor. Si bien 1988 fue un "año muerto", sirvió, no obstante, para, en buena medida, definir el conflicto bélico. Es lo que aseguran "Nacho", "Milton" y "Rebeca", y lo que advirtieron en su momento medios como *The Washington Post* y varias agencias internacionales de prensa.

III.8.- PROPAGANDA GUERRILLERA ENTRE 1986 Y 1988: AFIANZAMIENTO

Al decir de “Nacho”, la etapa comprendida entre 1986 y 1988 fue una etapa de afianzamiento de los logros alcanzados por los mecanismos de propaganda del FMLN; y también de reajustes.

La reactivación del movimiento popular en San Salvador, el surgimiento de nuevas organizaciones sociales, y de otro lado, el incremento de la represión contra los sectores gremiales y sindicales, impusieron nuevos retos a la propaganda guerrillera.

El trabajo político expresamente dirigido a los sectores populares que se reorganizaban pasó a ser uno de los pilares de la propaganda del FMLN en este período.

Así, en la radio se instauró la necesidad de priorizar, más que programas de otro corte, los editoriales. Dice “Maravilla” que fue precisamente en esta etapa “cuando le dimos una enorme importancia a los editoriales, y a la vez, por andar de meticulosos para que las cosas quedaran claras, las terminábamos enredando más. O por querer decirlo todo, atiborrábamos los contenidos. Se hizo imprescindible entonces iniciar la línea editorial, pero también adaptar la forma de nuestros editoriales, porque la gente no los entendía” (López, V., I., 1994:349-359).

Había otros problemas con el lenguaje utilizado por los editoriales, dados por el hecho de que, como agrega “Maravilla”, “con una sola programación teníamos que hablarles a todos. Y todo era prioritario... Y no lo digo para excusar la bostezadera que provocaban los famosos editoriales” (López, V., I., 1994:351).

Y junto con el cambio de lenguaje de los editoriales y la programación en general, vino también la inserción de los programas radiales de música rock y salsa. Así, las canciones de la Nueva Trova Cubana - Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, en particular-, la música andina de Mercedes Sosa y Los Quilapayú, y los himnos guerrilleros, empezaron a mezclarse con Maddona y Oscar de León, y por supuesto, con los ya

tradicionales Torogoces de Morazán, que al menos para *Radio Venceremos* siguieron siendo el “fuerte” de sus programas musicales.

En la etapa que abarcan los años de 1986 a 1988 el tema de los derechos humanos y sus violaciones por parte del gobierno fue uno de los ejes centrales de la propaganda guerrillera. Las denuncias contra los desmanes de los militares volvió a ser, como en los primeros años de la guerra, temática diaria de la programación de *Radio Venceremos* y *Radio Farabundo Martí*.

En el exterior, en tanto, se adelantaban las gestiones unitarias de los diferentes equipos de propaganda del FMLN. A principios de 1986 se crea en la capital nicaragüense la Comisión de Prensa y Propaganda del FMLN, con el propósito de hacer viables -y articular- todos los esfuerzos de propaganda guerrillera. Sobre todo, se pretendía afianzar las relaciones diplomáticas que la guerrilla extendía por todo el mundo en este período, a sabiendas de que el diplomático era también un “frente de guerra”.

La negociación abierta en los primeros años del gobierno de Duarte, y las demandas populares y de la comunidad internacional en favor de una paz pronta en El Salvador, exigían del FMLN no sólo el fortalecimiento de las operaciones militares, sino también, y cada vez más, de las actividades políticas y diplomáticas, según el criterio generalizado en cada una de las cinco organizaciones rebeldes.

A partir de esta decisión -que, sin embargo, tomó tiempo y muchos debates internos- se instaló en Managua, Nicaragua, un centro de monitoreo unitario que brindaba información internacional a *Radio Venceremos*, a *Radio Farabundo Martí* y a las agencias de prensa de la guerrilla, que por entonces se adentraban en su mejor momento.

También en virtud del surgimiento de la Comisión de Prensa y Propaganda, las relaciones entre las radios guerrilleras y numerosos medios de prensa internacionales se ensancharon como nunca antes.

Dice “Nacho” que a partir de entonces no sólo las radios eran cada vez más citadas como fuente segura por los medios salvadoreños, incluidos los oficiales, sino que fue cada vez más estrecha a partir de esta etapa

los vínculos con medios como la *CBS*, *NBC*, *The Washington Post*, *The New York Times*, *The Miami Herald*, *The Boston Globe*, *Chicago Tribune*, *News Week* o *Times*, con cuyos editores y periodistas se coordinaba intercambio de información, apoyo para determinadas campañas propagandísticas, entrevistas con comandantes guerrilleros y entradas clandestinas a los diferentes frentes de guerra, para cubrir operaciones militares o retratar la vida en los campamentos insurgentes.

Desde el punto de vista militar, la propaganda guerrillera empezó también a adoptar nuevas líneas. Eran los años en que *Radio Venceremos*, en especial, dictaba cursos guerrilleros por sus ondas, indicando a las bases rebeldes cómo preparar tal o cual armamento popular.

En la medida en que se complejizó la guerra y la batalla política, se complejizó también la propaganda guerrillera, lo que permitió una acumulación de experiencias importante.

De una parte, las maniobras helitransportadas del ejército sobre zonas bajo control del FMLN obligaban a las radios y al resto de las estructuras de prensa y propaganda de los rebeldes a una movilidad no conocida antes. Había que hacer periodismo “a la carrera”, “en gunda”, como se dice en El Salvador; editar y transmitir, muchas veces, con el ejército apostado a escasos kilómetros. Fue una etapa en que las radios perdieron a varios de sus integrantes en combates de este tipo, y a numerosos combatientes que se encargaban de garantizar la seguridad de los equipos transmisores.

“A medida que se fue complejizando la guerra -dice uno de los locutores de *Radio Venceremos*- se complejizó también la emisora. Se requería más y más gasolina. De una transmisión inicial a las seis de la tarde, pasamos a dos, a las seis y a las ocho de la noche. Después, la tercera, a las seis de la mañana. Y la cuarta, al mediodía. De media hora de programa pasamos a cuarenta y cinco minutos, después a una hora, y a veces nos alargábamos a hora y media, dos horas. De motor pequeño pasamos a motor grande, de motor grande de gasolina a motor grande de diesel, más el motor de la FM y el motorcito para recargar las baterías de todas las repetidoras de FM... Esto casi se había convertido en una empresa” (López, V, I., 1994:489-490)

En virtud de ello, cuando en 1989, en un intento por romper el empate militar, la guerrilla empezó a preparar su mayor ofensiva de todos los años de la guerra, las radios -sobre todo- jugaron un papel decisivo en la preparación de esa campaña, tal y como había sucedido en 1981, antes de que fuera lanzada la “ofensiva final” del FMLN.

De hecho, como asegura “Nacho”, en buena medida la etapa comprendida entre 1986 y 1988 fue también una fase de acumulación; acumulación de fuerzas y recursos para la ofensiva que se desató el 11 de noviembre de 1989.

Las radios fueron el eje político y propagandístico de todo el esfuerzo de la ofensiva, dice “Nacho”.

III.9.- 1989: ELECCIONES, LA OFENSIVA

Si 1988 fue calificado de año de muerto, 1989 fue, en cambio, el período que definió la vía negociada como única solución para el drama salvadoreño.

La guerra proseguía. En Chalatenango, en particular, se dieron entonces los combates más cruentos de todos los años de la guerra; pero, aunque ciertas fracciones de su seno se resistían, la guerrilla parecía cada vez más convencida de la urgencia de la negociación, sobre todo por las presiones internas y externas.

En enero de 1989, en un anuncio insólito que demostraba los sensibles cambios que se operaban en el país, el FMLN pidió la postergación de las elecciones presidenciales convocadas para marzo y ofrecía, a cambio, llamar a sus bases sociales a votar por la Convergencia Democrática, el único partido de oposición que tomaría parte en la contienda.

Era la primera vez en toda la guerra que el FMLN reconocía públicamente la viabilidad del camino electoral para intentar solucionar el conflicto.

La propuesta insurgente, sin embargo, fue rechazada por Duarte, y las elecciones presidenciales las ganó el candidato de ARENA, Alfredo Cristiani, un hombre de porte aristocrático, más vinculado al sector de los industriales modernizadores que al viejo bloque oligárquico de la extrema derecha.

Dice Petrich que Cristiani había sido escogido como candidato del partido de D'Aubuisson precisamente porque era una cara nueva en la política, y porque podía convencer a los norteamericanos -que para la fecha concentraban su atención no ya en Centroamérica, sino en la Europa del Este- de que la época tenebrosa de ARENA había quedado atrás. De hecho, Cristiani había ganado unas elecciones celebradas en medio de la guerra, con el país inmovilizado por un paro de transporte nacional decretado por la guerrilla y encarnizados combates en el norte y

el oriente de la nación, que se desencadenaron tras la negativa de Duarte a la aceptación de la propuesta electoral del FMLN.

Analistas de uno y otro bando concuerdan en asegurar que 1989 abrió una coyuntura en extremo compleja.

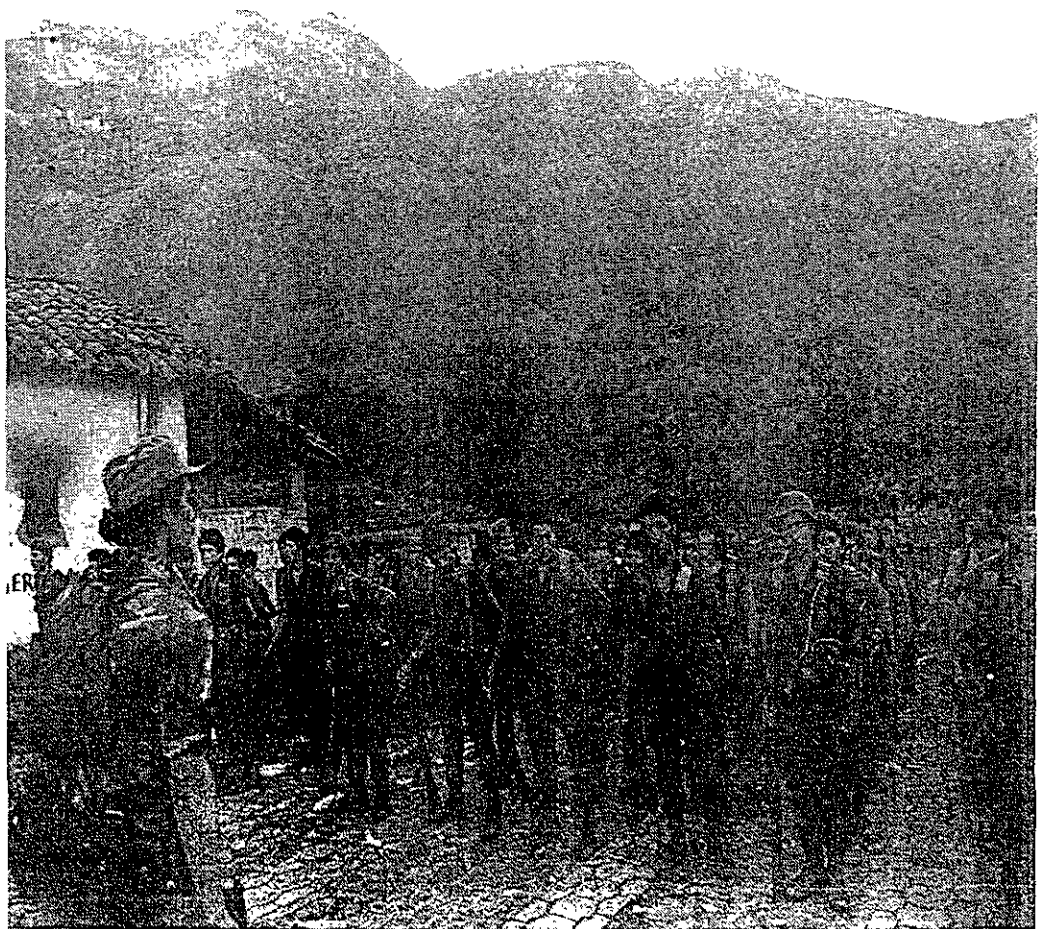
En la medida en que continuaban los combates y se incrementaba el número de víctimas de la guerra -que ya por entonces sobrepasaba los 70 mil- se reactivaba el movimiento popular en las ciudades en reclamo de una paz pronta y segura.

Cristiani no podía hacer caso omiso de esta situación. Tampoco el FMLN.

Fuera del país, en tanto, las presiones internacionales por la búsqueda de una salida negociada a la guerra salvadoreña también se incrementaban. Los cambios en Europa, donde el bloque ex socialista se descomponía aceleradamente, y los reajustes que esto provocó en la nueva administración estadounidense -presidida por el republicano George Bush-, también forzaban al mandatario salvadoreño a tomar cartas en el proceso negociador interrumpido en 1987.

Pero Cristiani tenía que sortear antes los obstáculos que venían de su propio partido y de los militares. El triunfo de la derecha en los comicios de marzo de 1989 hizo renacer entre los militares de línea dura la idea de una derrota definitiva del FMLN en el campo de batalla. Para ese momento, la fórmula norteamericana de Guerra de Baja Intensidad había demostrado su total fracaso en El Salvador, lo que propició readecuaciones en las concepciones del Alto Mando Militar salvadoreño. Y como para entonces se percibían ya ciertas señales del Congreso norteamericano que apuntaban hacia un rechazo a la prolongación del conflicto salvadoreño, los generales y coroneles del Estado Mayor en San Salvador empezaron a desoír cada vez más las recomendaciones de sus asesores norteamericanos.

Ya con un poder económico sólido, los "señores de la guerra" en El Salvador comenzaron a desechar las tácticas de los norteamericanos, que no le habían rendido frutos, y renovaron su viejo sueño de una guerra total contra el FMLN, sueño que significó un incremento



Campamento guerrillero en San José Las Flores, Chalatenango (1989)

alarmante de las operaciones militares y de las matanzas y asesinatos políticos de opositores de todo tipo.

El FMLN se sumió en una situación parecida. En buena medida, el rechazo a su propuesta electoral disipó un tanto su determinación de sumarse al carril de la negociación. La guerrilla supuso que el ascenso de la derecha al poder iba a acelerar su caída definitiva mucho más rápido que como aconteció con la Democracia Cristiana. Y se aprestó a dar un nuevo impulso a la guerra.

En septiembre de 1989 Cristiani convocó a un diálogo con la insurgencia, no en El Salvador, sino en México, y no con la Iglesia como intermediaria, como había hecho Duarte, sino sin mediador alguno. Era un paso táctico, obligado por las circunstancias ya descritas. La guerrilla accedió sin grandes peros. Era también otro paso táctico y buscaba presionar al nuevo gobierno desde el flanco político, para acentuar así las contradicciones que germinaban en su seno.

La primera reunión del FMLN con ARENA tuvo lugar el 12 de septiembre en San Jerónimo, México. La propuesta del FMLN planteaba un rápido cese de fuego, la incorporación de los dirigentes del FMLN a la vida política del país, negociaciones posteriores para el cese definitivo de hostilidades y para la incorporación de la guerrilla a la vida legal. Desde entonces, los temas de la purificación del ejército, las reformas al sistema judicial, y el sancionamiento severo a los responsables de crímenes y masacres colectivas, figuraron también entre las principales demandas guerrilleras.

El gobierno rechazó los términos presentados por la guerrilla. Según Petrich, Cristiani buscaba un diálogo de otro tipo. De preferencia, la delegación gubernamental hubiera querido que el diálogo fuera no sólo a puertas cerradas, sino en secreto, sin presencia de testigos de organismos internacionales y sin corresponsales de prensa que merodearan en los alrededores propiciando filtraciones y dando aire a las expectativas de paz. Quería, también, un proceso dilatado, sin calendarios ni presiones.

El FMLN, por su parte, se oponía a la idea de un diálogo de catacumbas, a espaldas de la opinión pública y de los sectores populares

salvadoreños. Y sobre todo, se negaba a entrar en la dinámica de un diálogo prolongado, que diera demasiado tiempo a la parte oficial.

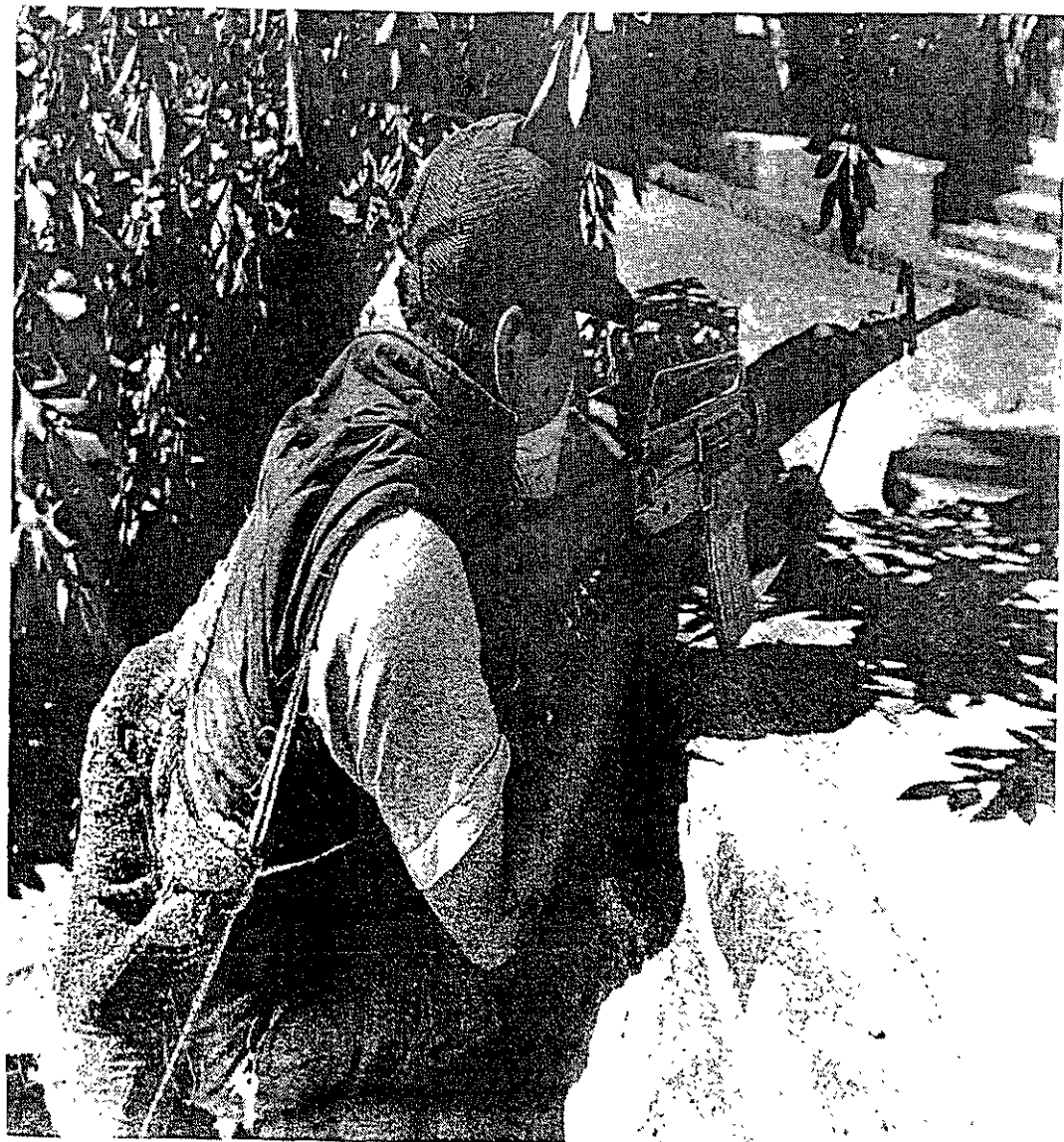
El proceso de negociaciones entre ARENA y el FMLN empezaba, pues, con demasiados escollos. Sin embargo, era un proceso muy diferente al que emprendió Duarte, por las circunstancias en que tenía lugar.

La cita de San Jerónimo concluyó con el acuerdo de reunirse, al mes siguiente, en San José de Costa Rica. Pero el encuentro no tuvo lugar, dejando a las claras lo difícil que sería el nuevo proceso negociador, que tuvo que pasar antes por una nueva y más feroz todavía arremetida militar. No hubiera sido posible de otra forma. Ambas partes, ejército y guerrilla, tenían que convencerse en el campo de batalla de que no había otra alternativa que la paz negociada.

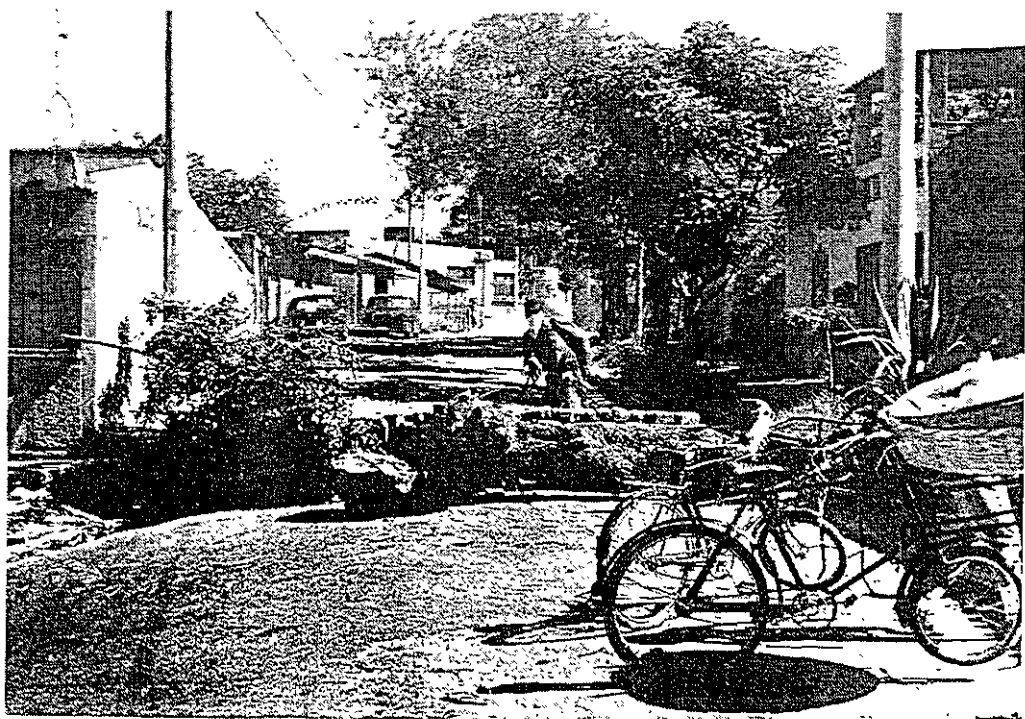
El 31 de octubre de 1989, unos días antes del diálogo concertado en la capital costarricense, dos bombas destruyeron simultáneamente las sedes del Comité de Madres de Presos Políticos, Detenidos y Desaparecidos de El Salvador (COMADRES) y de la Federación Nacional Sindical de Trabajadores Salvadoreños (FENASTRAS) en San Salvador. En el atentado contra FENASTRAS murieron todos sus dirigentes. El FMLN aprovechó el incidente: se retiró de la mesa de negociaciones y aceleró los preparativos de su más grande ofensiva.

Los de *La Venceremos* lo explican así: Después de casi diez años de guerra sobran las razones para querer definir el conflicto. El país estaba agotado, en ruinas, económicamente hablando. La gente quería cada vez más la paz. El mundo estaba cambiando y te empujaba a resolver los conflictos por la vía negociada. Pero estaba claro que ni el gobierno ni el Alto Mando iban a negociar si no se les presionaba militarmente. Además, en San Salvador no se sentía la guerra. Los medios de comunicación del gobierno se encargaron de difundir la imagen de una guerrilla casi aniquilada, y los militares acabaron creyéndose sus propias mentiras (López, V., I., 1994:520).

En la noche del 11 de noviembre de 1989 San Salvador se estremeció como nunca antes en los años del conflicto. La guerrilla entró en la capital subrepticamente, burlando todos los mecanismos de seguridad dispuestos por el ejército. Los combates llegaron hasta la misma



Noviembre, 1989 la guerrilla toma San Salvador



residencia del Presidente Cristiani, y abarcaron casi todas las colonias periféricas de la capital. A punto de colapsar, el Alto Mando de la Fuerza Armada se reunió en la madrugada del 15 de noviembre. Decidió que “son ellos o nosotros”, según se filtró después, y acordó emprender el bombardeo aéreo contra las áreas capitalinas donde se encarnizaban los combates. En esa reunión se acordó también asesinar a la jerarquía jesuita de la UCA, a quienes siempre acusaron de ser guerrilleros.

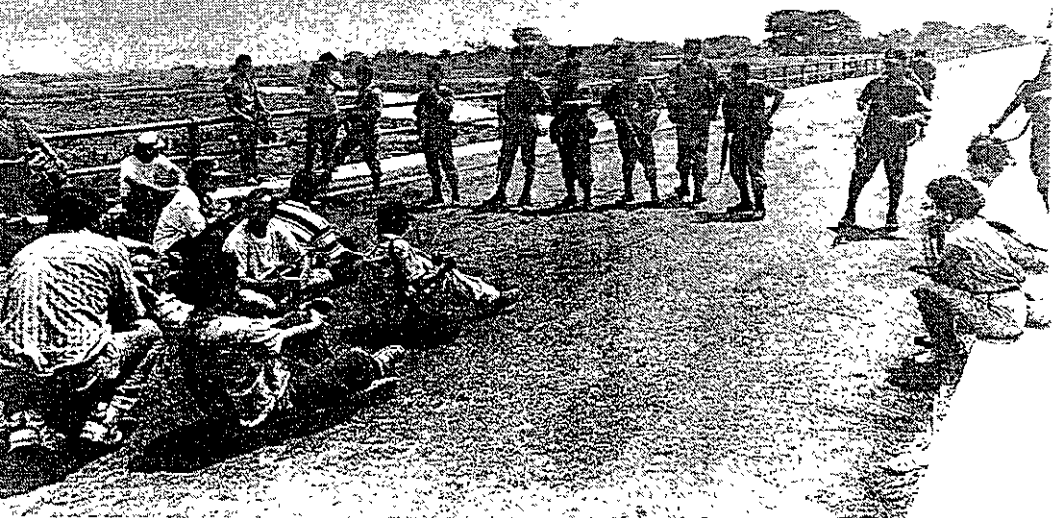
“Sangre en las paredes y en el piso de la casa, restos de masa encefálica, puertas forzadas, destrozos y desórdenes en las habitaciones, cristales rotos, impactos de bala en la capilla y en los automóviles estacionados en el lugar, cuatro cadáveres con la cabeza destrozada sobre el césped del jardín, algunos con huellas de haber sido arrastrados; dos cadáveres más en otros de los cuartos: esa era la escena de la residencia de los jesuitas en las primeras horas del 15 de noviembre. Los sacerdotes de la Compañía de Jesús Ignacio Ellacuría, Rector de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, Ignacio Martín Baró, Segundo Montes, Armando López y Juan Ramón Moreno, profesores de la misma y de origen español, así como el salvadoreño Joaquín López y López, presidente de la Fundación Fe y Alegría, habían sido asesinados entre las dos y las tres de la madrugada de ese día, en una acción donde participaron alrededor de 30 hombres vestidos de militares, según los testigos. La cocinera, Elba Ramos, y su hija, Celina Marisela, de 15 años, fueron también víctimas de la masacre” (Varios, 1990:23).

Según versiones coincidentes, el crimen estuvo relacionado con las pugnas internas dentro del ejército y el partido ARENA; entre quienes abogaban por una guerra total de exterminio de la oposición intelectual legal, política y armada, y quienes eran calificados por el propio Ellacuría como línea civilista, en buena medida, partidarios de un diálogo que detuviera el cruento saldo de la guerra.

La matanza de los jesuitas conmovió a El Salvador y al resto del mundo, pero no paró la ofensiva guerrillera. El martes 21 de noviembre, en la madrugada, el hotel Sheraton, donde estaba hospedado el entonces Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA), Joao Baena Soares, fue tomado por la guerrilla, que 30 horas después abandonó el lugar sin dejar huellas.

Después de las operaciones en el Sheraton, las más espectaculares de toda la ofensiva, empezaron a cobrar fuerza las propuestas de negociación para un cese de fuego. La ofensiva concluyó apenas unos días después, y logró cambiar diametralmente la situación salvadoreña.

“El 11 de noviembre hicimos añicos la retaguardia estratégica del ejército, que era la capital. Hicimos añicos la concepción de que somos débiles. Y logramos el apoyo de la población. Es cierto que a nosotros la ofensiva nos costó la vida de 400 combatientes. Es cierto que los bombardeos masivos en las colonias populares inhibieron un levantamiento generalizado. La ofensiva del 11 es parte de un proceso para lograr el quiebre de la situación actual y desencadenar otra dinámica (...) Teníamos que llevar la guerra a la ciudad. Si no, nos habríamos enfrascado en una guerra de cien años de soledad en las montañas. Y la guerra para nosotros es un factor, entre muchos, para conseguir la paz”, sostuvo el comandante guerrillero Roberto Cañas, entrevistado por esos días por periodistas mexicanos (Varios, 1990:115).



La otra guerra. Corresponsales extranjeros detenidos por un reten militar en la carretera que conduce a Chalatenango (1989)

III.10.- PROPAGANDA GUERRILLERA, 1989: LA MAYORIA DE EDAD

Noticia de primera plana en toda la prensa internacional por esos días, la ofensiva guerrillera de 1989 fue un marco más que propicio para entender la otra guerra, la de los medios de propaganda, que seguía su curso en El Salvador. También la contienda electoral efectuada en marzo de ese año.

Durante los comicios fueron asesinados a manos de efectivos militares los periodistas salvadoreños Eloy Guevara -reportero del diario *La Noticia*, que había sido contratado por la *Agencia Francesa de Prensa (AFP)* para dar cobertura al evento electoral-, Roberto Navas, de la agencia británica *Reuter*, y Mauricio Pineda, camarógrafo que trabajaba para varios medios salvadoreños. El holandés Cornell Lawgraw murió también por esos días, a consecuencia de los disparos efectuados durante un combate que tuvo lugar en medio de los comicios en el oriental departamento de San Miguel.

Después, durante la ofensiva guerrillera de noviembre, murió el periodista inglés David Blundy, corresponsal del diario *Sunday Times*, cuando un disparo lo alcanzó en el barrio Mejicanos, en la periferia de San Salvador, mientras realizaba un recorrido, cámara en mano, por las zonas de combate.

Otro periodista de la agencia *Reuter*, Paul Iredace, Jefe para Centroamérica de ese medio, fue herido también durante la ofensiva cuando su automóvil fue alcanzado por un proyectil en las cercanías del hotel Sheraton. El 25 de noviembre, en tanto, resultaron heridos otros dos reporteros, el mexicano Alfredo Hernández López, del Instituto Mexicano de la Radio y la Televisión (IMER), y el salvadoreño Hugo Burgos, camarógrafo contratado por la cadena de televisión norteamericana *CNN*, cuando el helicóptero en que viajaban fue impactado por el fuego cruzado de los combates.

Durante la ofensiva, los medios dejaron en claro su condición de “las otras armas” del conflicto, como los definiría una periodista mexicana

“Los medios -dice Guadalupe Irizar- jugaron un papel clave durante toda la ofensiva. La Cadena Nacional de Radio y Televisión y el Centro de Información Nacional emitían comunicados tan inverosímiles como faltos de sutileza. La prensa estaba sometida a total censura y parecía la de otro país. La Cadena Nacional de Radio no cesaba de emitir mensajes agresivos contra el FMLN. La marcial y gallarda voz del locutor que emitía tales comunicados producían un deseo incontenible de cambiar la estación de radio, acto éste que quedaba reprimido ante el conocimiento de que todas las estaciones transmitían exactamente el mismo comunicado (...) Más tarde, comenzaría una insistente campaña en contra de los gobiernos de Cuba, Nicaragua y la Unión Soviética (...) La mayoría de las informaciones y mensajes terminaban implicando a Dios como guía y salvaguarda de la Fuerza Armada salvadoreña, y conformaban una emisión de radio en la que además predominaba la música militar como puente entre uno y otro comunicado. También en *Radio Venceremos* prevalecieron los triunfalismos: ‘Esta ofensiva es sin retroceso, es hacia la toma del poder. Estamos en posición de vencer al fascismo’, decían los locutores de la emisora. En tanto, la censura a través de los medios de comunicación se hizo tan férrea que con el fin de salvaguardar su credibilidad informativa el noticiero televisivo *Al Día*, del Canal 12, decidió el 22 de noviembre suspender definitivamente sus emisiones aduciendo que ‘queremos decir con la misma honestidad con que nacimos que, por ética, no es posible continuar con nuestras emisiones. No podemos ser lo que no somos’” (Varios, 1990:35-36).

La ofensiva fue la más recia prueba de fuego de las radios y de las demás estructuras de propaganda del FMLN que funcionaban en el exterior, que, también en virtud de la más fuerte acción militar del FMLN, centralizaron sus esfuerzos como nunca antes.

Y fue una verdadera locura, a juzgar por el testimonio de “Nacho”

Los de *La Venceremos* tenían tres casetas montadas con equipos de radiocomunicaciones en diferentes puntos del país para recibir la información militar inmediata para desde todos los puestos de mando que se activaron para la ofensiva. “Desde todos los rincones del país, decenas de radistas nos tiraban los partes de guerra a través de sus equipos. Esas señales llegaban a cualquiera de nuestras casetas de

recepción que estaban debidamente alejadas para evitar interferencias. En cada caseta había una radista, y a la par de ella, un mensajero, un niño con alas en los pies... A partir del 12 de noviembre comenzamos a transmitir de corrido, desde las seis de la mañana hasta las once de la noche. Transmisiones maratónicas, agotadoras, para solo cuatro locutores. Turnos de seis horas, de ocho horas, que dejaron afónico a ‘Santiago’”, recuerda “Maravilla” (López, V., I., 1994:527-530).

Las transmisiones de *Radio Farabundo Martí*, en tanto, se fortalecieron durante los días que duró la ofensiva con la instalación previa de una estación de FM en el cerro Guazapa, a 30 kilómetros de San Salvador. Esta estación pasó a ser el eje propagandístico de la ofensiva, el eje neurálgico por donde pasaba casi toda la información de las operaciones militares que se desarrollaban en San Salvador, según asegura “Nacho”

Dice que, incluso, fue necesario en determinado momento instalar una estación de FM móvil, de relativa poca potencia, para cubrir toda la capital. Esta estación móvil se montó en un vehículo que se desplazaba por la ciudad y su periferia, transmitiendo información de último momento y burlando la seguridad y la contraofensiva del ejército.

Con todo y las dificultades y limitaciones que les reconocen, y que en términos generales apuntan a un triunfalismo excesivo en sus textos⁴⁵, las fuentes entrevistadas para esta investigación coinciden en señalar la cobertura de la ofensiva como la prueba más exacta de que, finalmente, las radios guerrilleras habían llegado a la mayoría de edad; de que se habían convertido en los pilares a partir de los cuales la comandancia insurgente organizaba, dirigía y estructuraba toda su labor propagandística.

La guerrilla había comprobado con su ofensiva su capacidad política y militar para imprimir un cambio a fondo en la evolución de la guerra, las radios, por su parte, con la agilidad y la creatividad desplegadas en condiciones en extremo riesgosas como las que impuso la acción militar de noviembre de 1989, habían demostrado la eficacia de su rol como

⁴⁵ En particular, la aseveración se sustenta en las apreciaciones de periodistas como Douglas Farah, que sostiene lo impropio que resultó, en ocasiones, el tono triunfalista de las radios durante las acciones guerrilleras en San Salvador. Entrevista con la autora, Agosto de 1996

armas políticas dentro del conflicto bélico, insertas indisolublemente en el desarrollo que alcanzaba la guerrilla.

La ofensiva resultó también una gesta casi heroica para *Salpress*. Desde sus oficinas en México, y tomando como base de sus informaciones las que transmitían las radios -y que les llegaban a través de los centros de monitoreo establecidos en Managua para garantizar el control propagandístico de la acción-, *Salpress* no dejó de transmitir las incidencias de la arremetida rebelde, garantizando en medios de prensa diversos que escapaban del radio de acción de *La Farabundo* y *La Venceremos*, el crédito que se ganaban en el centro de los combates los corresponsales guerrilleros.

Los días de noviembre de 1989 fueron igualmente una proeza periodística para decenas de corresponsales extranjeros. María Cortina, testigo de estos acontecimientos, describe así el drama que significaba para los periodistas garantizar la objetividad que requerían sus notas frente a los cadáveres calcinados por los bombardeos y los niños mutilados por la aviación:

“En cada encuentro con la objetividad una pequeña parte nuestra agonizaba. Conservar la sensibilidad fue el reto, el cinismo, el arma. Había que dar la palabra a la vida sin dársela, hacer hablar a medias a la gente, transmitir sin palabras el arte salvadoreño de quebrar el miedo, dejar sentado que para los sectores de poder la gente de la calle era, en ocasiones, un riesgo mayor que las armas de los guerrilleros; difundirlo sin tomar partido, sin perder nuestra fuerza de ser periodistas, sin que nos arrebataran con una acusación el título, exigió colocar en otro espacio pedazos de historia..” (Cortina,M.,1992:150).



Cornél Lagrouw, camarógrafo holandés muerto por el ejército en Usulután (1989)

III.11.- 1990-1992: LA NEGOCIACION

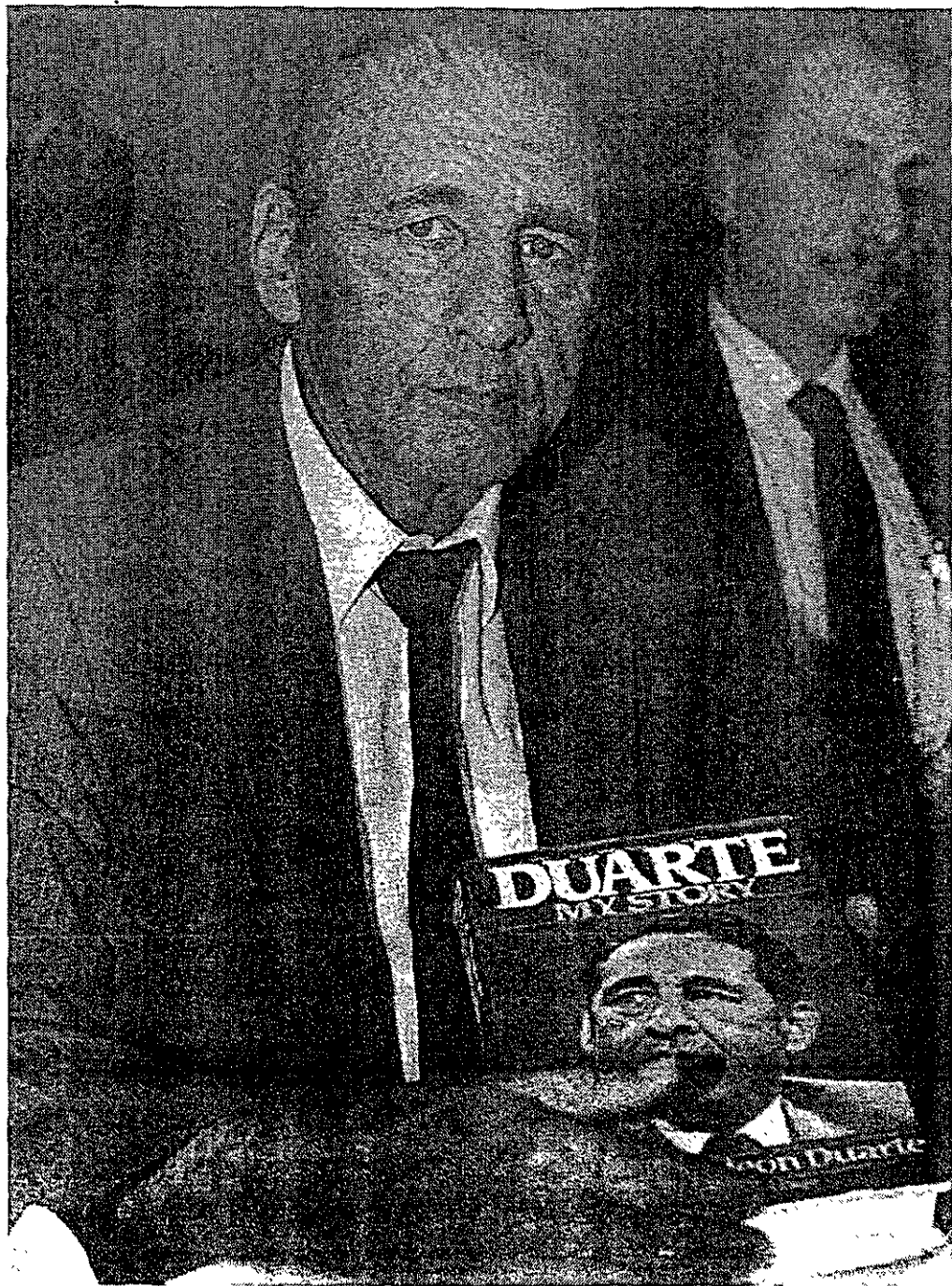
Los meses comprendidos entre enero de 1990 y el 31 de diciembre de 1991 transcurrieron vertiginosamente, sumidos entre la guerra y el proceso de negociaciones que se abría paso, ya sin retroceso.

En enero de 1990 Cristiani se vio obligado a aceptar públicamente la participación de oficiales y efectivos militares en el asesinato de los jesuitas, una declaración que no hubiera sido tal sin la recomendación explícita de la parte estadounidense, que amenazó con suspender la ayuda militar y económica a San Salvador si no se esclarecía el crimen y se juzgaba a los culpables.

Washington no podía hacer otra cosa: las presiones de la comunidad internacional para que los militares salvadoreños detuvieran definitivamente la represión eran cada vez más insistentes. La guerra en El Salvador, por lo demás, perdía interés para la administración norteamericana, lo cual empezaba a ser una buena señal de que, pese a la oposición del Alto Mando castrense en San Salvador, la paz empezaba a cuajarse.

En febrero, en tanto, muere Duarte, víctima del cáncer que lo atormentaba desde hacía algunos años. Y su muerte resultó simbólica: medios diversos la vincularon al fin irremediable de la guerra, y con la desaparición, como fuerza política con incidencia en la vida nacional, de la Democracia Cristiana, el partido que había amparado bajo su sombra el escalamiento del conflicto bélico

También en febrero, el día 25, se produjo lo que Petrich definió como un "golpe de timón": el fracaso electoral del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua; un acontecimiento que estremeció a toda la izquierda latinoamericana y que, junto con las secuelas de la invasión de Estados Unidos a Panamá, apenas dos meses antes, evidenciaba la urgencia de readecuar estrategias y tácticas



Duarte el ocaso (San Salvador, 1988)

Para muchos, el final del sandinismo -o su paso forzado a la oposición legal- devino en uno de los factores que aceleró la decisión del FMLN de sumarse al cauce de la negociación política sin demoras ni retrocesos.

En efecto, ya para esa fecha la caída del bloque soviético en la Europa del Este era un hecho casi seguro, cuyas consecuencias resultaban literalmente tangibles, y dramáticas, por lo demás, para todos los movimientos y gobiernos de izquierda en el mundo; sobre todo para la izquierda latinoamericana, que perdía así, de un plumazo, el paradigma en que había vivido durante más de medio siglo.

Pero de acuerdo con opiniones recabadas para esta investigación⁴⁶, fue exactamente el fracaso electoral de los sandinistas una de las causas que más directamente incidió en la decisión de los guerrilleros salvadoreños de acabar la guerra.

Con un gobierno dirigido por la derecha, como habían decidido los nicaraguenses al avalar con su voto a la coalición de partidos liderados por Violeta Barrios de Chamorro, la condición de retaguardia que significaba Nicaragua para los revolucionarios salvadoreños iba a reducirse en forma drástica y con demasiadas secuelas.

La derrota sandinista, por lo demás, adelantaba señales de otro tipo.

En buena medida, dejó en claro la crisis en que se encimaban los procesos revolucionarios: “La crisis de la revolución -dice el investigador mexicano Jorge G. Castañeda- no emana de cambios fundamentales en las causas que constituyen el fundamento de su carácter supuestamente inevitable y altamente deseable. En todo caso, esas causas siguen presentes. Pero la idea de la revolución se ha marchitado porque el resultado de ésta se ha vuelto indeseable o inimaginable; y, después de las elecciones nicaragüenses de 1990, se ha vuelto reversible”.

Con Nicaragua se hizo evidente que “el proceso revolucionario ya no era exclusivamente reversible por la fuerza, sino que se podía echar atrás

⁴⁶ En estas afirmaciones coinciden tanto “Nacho”, “Joaquín”, “Ricardo” como Douglas Farah y otros periodistas y corresponsales de prensa, a juzgar por las entrevistas realizadas para este material

con medios pacíficos, con el consentimiento y hasta con el apoyo entusiasta de aquellos para los que se había concebido” (Castañeda, J.G., 1993: 285-286).

Para este momento, el FMLN era considerado por amigos y enemigos como la organización guerrillera que había logrado un virtual empate con un ejército como el salvadoreño, entrenado y equipado por Estados Unidos. “Los insurgentes salvadoreños constituyen sin duda el grupo con mayor éxito, y en comparación con sus predecesores, constituyen un caso aparte, ya que lograron lo que ningún grupo armado de los años sesenta fue capaz de hacer”, dice Castañeda (Castañeda, J.G., 1993: 120).

Pero también para este momento eran innegables el empantanamiento de la guerra, su indefinición, y, peor todavía, el cansancio que esa guerra ocasionaba en una población que cargaba ya consigo un rosario de desgarraduras de todo tipo.

De modo que no quedaba otra alternativa: la guerrilla salvadoreña era quizás el primer sector de la izquierda latinoamericana que se enfrentaba a lo que Castañeda define como el tema central de la izquierda post-revolucionaria: “luchar por el consenso a costa de concesiones, o seguir bregando para un cambio importante con el apoyo de sólo una parte de la población” (Castañeda, J.G., 1993: 122).

Y el FMLN asumió el riesgo; un riesgo que -de acuerdo con las fuentes revisadas- resultaba inevitable, pero relativo. Inevitable, porque las circunstancias regionales e internacionales, particularmente tras la caída de los sandinistas en Nicaragua, hacían insostenibles el *status quo* impuesto en El Salvador. Relativo, en tanto el volumen de armamento con que ya contaba para estas fechas el FMLN aseguraba, de cierta forma, el hecho de que los rebeldes podrían rearmarse en cualquier momento, si las cosas no sucedían como esperaban. Relativo, además, porque, de acuerdo con la apreciación de los comandantes guerrilleros en ese momento, la concientización política generada en la población salvadoreña constituía una garantía para el éxito de la negociación en los términos en que los proponía el FMLN.

De suceder lo contrario, “el poderoso movimiento de masas que había despuntado a finales de los setenta rebrotaría”, dice Castañeda citando

declaraciones de altos mandos guerrilleros. Y añade: “Los insurgentes más lúcidos siguieron creyendo que así ocurriría aún después que entraran en vigor los Acuerdos de Paz” (Castañeda, J.G., 1993:122).

Así, en abril de 1990, tras intensas gestiones de la Organización de Naciones Unidas (ONU), representantes del gobierno de Cristiani y del FMLN firmaban en Ginebra, Suiza, un documento que los comprometía a retomar el proceso de diálogo con otro perfil, y a apurar el fin de la guerra. De una vez.

A partir de entonces, los meses que siguieron fueron de encuentros de diálogos cada vez a niveles mayores entre las partes en pugna. Y no fue un proceso nada fácil, sobre todo por la presión de los militares, reacios hasta el final, a aceptar las demandas de los guerrilleros, que empezaban por la depuración de los mandos castrenses y concluían con la integración de una nueva policía nacional, que velara por el cumplimiento de los acuerdos de paz.

En julio, sin embargo, y pese a la reticencia castrense, gobierno y guerrilla lograron firmar el primer acuerdo concreto: la vigilancia por parte de la ONU del respeto a los derechos humanos en un país que ya para entonces había perdido a más de 75 mil civiles en la contienda bélica.

Para fines de 1990, las manifestaciones populares en favor de la concreción de la paz eran casi diarias en San Salvador. “Fue la esperanza de alcanzar la paz lo que puso otra vez a la gente en las calles -recuerda Cortina en su testimonio-. Los dirigentes sindicales habían retornado poco a poco a sus locales y, suavemente, como tanteando, habían reiniciado la lucha. La desmilitarización de la sociedad fue por esos días su bandera” (Cortina, M., 1992:243).

Pero todavía fueron necesarios más enfrentamientos armados, más ataques militares a poblaciones rurales, y más víctimas. Los reportes militares de ambos bandos daban cuenta de ello. Se trataba, no obstante, de enfrentamientos que, sin perder intensidad, dejaban en claro que la guerra se detenía lentamente, los combates pasaban de Chalatenango, Morazán, San Vicente, San Miguel, Usulután y La Unión, a la mesa de negociaciones, al flanco de la guerra política y diplomática

1991 transcurrió de manera similar: proseguían los combates, con su saldo forzado de bajas entre ambas partes. “Chusón” fue una de esas bajas cuando el 11 de abril, tras una conferencia de prensa convocada para dar a conocer el estado de las pláticas de paz, el convoy que lideraba fue emboscado por un comando de una de las fuerzas élites del ejército, en las cercanías con la frontera con Honduras.

Paralelamente, continuaban los “estira y afloja” del Alto Mando castrense, y los “malabarismos” de los representantes de las Naciones Unidas y de otras instancias, como el llamado Grupo de Amigos que integraron España, México, Venezuela y Colombia a mediados de 1990 para contribuir al avance de la paz salvadoreña.

Al unísono, se aceleraban las conversaciones entre las partes, se adelantaban acuerdos considerados de importancia para ambos bandos⁴⁷, y se multiplicaban las manifestaciones populares en San Salvador.

El último día de 1991, cuando el entonces Secretario General de la ONU, Javier Pérez de Cuellar, tenía que entregar su mandato a Boutros Boutros Ghali, gobierno y guerrilla firmaron en la sede de la ONU, en Nueva York, el Protocolo final de la paz; un documento de 94 páginas que contemplaba entre sus primeros acápites la desmovilización de la guerrilla y la depuración del ejército, el paso a la legalidad política del FMLN, la integración de un nuevo cuerpo policial, la desaparición de los Escuadrones de la Muerte y del resto de los órganos clandestinos que mantuvo el ejército durante la guerra.

“El gobierno de El Salvador y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional; reafirmando el propósito enunciado en el Acuerdo de Ginebra del 4 de abril de 1990 de terminar el conflicto armado por la vía política al más corto plazo posible, impulsar la democratización del país, garantizar el irrestricto respeto a los derechos humanos y reunificar la sociedad salvadoreña (...) han alcanzado el conjunto de acuerdos políticos que se enuncia a continuación, cuya ejecución (...) pondrá término definitivo al conflicto armado”: así comenzaba el texto

⁴⁷ Entre ellos, los textos consultados mencionan los acuerdos asumidos en México, en abril de 1991, y en Nueva York, en septiembre, que se consideró una “negociación comprimida” durante la cual se alcanzó consenso en la mayoría de los puntos de la agenda

FMLN



"Chuson", en conferencia de prensa en Chalatenango, el día antes de caer en la emboscada

contentivo de acuerdos que costaron una muy alta cifra de víctimas. Concluía advirtiendo que “las partes expresan su firme determinación de respetar escrupulosamente y ejecutar de buena fe todos los compromisos asumidos en el presente Acuerdo dentro de los términos y a través de los mecanismos previstos para ellos, así como la de cooperar con ONUSAL⁴⁸ en su tarea de verificar el cumplimiento de tales acuerdos”.

Lo firmaban, por la parte oficial, cinco civiles y un alto jerarca militar, el general Mauricio Ernesto Vargas; por el bando guerrillero, los cinco comandantes de más alto rango de las cinco organizaciones que hasta entonces integraban las fuerzas guerrilleras salvadoreñas.

Los Acuerdos de Paz⁴⁹ comprometían al gobierno de Cristiani a una reducción del número de sus efectivos militares, a la depuración -y sanción- de oficiales y soldados involucrados en actividades violatorias de los derechos humanos; a la eliminación definitiva de la impunidad que privilegió al sector castrense durante más de medio siglo, a la desaparición de los batallones élites de infantería, de las entidades paramilitares y del reclutamiento forzoso repetidas veces ejercido a instancias de la Fuerza Armada.

Lo comprometía, asimismo, a una redefinición a fondo de los principios doctrinarios de la Fuerza Armada salvadoreña: “La Fuerza Armada es una institución permanente al servicio de la nación; es obediente, profesional, apolítica y no deliberante, su régimen institucional y su actuación se enmarcarán, en lo adelante, dentro de los principios que emanan del estado de derecho, de la primacía de la dignidad de la persona humana, y del respeto a sus derechos”, decía el primero de los acuerdos asumidos por el gobierno y el FMLN, en una declaración que todavía hoy causa escozor en los militares salvadoreños.

El gobierno asumía también la conformación de un nuevo cuerpo policial, la llamada Policía Nacional Civil, que con participación de miembros de la guerrilla, estaba diseñado para convertirse en “el único

⁴⁸ Misión de las Naciones Unidas para El Salvador, entidad organizada a partir de 1990, cuando las negociaciones comenzaron a ser arbitradas por ese organismo internacional, cuya misión era expresamente vigilar el cumplimiento de los acuerdos de paz. ONUSAL concluyó su mandato en 1995.

⁴⁹ Se adjunta el texto de los Acuerdos de Paz para su consulta.

cuerpo policial armado con competencia nacional, cuya misión será la de proteger y garantizar el libre ejercicio de los derechos y las libertades de las personas, la de prevenir y combatir toda clase de delitos, así como la de mantener la paz interna, la tranquilidad, el orden y la seguridad pública, tanto en el ámbito urbano como en el rural”. “La Policía Nacional Civil -añadían los acuerdos de paz- será un cuerpo profesional, independiente de la Fuerza Armada y ajeno a toda actividad partidista”.

El Protocolo suscrito en la sede de las Naciones Unidas establecía además la obligatoriedad del gobierno de Cristiani de reorganizar el sistema judicial vigente, y el electoral, para acomodarlos a las nuevas circunstancias. En capítulo aparte, se involucraba igualmente a las autoridades en la puesta en marcha de una plataforma de compromisos tendientes a facilitar el desarrollo económico y social de la población, tomando en cuenta que “la reunificación de la sociedad salvadoreña, en democracia, tiene como uno de sus requisitos el desarrollo económico y social sostenido del país”, según versa en uno de los acápites del texto citado.

De esta forma, mediante la entrega de créditos y tierras, la parte gubernamental se responsabilizaba de la reinserción digna en la sociedad de los ex combatientes guerrilleros y de miles de familias refugiadas, que escogieron el éxodo como vía de sobrevivencia durante los años más cruentos de la guerra.

“El Gobierno de El Salvador -prometía el Protocolo de Paz- presentará al FMLN el Plan de Reconstrucción Nacional que ha elaborado con la finalidad de que las recomendaciones y sugerencias del FMLN sean tomadas en cuenta, al igual que la de los diferentes sectores de la vida nacional, de manera de que dicho Plan refleje la voluntad colectiva del país. El Plan tiene como objetivos principales el desarrollo integral de las zonas afectadas por el conflicto, la atención de las necesidades más inmediatas de la población más afectada por el conflicto y de los ex combatientes de ambas partes, y la reconstrucción de la infraestructura dañada. En particular, en el contexto de los programas nacionales correspondientes, se adoptarán medidas tendientes a facilitar la reincorporación del FMLN a la vida civil, institucional y política del país, incluyendo programas tales como becas, empleos y pensiones, programas de vivienda y para la instalación de empresas”

De igual manera, tocaba al gobierno adoptar las medidas correspondientes -legislativas y judiciales- para “garantizar a los ex combatientes del FMLN el pleno ejercicio de sus derechos civiles y políticos, en orden a su reincorporación, dentro de un marco de plena legalidad a la vida civil, política e institucional del país”.

Ello implicaba, primero, la libertad inmediata para todos los prisioneros políticos, la concesión de amplias garantías para el retorno de exiliados, lisiados y demás personas vinculadas o involucradas a cuestiones políticas que, por esas razones, se vieron forzados a abandonar El Salvador en los años de la guerra. Implicaba, asimismo, la legalización del FMLN como partido político, y con esto, su derecho a la realización de actividades públicas de proselitismo y al libre ejercicio de reunión y movilización.

Implicaba también la autorización para el funcionamiento legal de los mecanismos de propaganda creados y utilizados por la guerrilla durante la guerra; un punto que dejaba en evidencia el espacio político que habían conseguido en los años de lucha las radios clandestinas, sus equipos de cine, video y prensa escrita; sus locutores, sus técnicos, los jóvenes que aprendieron a leer y a escribir imprimiendo en aquellos mimeógrafos rudimentarios los boletines que circularon en los primeros años de conflicto.

“Con el fin de contribuir al proceso de distensión y de reconciliación -definía el Anexo F del Protocolo- el Gobierno no interferirá las estaciones de radio del FMLN a partir de la firma de este acuerdo”.

Agregaba que “ambas partes se comprometen a promover por los diferentes medios de comunicación a su alcance una campaña nacional de publicidad en favor de la reunificación y la reconciliación de la sociedad salvadoreña y a abstenerse de cualquier propaganda o política informativa incongruente con el presente acuerdo o con el proceso de distensión y reconciliación”.

Al FMLN, en tanto, correspondía contribuir a la paz que había negociado entregando sus fusiles, desactivando sus arsenales clandestinos y sus tropas, una decisión tan desgarradora como

inevitable, cuyo sabor fue un tanto matizado por la comandancia guerrillera a través de sus mecanismos de propaganda, que desde mediados de 1990 comenzaron a explicar a las bases rebeldes que las causas que originaron el conflicto bélico podían tener solución también a partir de reformas profundas en la sociedad salvadoreña sólo si el FMLN participaba directamente, y desde el centro del escenario, en la conformación de un nuevo El Salvador.

Quienes siguieron de cerca esta etapa de la guerra en El Salvador dan fe del cambio que se operó en los meses previos a la firma de la paz en los mecanismos de propaganda guerrillera.

Y ello no era si no reflejo fiel de las transformaciones políticas en que se sumía el FMLN; transformaciones necesarias para acomodar su nueva estrategia que, sin embargo, se emprendieron a un ritmo demasiado precipitado.

De acuerdo con las fuentes consultadas, estos cambios en los mecanismos de propaganda de la guerrilla comenzaron a introducirse en los meses que siguieron a la ofensiva militar de noviembre de 1989.

A partir de entonces, y con la certeza de que la paz era ya impostergable, los mecanismos de propaganda guerrillera se lanzaron a una campaña de concientización en favor no de la paz, sobre la que no había que convencer a nadie en El Salvador, más que a cierto sector de línea dura dentro del ejército; sino de una paz liderada por el FMLN. Sin embargo, esta campaña no resultó del todo monolítica, y si bien tuvo incidencias muy positivas en el exterior, como calzo para la arremetida diplomática que ultimaba entonces el FMLN, no logró consolidar el mismo efecto en el interior del país.

O dicho con otras palabras: no logró esclarecer ni concientizar a fondo entre las bases guerrilleras el proceso que se gestaba; no logró desencadenar la unidad que precisaba la paz en ciernes, ni consiguió hacer vislumbrar la complejidad de la etapa que sobrevendría una vez que entraran en vigor los acuerdos que ordenaban el cese de fuego definitivo en El Salvador.

“Joaquín” y “Ricardo”, que para esa fecha trasnochaban en la sede de *Salpress* en México a la espera de información enviada desde San Salvador, avalan esta afirmación.

En sus apreciaciones, la labor desplegada para explicar y convencer sobre la transformación que exigían las circunstancias internas y externas en que se mantenía la guerra en El Salvador no fue idónea: adoleció de incongruencias, de vacíos y de reiteraciones, de una parte; y de otra, volvió a dejar en claro la insuficiente cohesión existente en el seno de la comandancia insurgente no sólo en relación con el funcionamiento de los mecanismos de propaganda guerrilleros en torno a la nueva coyuntura, sino también, incluso, en relación con muchos de los planteamientos en favor de la paz⁵⁰.

Para “Joaquín”, en particular, estos obstáculos, y no tanto las limitaciones de recursos y personal que aquejaban a los mecanismos de propaganda guerrillera desde su origen, constituyeron las principales razones de lo que después devino una parálisis de la actividad propagandística del FMLN.

“Hubo mucho triunfalismo en la mayoría de nuestras informaciones, poco profesionalismo en otras. Creo que nadie valoraba entonces la envergadura de los cambios que traería la paz a la sociedad salvadoreña; creo que no tomamos en cuenta el hecho de que El Salvador se aproximaba a una coyuntura muy diferente, por ejemplo, a la que vivieron Cuba o Nicaragua tras la toma del poder por parte de las guerrillas... No se podían trasladar a San Salvador, así no más, los esquemas imperantes en los frentes de guerra y en las zonas bajo control de la guerrilla; había que aprender a convivir con quien había sido, y sigue siendo, nuestro enemigo en condiciones muy distintas...”

“Creo que muchos perdimos la perspectiva de las cosas y esperábamos algo diferente. Y eso fue así, en buena medida, porque no pudimos, no supimos, abocarnos a los cambios de líneas políticas e informativas que demandaba el futuro; porque se apuraron muchas cosas, y porque, al interior del FMLN, no había una unidad y una conciencia clara de la situación”, dice “Joaquín”.

⁵⁰ Entrevista con la autora, agosto de 1996

Para “Ricardo”, en tanto, “finalmente se anunció mucho más de lo que después sucedió exactamente; se crearon demasiadas expectativas que no fueron satisfechas, ni para las bases guerrilleras, ni para la población en general”. Y ello -añade- incidió en forma muy negativa en la pérdida de credibilidad que exhibieron después los medios de propaganda guerrillera, una vez que la comandancia del FMLN se instaló en el Parlamento, como fuerza opositora, en virtud de los Acuerdos de Paz.

Al respecto, “Joaquín” añade otras reflexiones; reflexiones en las que parece haber coincidencia entre las fuentes entrevistadas, y que complementan las consideraciones esbozadas en esta investigación sobre la relación inseparable que existe entre mecanismos de propaganda, organizaciones políticas y necesidades históricas:

- Que, nacidos para hacer la guerra, los mecanismos de propaganda del FMLN se adentraban, tras la firma de la paz, en una coyuntura que exigía respuestas y estructuras muy diferentes a las que habían sido concebidas hasta entonces.
- Que, sin embargo, y hablando en términos estrictamente comunicacionales, tal transición era posible: los mecanismos de propaganda guerrillera ya habían dado prueba de su capacidad, alcance e incidencia en condiciones mucho más difíciles y riesgosas, como las que marcó el conflicto bélico.
- Que, en tal caso, el cambio que debían operar los mecanismos de propaganda en el período de transición entre la guerra y la paz reclamaba una conducción política sólida como condición primera para insertarse en la nueva coyuntura y responder a sus necesidades.

La paz -sostiene “Joaquín”- era ya más que necesaria; para la población salvadoreña, en primer lugar, para los militares -que ya no disponían del respaldo incondicional de la administración norteamericana-, y para la guerrilla, que inmersa en el holocausto ideológico que generó la caída del bloque soviético, no tenía otras alternativas disponibles. Y la comandancia guerrillera no tenía ya ninguna duda al respecto.

Pero, en las condiciones en que se negoció, sujeta a demasiadas presiones de la comunidad internacional, y mediada como estuvo por el vertiginoso ritmo de los acontecimientos que tenían lugar a nivel regional e internacional, la paz no podía, por sí sola, eruirse como solución a los numerosos problemas que todavía enfrenta hoy la sociedad salvadoreña.

En las condiciones particulares de El Salvador, la paz era una coyuntura que había que defender de *infinidad de contratiempos*; y la *guerrilla* -y no el ejército ni el gobierno- era la fuerza más capacitada e interesada en esa defensa, en tanto el FMLN no era sino la vanguardia de amplios sectores de la población que habían decidido, años atrás, cambiar radicalmente la sociedad salvadoreña por la vía de las armas.

Así, la paz, tal y como la conceptuaba el FMLN a través de sus medios, requería de un componente esencial sí, como aseguraban *Salpress*, *Radio Venceremos* y *La Farabundo*, el cese de fuego no significaba el fin de la guerra, sino su conversión de enfrentamiento militar a enfrentamiento abiertamente político: una sólida unidad interna en la dirigencia guerrillera, capaz de hacer frente al poder de la derecha, que fue un tanto mermado en la letra de los Acuerdos de Paz, pero que, en la realidad, se preservó casi íntegramente.

Como “Joaquín”, “Nacho” no deja de insistir en su testimonio en que, ciertamente, la paz fue posible por la capacidad militar y política desplegada por la guerrilla durante años, en que la paz no hubiera sido negociada sin el poder que significaba el FMLN en El Salvador.

Pero sostiene, al mismo tiempo, que, según confirmaron después los acontecimientos, la guerrilla no estaba del todo preparada para los retos que imponía la defensa de la paz salvadoreña; sobre todo porque estos retos suponían, en primera instancia, una unidad que el FMLN no logró en toda la guerra, y tampoco durante la paz

Ahora bien: también como “Joaquín”, “Ricardo”, “Milton” y “Rebeca”, “Nacho”, no obstante, reitera en cada una de sus declaraciones que el análisis retrospectivo de lo que significó en términos políticos esta coyuntura en nada demerita ni la faena del FMLN, ni la de los mecanismos de propaganda guerrilleros.

De hecho, para ellos, la negociación de la paz fue una victoria política de la insurgencia; de hecho, no es la negociación de la paz lo que colocan en tela de juicio, sino la conducción posterior de ese proceso

“Nacho” asevera que, en efecto, en la coyuntura que abrieron las negociaciones para la paz, la dirigencia guerrillera no sólo no consiguió la *unidad interna* que requerían los acontecimientos, sino que, además, incurrió en errores de imprevisión. “Los acontecimientos posteriores demostraron que el FMLN perdió en estos momentos una oportunidad dorada de limar los obstáculos que habían arrastrado los medios guerrilleros a lo largo de la guerra, y de convertir a los medios, otra vez, en armas fundamentales para hacer frente a la etapa que se nos venía encima”, dice.

Pero considera que, de todas formas, el esfuerzo propagandístico del FMLN en el lapso que abarcó el proceso negociador no fue desacertado, y que el personal encargado de la propaganda “trabajó como loco” en esos meses.

“Desde que comenzaron las pláticas, y sobre todo, desde que las pláticas fueron subiendo de tono y de compromiso, la paz se convirtió en el eje de la línea informativa de las radios y de *Salpress*. Y ello, sin perder el tono triunfal que asumíamos en los años duros de la guerra, cuando reportábamos haber ocasionado tantas bajas, recuperado tanto armamento y tomado tantas poblaciones. Escribimos mil veces que la paz iba a ser posible gracias a la guerra que había llevado adelante victoriosamente el FMLN, y que había que entenderla como una *conquista política lograda por la guerrilla* para continuar su lucha en otras condiciones, y desde otras trincheras ..

“Sumergirnos, como lo hicimos, en el tema de la negociación nos permitía, de una parte, establecer claramente, e insistir continuamente, en las posiciones de la comandancia en torno a las exigencias que demandaba la pacificación del país, en particular, de la desmilitarización de la sociedad y el castigo severo a los responsables de innumerables violaciones a los derechos humanos. De otra parte, abocarnos informativamente a la negociación y a la paz nos garantizaba poder mantener en los mismos niveles de confrontación la batalla

propagandística contra el gobierno y los militares, en tanto los incumplimientos y las reticencias de la parte oficial fueron más que abundantes en este período”.

Radio Venceremos fortaleció entonces su programación tanto en el interior como en el exterior del país -Nicaragua, Estados Unidos y algunos países europeos-, donde tenía relativa incidencia gracias a las redes de comunicación que había logrado integrar años atrás. *Radio Farabundo Martí*, por su parte, reforzó su audiencia entre las bases guerrilleras y las poblaciones rurales que servían de base de apoyo a la guerrilla para respaldar informativa y propagandísticamente los cambios que se operaban en el FMLN y en El Salvador. A *Salpress* le tocó consagrar todas sus capacidades, desde el exterior, para responder a las necesidades internacionales de información de la parte guerrillera⁵¹.

Y les salió bien; “cachimbón”, como se diría en El Salvador... “Durante la guerra, habían conseguido dos cosas fundamentales: animar a los combatientes y ayudarles a mantener la moral en alto en los momentos más difíciles de la guerra, y dar al pueblo salvadoreño y a los medios de comunicación nacionales e internacionales una voz oficial del FMLN... En el preámbulo de la paz, lograron algo muy parecido, e igualmente loable y meritorio...”⁵²

⁵¹ Valga aclarar que para la etapa en que se inició el período de negociaciones el FMLN solo contaba con estos tres medios, los únicos que lograron sobrevivir los avatares de la guerra - entendidos como tal, entre otros, la falta de recursos y de personal

⁵² Afirmación de Douglas Farah Entrevista con la autora, agosto de 1996

CAPITULO IV: 1992-1994: LA PAZ; DE LA CLANDESTINIDAD A LA LEGALIDAD

El 16 de enero de 1992 embajadores de casi todo el mundo y funcionarios de todos los organismos internacionales conocidos se reunieron en el alcázar del Castillo de Chapultepec, en México, para presenciar la firma de lo que entonces se consideró una coyuntura que auguraba el inicio de una nueva etapa en la historia del istmo centroamericano; una etapa de reconciliación y paz cuya aureola envolvería también -de acuerdo con los pronósticos- al resto de los países del continente.

Para la prensa internacional, y para los voceros de numerosas organizaciones gubernamentales y no gubernamentales invitados al evento, la paz salvadoreña permitía constatar, sobre todo, el cambio político e ideológico que tenía lugar en el mundo y la entronización de la negociación como vía para dirimir conflictos de cualquier magnitud, incluso en una zona como Centroamérica, considerada más que explosiva por analistas diversos.

Distensión, pacificación, reunificación y reconstrucción fueron, así, los denominadores comunes de los discursos que ese día -particularmente frío, por cierto- pronunciaron representantes de la ONU, del gobierno mexicano, y del gabinete de Alfredo Cristiani. Los comandantes guerrilleros dijeron frases casi idénticas, pero advirtiendo que “no somos ovejas que regresamos al redil”. La paz salvadoreña es fruto de una muy heroica guerra de guerrillas, aseguró ante el foro el comandante guerrillero Shafick Handal.

Casi simultáneamente, y con la misma intensidad y emotividad que imprimieron los comandantes del FMLN a la ceremonia que tenía lugar en México, en El Salvador, en los frentes de guerra, los guerrilleros disparaban al aire sus fusiles AK-43 y M-16 en señal de victoria



Guazapa, 1992 la guerrilla celebra la paz

Ese mismo día, en la capital, miles de salvadoreños se volcaron a las calles y repletaron la Plaza Cívica, secundando una convocatoria de entidades como el Comité Permanente por el Debate Nacional, que en los últimos meses había redoblado sus esfuerzos en esa dirección. La Plaza de la Libertad, a apenas unas cuadras, en tanto, se convertía en sede de una manifestación multitudinaria de sectores afiliados a la derecha, que, con la más misma algarabía, celebraban lo que anunciaban como una derrota definitiva de la guerrilla.

San Salvador se sumía en una laxitud similar a la que se experimenta cuando se logra rescucitar de entre los muertos; en una emoción colectiva que dejaba a las claras que ya nadie quería oír hablar de guerra, pero que hacía traslucir, al mismo tiempo, una sensación de incertidumbre que los festejos por la paz no conseguían atenuar.

Un chofer de taxi que me acompañó del aeropuerto hasta el hotel Camino Real, sede de la mayoría de las agencias internacionales de prensa radicadas en San Salvador, me dijo algo así como que había que agradecerle mucho a “esos señores de la ONU que nos ayudaron a acabar con esta pesadilla... Las cosas se irán arreglando después. Primero Dios. Pero ahora lo importante es que ya no hay guerra”.

La mayoría de las entrevistas que por esos días consiguieron los corresponsales extranjeros que inundaron San Salvador concordaban en lo mismo: la guerra se había acabado, y eso ya era algo demasiado importante para una población que había perdido en 12 años casi 80 mil civiles y que resentía con mucho el saldo económico de la guerra.

La gente de la calle que accedía a comparecer ante las grabadoras, sin embargo, apenas podía referir el contenido de los puntos negociados entre el gobierno y la guerrilla, tampoco parecía importarles mucho quién había ganado más con los Acuerdos, ni qué iba a suceder en el período inmediato a la entrada en vigencia del cese de fuego, previsto para el 1 de febrero de 1992.

Para la población existían muchas interrogantes sobre el futuro inmediato del país, pero era más la satisfacción por el fin de los combates y los muertos que el peso de la incertidumbre.



San Salvador, 16 de enero de 1992 la paz

Para, sin embargo, la guerrilla la situación era algo diferente: si bien admitía que la paz era algo que deseaban todos y cada uno de los salvadoreños, y que el cansancio de la guerra ya se dejaba sentir, incluso, entre las filas rebeldes, la parte insurgente estaba convencida de que su triunfo político se traduciría, en un lapso relativamente corto, en una victoria mucho más profunda, que permitiría emprender transformaciones radicales en el país.

Así lo aseguraban la mayoría de los mandos guerrilleros, y varios de los combatientes de base, que recitaban ante la prensa las mismas frases de sus comandantes.

Sin embargo, muchos de estos combatientes desconocían en todos sus detalles el contenido de los Acuerdos de Paz⁵³: casi todos admitían no tener ideas de cómo iba a implementarse todo el proceso que seguía a la negociación; la mayoría no sabía con certeza qué iba a ser de sus vidas en lo adelante, aunque intuían que continuarían afiliados al FMLN, desempeñando las tareas que exigiera la nueva coyuntura.

Más reservados en sus declaraciones que el resto de los protagonistas del proceso, entre los militares se advertía también la misma ausencia de claridad en relación con el futuro inmediato.

Los pocos soldados que a duras penas emitían juicios ante la prensa repetían las consignas de sus mandos, que partían de considerar las negociaciones como una muestra *infalible de la debilidad de la guerrilla*. Pero eludían comentar en detalle el texto del Protocolo de Paz y la calendarización que se había programado para el cumplimiento de los Acuerdos

Como sostenían los jefes guerrilleros, militares de alto rango adelantaban ante la prensa que no acatarían los compromisos suscritos mientras la contraparte no entregara sus armas y arsenales, y mientras no se supeditaran, como suponían ellos que debía hacerse, a la ley que emanaba de los sectores de derecha, que seguían controlando el poder.

⁵³ Afirmación sustentada en varias entrevistas realizadas en las semanas siguientes a la entrada en vigencia de la paz por diferentes agencias de noticias internacionales, entre ellas PRENSA LATINA

El bando gubernamental, por su parte, presentaba los Acuerdos como un triunfo indiscutible de ARENA y como una victoria personal de Cristiani, el Presidente de la Paz, como se leía en numerosas vallas. Casi todos los funcionarios consultados coincidían en aseverar que el fin de la guerra traería en breve el desarme guerrillero, y con ello, una garantía segura para el afianzamiento del poder de los sectores de derecha en el país.

La televisión sirvió de buen soporte para la campaña oficial. Junto con las transmisiones de las actividades conmemorativas por la paz tenían lugar a nivel protocolar, los canales privados y estatales desplegaron una serie de mensajes en los que se contrastaban los horrores de la guerra con lo que se esperaba de la paz que recién nacía. Y los horrores de la guerra eran protagonizados exclusivamente por guerrilleros, en una suerte de recuento gráfico de los sabotajes rebeldes a puentes, gasolineras y alcaldías pequeñas del interior del país, a cuarteles del ejército y a carreteras y caminos en toda la nación, que contraponía la imagen de un Cristiani sonriente y afable, rodeado de “palomas de la paz”.

En particular, uno de los mensajes que más se transmitieron entonces reproducía una impresionante foto, convertida en affiche, que abundaba en las paredes del aeropuerto internacional de Comalapa y que mostraba a una niña lisiada por el efecto de una mina, con un texto que responsabilizaba directamente al FMLN de mutilar a la niñez salvadoreña con su “terrorismo comunista”.

Fue ese affiche el que recibió a la comandancia guerrillera cuando, días antes del cese de fuego, llegó a San Salvador para incorporarse de lleno a las tareas que exigía la transición. En los alrededores del aeropuerto, no obstante, miles de simpatizantes esperaban a los legendarios jefes del movimiento guerrillero que toda la prensa calificaba por esos días como el más hábil, política y militarmente, de los que se conocían en América Latina.

Los meses que siguieron después transcurrieron en medio de una vorágine como la que no había vivido antes El Salvador, de una polarización política que no se conocía en el país, en medio del resentimiento de la extrema derecha -que mantuvo intactas sus



San Salvador, 1 de febrero de 1992 la comandancia guerrillera

estructuras paramilitares y no dejó de perpetrar atentados, secuestros y sabotajes-, y de las amenazas de una y otra parte de desechar lo alcanzado en la negociación.

Cada retraso del bando gubernamental era ocasión para que la guerrilla recordara su disponibilidad de cuantiosos arsenales; cada retraso del FMLN servía al gobierno para multiplicar sus críticas contra la izquierda y detener la marcha de los Acuerdos.

El día primero de febrero, fecha en que se inició el cese de fuego definitivo, gobierno y guerrilla constituyeron públicamente la llamada Comisión para la Verificación de la Paz (COPAZ), el primero de los compromisos asumidos por ambas partes que se llevaba a efecto.

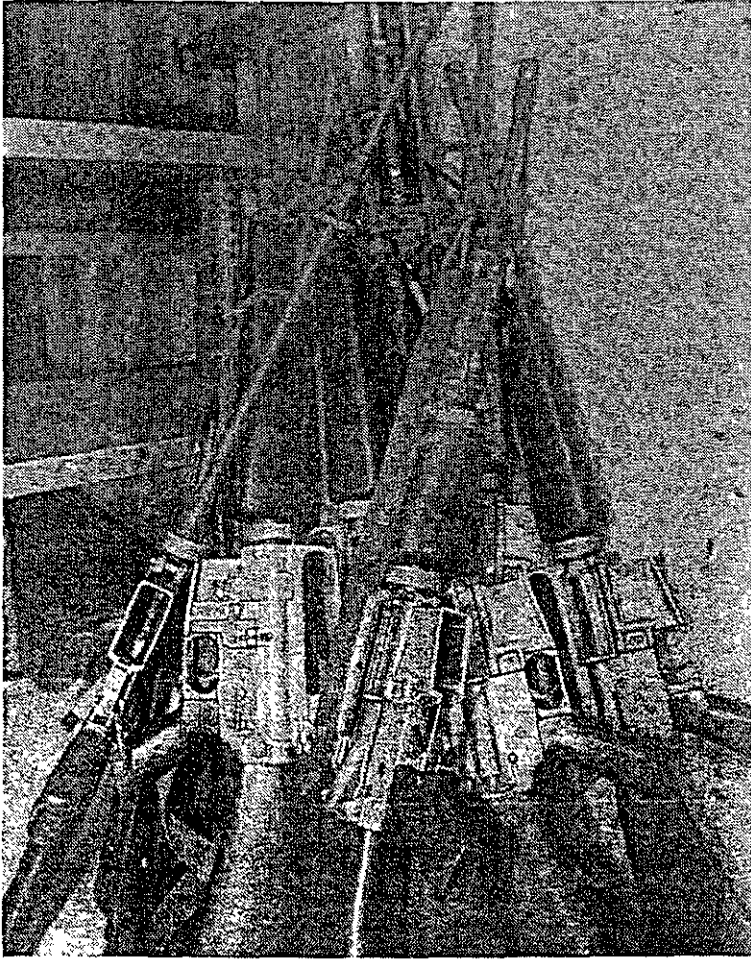
En marzo, el día 2, fueron disueltas públicamente la Guardia Nacional y la Policía de Hacienda, dos de los cuerpos más temibles de los que dispuso el gobierno salvadoreño para recrudecer la guerra en los primeros años de la década de los 80. En mayo, en tanto, se instaló una comisión internacional encargada de evaluar la participación de oficiales de la Fuerza Armada en actos violatorios de los derechos humanos, y en junio, la Asamblea Legislativa aprobó una ley que -en virtud de lo establecido entre las partes- derogaba la existencia de los cuerpos de *seguridad tradicionales* y creaba uno nuevo, la *Policía Nacional Civil*.

El 13 de julio, en un acto que mucho molestó a los militares, fue establecida la llamada Comisión de la Verdad, que se encargaría, en lo adelante, de esclarecer crímenes connotados que estremecieron a la sociedad salvadoreña en los años de la guerra. Casi simultáneamente, varias de las Brigadas de Infantería de Reacción Inmediata, los batallones del ejército que llevaron adelante la guerra, fueron desmovilizadas de manera total.

El 3 de septiembre, en tanto, el FMLN presentaba formalmente al Tribunal Supremo Electoral su inscripción *formal como partido político*, con vistas a participar en las elecciones presidenciales y legislativas convocadas para 1994.



San José Las Flores, Chalateno, 1992 la última transmisión de *Radio Farabundo Martí* en territorio guerrillero



La paz

IV.1.- LA PARALISIS

“Nacho” insiste: “La llegada de la paz -dice- produjo una muy fuerte convulsión en toda la sociedad, pero muy especialmente al interior del FMLN.

“De pronto, estábamos otra vez con nuestros familiares, en nuestras casas y sin nuestros fusiles; de pronto, había que aprender a hacer lo mismo, o algo muy parecido, pero en condiciones muy diferentes... La vida en la montaña empezaba a resultarnos distante, pero no nos acostumbrábamos a la vida en la ciudad. Sobrevino una paradójica mezcla de incertidumbre, certeza, desenfreno y cautela: estábamos convencidos de que sí íbamos a poder desempeñar las tareas que nos imponía la transición, pero no estábamos muy claros de cómo; queríamos hacerlo todo al mismo tiempo, pero sabíamos que se necesitaban pies de plomo para acometer lo que vendría. Los atentados de que fueron objeto varios compañeros, y *Salpress*, por ejemplo, que perdió todos sus archivos en un incendio que obviamente fue desencadenado por grupos paramilitares, nos hacían constatar, continuamente, que los términos paz y cautela eran casi sinónimos.

“Pero la paz era también, de cierta manera, ese desenfreno que menciono; esa disposición para emprenderlo todo de una vez, para mantener el ritmo vertiginoso que impuso la guerra.

“En particular, en lo que corresponde a los medios, teníamos mil proyectos -hasta la compra de un canal de televisión, y de varios periódicos-, aunque estábamos conscientes de que el traslado de *La Farabundo* a San Salvador no era tarea fácil. En esa fecha, sin embargo, lo difícil de ese traslado eran cuestiones meramente de orden financiero. En los momentos que siguieron al cese de fuego no alcanzábamos a ver los obstáculos de orden político e ideológico que atentaron después contra el funcionamiento de los mecanismos de propaganda. Sabíamos, por supuesto, de nuestras propias limitaciones de personal, por ejemplo; admitíamos nuestros errores, sobre todo, los devenidos de las manifestaciones de sectarismo que ya habíamos apuntado en otra parte de esta entrevista.

“Pero estábamos seguros de que, con recursos, íbamos a poder seguir siendo lo mismo que durante la guerra, la voz de una vanguardia revolucionaria.

“Estábamos claros de que la paz iba a exigir un cambio profundo de estilo, de lenguaje, de métodos de trabajo; estábamos claros de que ahora sí entrábamos a una competencia que desconocíamos en todos sus detalles, pero eso no nos asustaba.

“Asumíamos que si durante la guerra fuimos capaces de abrirnos un espacio propio, que reconocían amigos y enemigos, durante la paz podíamos mantenernos con el mismo aplomo.

“Te repito, el principal obstáculo que lográbamos percibir era el de los recursos financieros. Eramos entidades dependiente política y financieramente del FMLN, y, ciertamente, el FMLN tenía que hacer frente a demasiadas necesidades de recursos: recursos para su conversión a partido político, recursos para la campaña electoral que se comenzó a preparar casi desde los primeros días de la paz; recursos para apurar la reinserción de los combatientes guerrilleros en a sociedad, recursos para reinstalar a los refugiados, que habían sido una activa base política de la guerrilla durante la guerra; recursos para atender a los lisiados, recursos para todo.

“En efecto, parte de esos recursos procedían de organismos internacionales involucrados en la negociación y comprometidos, en virtud de esa negociación, a sufragar las primeras etapas del proceso de paz. Pero hay que decirlo: las necesidades de recursos sobrepasaban con mucho la ayuda internacional en ese aspecto.

“Sin embargo, los obstáculos que atravesaron los mecanismos de propaganda del FMLN no fueron exacta ni exclusivamente de recursos financieros”.

Para “Nacho” los factores que más gravemente incidieron en la parálisis en que se sumieron los mecanismos de propaganda del FMLN tras la firma de la paz fueron los de indole política.

La crisis interna que comenzó a afectar al FMLN en la etapa de la transición y el exacerbamiento del sectarismo en sus filas, que lamentablemente se agudizó tras el fin de la guerra, son, en su criterio, las causas fundamentales de la parálisis que enfrentaron los mecanismos de propaganda del FMLN a partir de 1992.

“Joaquín” coincide con la versión de “Nacho”: “Ciertamente -agrega-, el problema de los recursos financieros nos golpeó muchísimo. Había mucho de qué ocuparse, en términos financieros, como para asumir en orden prioritario el gasto que significaba una emisora de radio, o una agencia de noticias, no ya clandestina ni rudimentaria, sino con todas las de la ley.

“Pero ese no fue el principal problema que enfrentamos. Pagamos muy caro cada uno de los errores políticos que cometió el FMLN a partir de la firma de la paz. En definitiva, nosotros éramos también, además de ‘comunicadores’, militantes del FMLN.

“No era posible ocultar las desavenencias políticas en el seno de la comandancia, en tanto eran públicas y, lógicamente, sobredimensionadas, por los medios de prensa privados y gubernamentales. No podíamos, como en los años de la guerra, pasar por alto esas cuestiones. Y no sólo no podíamos ocultarlas, sino que había que tomar parte activa en ellas: *La Farabundo*, dependía de las FPL, *La Venceremos*, de lo que era antiguamente el ERP; los conflictos públicos entre las FPL y el ERP, por ejemplo, tenían su eco correspondiente en las radios”.

“Joaquín” apunta otro factor que, en su criterio, incidió también, y de manera negativa, en los mecanismos de propaganda del FMLN: “Terminado el conflicto -dice-, nos dimos cuenta que el cansancio provocado por una guerra tan larga y tan cruenta pesaba demasiado entre la población. En ese sentido, todo lo que de una u otra manera recordara esa guerra debía enfrentar obstáculos adicionales. *La Venceremos* y *La Farabundo* recordaban esa guerra, así que además de los problemas ya mencionados, había que hacer frente al cambio de contexto histórico que se nos encimaba con un cambio de imagen profundo; de imagen, de estilo, de discurso, de lenguaje... Y todo ello, preservando nuestra identidad”.

“Nada de eso fue posible, sostiene “Joaquín: las radios entraron en un proceso que yo definiría como de desintegración, marcado por innumerables indefiniciones en torno a cuestiones medulares y por continuas deserciones de gente que, incluso, había dedicado ya buena parte de su vida a *La Farabundo* o a *La Venceremos...* *Salpress* dejó de existir, y los proyectos anunciados para la arremetida propagandística con vistas a las elecciones no funcionaron... De hecho, en las elecciones presidenciales y legislativas de marzo de 1994, el FMLN perdió, incluso, en zonas como Chalatenango, que había sido considerada, desde siempre, un bastión de la guerrilla..”

IV.2.- PAUTAS TEORICAS PARA UNA POLEMICA

Salvando las diferencias históricas, de contextos y períodos, el fenómeno de la comunicación política del FMLN en los momentos que siguieron a la firma de la paz salvadoreña pareciera revestir ciertas semejanzas con otros dos procesos comunicacionales registrados en América Latina en los que, como en El Salvador, las contradicciones internas de la izquierda contribuyeron determinantemente a una parálisis de los mecanismos de propaganda puestos al servicio del cambio y la transformación: el fenómeno de las radios mineras en Bolivia y el que abarcó los años posteriores al triunfo electoral de Salvador Allende.

Es imprescindible subrayar que la ausencia de bibliografía específica sobre el tema que nos ocupa fuerza irremisiblemente a sustentar el análisis en comparaciones lo más cercanas posibles, y que, en ese sentido, los procesos arriba mencionados resultan los más apropiados para sentar ciertas pautas en torno a esta polémica.

La pretensión de establecer paralelismos con el caso cubano, por ejemplo, no podría considerarse una opción válida en este caso, en tanto los mecanismos de comunicación política que se establecieron en Cuba después de 1959 fueron producto de una situación muy diferente a la que se entronizó en El Salvador en 1992.

El triunfo rebelde en Cuba cambió diametralmente la fisonomía de la isla, dejando en poder del gobierno encabezado por Fidel Castro el control y la dirección de todos los ámbitos de la sociedad. Como el resto de las propiedades privadas, los medios de comunicación fueron nacionalizados y puestos al servicio exclusivo del proceso revolucionario, situación que invalida la posibilidad de análisis comparativos con la coyuntura en que permanece inserta la ahora ex guerrilla salvadoreña.

La victoria de los sandinistas en Nicaragua, en tanto, desencadenó un proceso parecido al de Cuba: aunque en menor medida, porque la reacción interna de la derecha fue mucho más sostenida y sentida que en Cuba, el Frente Sandinista de Liberación Nacional logró también

controlar un segmento importante de los medios de comunicación y utilizarlos a su favor durante una buena parte de su gobierno.

De modo que la chilena, y la boliviana⁵⁴, constituyen experiencias mucho más aplicables para examinar el caso salvadoreño, si, como se pretende, lo que nos ocupa es tratar de desentrañar las causas de la parálisis que aquejó a los mecanismos de propaganda del FMLN en el momento de transición de la guerra a la paz.

El Chile de Allende guarda similitudes con el período que siguió a la firma de la paz en El Salvador, sobre todo porque en uno y otro caso, las fuerzas de la derecha no fueron despojadas de su poder en esa coyuntura. En efecto, existe una diferencia en el hecho de que los medios de la Unidad Popular eran “estatales” y los del FMLN, “opositores”; pero tal disparidad no resulta sustancial para este estudio: la coyuntura misma en que funcionaron los medios de izquierda en Chile, en medio de una gran convulsión social y una incertidumbre extrema, los hacía virtualmente “opositores”.

El fenómeno de las radios mineras bolivianas, en tanto, encierra otras semejanzas aprovechables: la utilización efectiva de las radios como instrumento de propaganda política, de un lado, y de otro, las causas mismas del fracaso de la incidencia de este medio; causas que la bibliografía revisada atribuye, directamente, a controversias políticas internas en la izquierda en ese país.

Las radios mineras bolivianas no sólo abrieron una página importantísima en la historia de la comunicación en esa nación andina, sino que lograron trascender más allá de las fronteras de Bolivia y se irguieron en un ejemplo sin paralelo para las radios sindicales en toda América Latina, asegura la investigadora Teresa Flores Bedrega⁵⁵ en un pequeño ensayo que resume acertadamente los alcances de este fenómeno y, al mismo tiempo, los factores que se imbricaron en su naufragio.

⁵⁴ Nos referimos, concretamente, a las radios mineras en Bolivia (un fenómeno que comenzó a perfilarse en los años 40 y que se mantuvo hasta la década de los 80 con reconocida trascendencia) y al desempeño de la izquierda chilena en materia comunicacional, en el período que siguió a la toma de posesión de Salvador Allende, en 1970.

⁵⁵ Ver Tealdo, A. R. *RADIO Y DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA*, IPAL, Lima, 1989.

De las radios guerrilleras salvadoreñas podrían escribirse cosas parecidas... Los testimonios aquí recogidos sobre la trascendencia de los medios guerrilleros en El Salvador durante la guerra dan fe de ello.

Así como las radios bolivianas convirtieron a los mineros en los protagonistas de su historia, y permitieron la difusión, con las dimensiones que tuvo, de la cuestión minera en Bolivia, *Radio Farabundo Martí* y *Radio Venceremos* fueron creciendo a la par del FMLN, y en su desarrollo, consiguieron hacer de la guerrilla salvadoreña una fuerza beligerante capaz de crear una situación de dualidad de poderes que desembocó finalmente en las conversaciones de paz.

Las radios mineras en Bolivia promovieron una alta conciencia clasista y de solidaridad (Tealdo, A.R., 1989:54-55); también *La Farabundo* y *La Venceremos*. Y como en el caso de las radios bolivianas, las emisoras salvadoreñas enfrentaron obstáculos muy similares: constantes intervenciones militares, falta de recursos económicos y de personal capacitado y problemas de administración.

Pero hay más similitudes, sobre todo por el hecho de que, atenazadas en nuevas coyunturas, las radios mineras en Bolivia, y las radios guerrilleras en El Salvador, enfrentaron problemas de mayor envergadura a los que no pudieron imponerse: las contradicciones internas en el movimiento, y las rivalidades constantes entre las mismas radios (Tealdo, A.R., 1989:57).

Dice Flores Bedrega en su texto que el ascenso en 1985 de un gobierno neoliberal en Bolivia marcó el inicio de una nueva etapa en las relaciones socioeconómicas en el país, a consecuencia de lo cual se inició un reflujó del movimiento popular. Por sus errores -añade- los grupos sindicales perdieron autoridad y prestigio, lo que debilitó sustancialmente al movimiento minero.

“En estas condiciones, las radios mineras entraron en una grave crisis” (Tealdo, A.R., 1989:57), sostiene la autora en una afirmación que, si se analiza el período iniciado tras la firma de la paz en El Salvador, bien podría repetirse para explicar el caso del FMLN y de sus radios.

Armand Mattelart apunta otras claves que igualmente podrían ilustrar ciertos rasgos del fenómeno comunicacional del FMLN en su libro *La Comunicación de Masas en el Proceso de Liberación Nacional*, que desmenuza los aciertos y las limitaciones de la comunicación política de los grupos de izquierda durante el corto período que duró el gobierno de Allende.

Los errores de la izquierda chilena en materia de comunicación de masas radicaron en cuestiones conceptuales de fondo, dice Mattelart, y menciona entre éstas, primero, el hecho de que no todos los sectores de la izquierda concibieron la lucha ideológica como parte integrante de la lucha de clases, y que, en otros casos, no lograron vislumbrar un concepto alternativo de comunicación distinto al que había entronizado la burguesía (Mattelart,A.,1988:11-12).

Ello explica, por ejemplo, el que, como sucediera después en El Salvador, la comunicación política de la Unidad Popular se caracterizara por:

- Empleo de un lenguaje que no respaldó un proceso de toma de conciencia.
- Incapacidad para “capturar” la realidad cotidiana.
- Dificultad para determinar una línea propia y ser consecuente con ella.
- Dificultad para el aprovechamiento de las coyunturas.

La respuesta de las fuerzas de izquierda chilenas en la batalla ideológica que la derecha libró encarnando y reactivando su cultura dominante no fue homogénea, ni se sustentó en una estrategia de planificación que diera respuestas a las demandas de diferentes sectores y ámbitos de la sociedad.

Peor todavía -sigue explicando el texto de referencia-. no se sustentó en un análisis político global bajo la dirección de una vanguardia revolucionaria unitaria.

Para Mattelart es precisamente en la resolución de esa ausencia de unidad interna donde radica el gran desafío para las fuerzas de izquierda en el terreno comunicacional. El pluripartidismo -dice- puede convertirse en el fragor de la batalla ideológica contra la burguesía en un

plurisectarismo donde aniden las posiciones tácticas y estratégicas más diversas (Mattelart,A.,1988:112-113).

A la luz de la información compilada para esta investigación, los medios de comunicación del FMLN adolecieron de muy semejantes desaciertos en los momentos que siguieron a la entrada del cese de fuego, en los que no hubo una respuesta unánime de la comandancia rebelde en relación con la nueva misión que deberían asumir los medios, ni hubo una conciencia clara en torno a la prioridad que tendría que asegurarse a las tareas propagandísticas. El plurisectarismo al que alude Mattelart en la batalla ideológica chilena hizo estragos también en el interior del FMLN en el período que aconteció una vez terminada la guerra, afectando considerablemente el desempeño de los medios propagandísticos de la izquierda en El Salvador.

Y hay más en el texto de Mattelart; algo que de alguna manera advirtieron Lewis P. y Booth J. cuando afirmaban que “hay que intentar diseñar un nuevo estilo de comunicación que corresponda con las necesidades de la movilización de la población” (Lewis,P; Booth J.,1992:235-237), y que inferieron en sus declaraciones “Nacho”, “Joaquín”, “Ricardo” y otros de los protagonistas de la propaganda guerrillera salvadoreña: “el fenómeno periodismo-comunicación -como asevera Mattelart- no es una invención antigua entrecortada y abandonada por el genio de Guttenberg u otro milagroso adelanto tecnológico (...) No basta tener al alcance a un diario, una revista o una radio y poner periodistas de izquierda en ellos para conseguir un instrumento de transformación revolucionaria” (Mattelart,A.,1988:17-20).

IV.3.- OTRAS PAUTAS PARA LA MISMA POLEMICA

El 16 de marzo de 1997, cinco años después de la entrada en vigencia de los Acuerdos de Paz, los salvadoreños volvieron a las urnas para elegir a un nuevo Parlamento y a los 262 alcaldes que necesita el país: “San Salvador se convirtió ayer en un verdadero desfile de banderas políticas en ocasión de los comicios para alcaldes y diputados”, señalaba en su nota un enviado especial del diario mexicano *Reforma*⁵⁶, que, no obstante, dejaba en claro la “desorganización evidente” y el “abstencionismo alarmante” que caracterizaron la jornada.

Era la segunda vez, desde el fin de la guerra, que la población participaba en una contienda de este tipo; pero tal premisa en modo alguno imprimió el entusiasmo y la participación que debiera esperarse en una nación que apenas un lustro atrás se estremecía por el estallido de las bombas.

Por el contrario, la paz parece haberse traducido finalmente en una “desesperanza explosiva” que echó por tierra aquello que durante la guerra los analistas destacaban como la “amplia politización de las masas” que marcaba al más pequeño país de Centroamérica; y ello, porque ni el partido ARENA, vencedor en las elecciones de 1994, ni la oposición, han logrado satisfacer las demandas de millones de salvadoreños y, por tanto, no constituyen hoy alternativas válidas para superar la crisis.

“Las secuelas psicológicas y económicas de la guerra en El Salvador se entremezclan hoy con sus causas, en una espiral negativa que transformó el alivio por el fin de la guerra en una desesperanza explosiva mucho peor que la que se vivió en el país en los años 70, porque, ahora, no hay un proyecto político que le dé cabida”, es la explicación de *Reforma* en un extenso artículo que examina el preámbulo electoral⁵⁷ a partir de

⁵⁶ Ver “El Salvador, un día de abstencionismo”, de Carlos Dada, en *Reforma*, 17 de marzo de 1997, página 34A

⁵⁷ Ver “Secuelas de la guerra”, de Wim Gijssbers, en *Reforma*, 14 de marzo de 1997, página 20A

elementos que, como los mencionados en el acápite anterior, podrían también contribuir a sentar otras pautas para este debate.

Cinco años después, la realidad de El Salvador parece avalar la hipótesis planteada en torno al fracaso del FMLN en su intento de lograr tras la negociación lo que había tratado de conquistar por la vía de las armas, y en torno a la parálisis que este fracaso desencadenó en los mecanismos de propaganda de la ahora ex guerrilla, como consecuencia directa de ese fenómeno.

De acuerdo con el texto publicado en *Reforma*, mientras el déficit comercial registrado en 1996 se ubicaba en poco más de mil 550 millones de dólares, las autoridades cuantificaban en 20 mil los jóvenes involucrados en las temidas “maras”, o bandas de delincuentes; una cifra inferior, incluso, al número de guerrilleros que se estimaba en los inicios de los años 90.

“La pobreza es hoy mayor que nunca y aunque la guerra civil ha terminado, las armas siguen cobrando miles de víctimas. El país se ha convertido en el más violento del continente, por encima de Colombia y Brasil, con más de ocho mil muertos por homicidios y más de 14 mil lesionados por las mismas causas en 1996”, asegura *Reforma*.

Y agrega: “Las causas de la guerra civil -la injusticia social, los fraudes electorales y la impunidad- no han desaparecido. Miles de personas lo dieron todo sólo para ver que estas causas siguen en pie y peor que antes; y eso genera frustración, coraje e indiferencia (...) El gobierno no toma iniciativas, y la oposición no ofrece ninguna alternativa. Por ende, la gente busca sus propios escapes”...

Más todavía: hoy, en El Salvador, existe una visible ausencia de canales de movilización para la población que ni el gobierno ni lo que queda del FMLN logran llenar, sigue diciendo *Reforma*.

“Durante la guerra -precisa- la gente estaba dispuesta a esperar y a aguantar, pero ahora se ha acabado su paciencia y cada quien prefiere rebuscarse por sí mismo, en lugar de agruparse en una organización gremial o sindical ..Y como la corrupción generalizada es más evidente

que durante la guerra -asegura el diario-, a muy pocos jóvenes le importa si el trabajito que buscan es algo violento o pacífico”.

Algo muy parecido lamentaba también unos días antes de los últimos comicios Monseñor Gregorio Rosa Chávez, Obispo Auxiliar de San Salvador, cuando admitía que, ni siquiera la Iglesia católica, que tanto arraigo consiguió entre la población en los años del conflicto, estaba hoy en posibilidades de ofrecer alternativas para hacer frente a una “sociedad incrédula y peligrosamente individualista”.

Desde su óptica, cinco años después de terminado el conflicto bélico, El Salvador es un país “a la deriva, vacío de liderazgo...”, donde los dirigentes políticos han perdido credibilidad, y no están en condiciones de encauzar y capitalizar la energía de una población que se sumerge cada vez más en la ausencia de compromiso y en posiciones de individualismo extremo⁵⁸.

Rosa Chávez no es exactamente un comunicador, ni lo que podría definirse como un militante de izquierda, si bien fue una de las personalidades de la jerarquía eclesial salvadoreña que más se destacó, en los años de la guerra, por sus incansables gestiones en búsqueda de la paz. Sin embargo, y aunque sus quejas van más dirigidas hacia el papel de la Iglesia, su apreciación sobre la actual problemática en El Salvador apunta hacia cuestiones que atañen al tema que nos ocupa.

Para Rosa Chávez, la labor pastoral fue “más fácil” durante la guerra, con figuras como Monseñor Romero, “porque sus palabras tenían un compromiso social que no necesitaba demostrarse” “Ahora -dice- vivimos un reacomodo de fuerzas en medio del cual sigue sin respuesta una pregunta: ¿Cómo hacemos hoy este trabajo con la misma sensibilidad que durante la guerra”.

“Las palabras del buen samaritano son muy prácticas en períodos de conflicto, pero en épocas de paz es más difícil encontrar al hombre tirado en la orilla del camino”, sostiene Rosa Chávez, pidiendo encontrar, con urgencia, “una envoltura más atractiva para mostrarle a

⁵⁸ Ver “Las armas de la Iglesia”, de Wim Gysbers, en *Reforma*, 15 de marzo de 1997, página 16A

los grupos marginales que estamos de su lado, ahora que el marxismo está en crisis y el neoliberalismo en su apogeo”...

La interrogante sobre cómo trabajar con la misma sensibilidad que imponía el conflicto bélico es tan válida hoy para la Iglesia salvadoreña como para el FMLN; la necesidad de hallar una envoltura más atractiva para la labor propagandística, también.

De hecho, podría afirmarse que esta falta de sensibilidad y de envoltura atractiva constituye parte fundamental de la esencia del proceso que hemos llamado parálisis de los medios de comunicación del FMLN: los errores políticos en que se sumió la ahora ex guerrilla salvadoreña le impidieron imprimir a su esfuerzo propagandístico una envoltura diferente, pero igualmente atractiva, para hacer frente a la nueva coyuntura histórica que se inauguraba en el país.

O dicho de otra manera: el FMLN no consiguió mostrar, en la paz, a través de sus mecanismos de propaganda, la sensibilidad que manifestó durante la guerra para abrirse espacios y fortalecerse internamente.

En efecto, el pasado 16 de marzo, la alcaldía de San Salvador, la más codiciada de todo el país, fue ganada por una coalición de partidos que encabezó el FMLN, pero su triunfo fue atribuido por los analistas al visible desgaste económico del partido ARENA: el sentimiento concordante entre la población anticipa un voto de castigo para ARENA, alertaba *Reforma* dos días antes de los comicios, insistiendo en que “no es que (la gente), de repente, esté a favor del FMLN, sino que en sus conciencias existe una gran desilusión del gobierno”⁵⁹.

El propio Héctor Silva, el nuevo alcalde de San Salvador, reconocía ante medios diversos que su victoria se debió a que su candidatura no surgió de un solo partido, sino de una coalición de grupos políticos, “de la sociedad civil”, para citar sus palabras textuales. Y a otro factor que considera de peso: “mi programa de gobierno -dijo- es muy poco politizado...”⁶⁰.

⁵⁹ Ver “Las secuelas de la guerra”, de Win Gysbers, en *Reforma*, 14 de marzo de 1997, página 20A

⁶⁰ Ver “Lección de perseverancia”, de Carlos Dada, en *Reforma*, 22 de marzo de 1997, página 17A

Silva insiste en que el FMLN constituye en estos momentos el único sector de la oposición que ha logrado convertirse en fuerza política mayoritaria, y asegura que su triunfo electoral es “una lección de perseverancia” de la que la izquierda latinoamericana debería tomar buena nota. Pero admite que la ex guerrilla enfrenta hoy una “responsabilidad inmensa”. El futuro del país -vaticinó- dependerá de que el FMLN logre madurar y ser capaz de administrar su cuota de poder.

Los últimos reportes del Tribunal Supremo Electoral en San Salvador indicaban a fines de marzo que los resultados de las votaciones daban un empate virtual a ARENA y al FMLN, con 29 y 27 diputados, respectivamente, en el Parlamento. ARENA, sin embargo, obtuvo 160 alcaldías, y el FMLN, 54, una cifra que, no obstante, es muy superior a la conseguida por la ex guerrilla en 1994, cuando se presentó sola a las elecciones generales.

La alusión a esta información no tiene el propósito de demeritar la afirmación de Silva sobre la mayoría que representa hoy el FMLN dentro de la oposición, ni mucho menos minimizar la lección de perseverancia de la que hablaba el nuevo alcalde de San Salvador. Según sus propias declaraciones, “no se esperaba un margen tan amplio de triunfo para el FMLN a nivel nacional”, y eso ya es ganancia...

Si se incluyen aquí los resultados de las elecciones es porque, en buena medida, avalan la preocupación de Rosa Chávez en cuanto a la necesidad apremiante de esa sensibilidad y esa nueva envoltura para atraer a esa amplia masa poblacional que sigue, tal y como indica el porcentaje de abstencionismo calculado sólo en San Salvador -casi el 60%- manteniéndose al margen de compromisos.

“La gente sigue teniendo religiosidad, pero sin compromiso, individualista”, decía Rosa Chávez argumentando la viabilidad de su planteamiento, en una frase que bien podría traducirse en otros términos: una población acostumbrada durante tantas décadas a profundos niveles de organización y politización como lo es la población salvadoreña no puede haber perdido, así, de un plumazo, esa capacidad que le fue reconocida de un lado y de otro

A la oposición le falta, otra vez, sensibilidad y creatividad para dinamitar ese equilibrio de fuerzas y esa apatía generalizada que evidenció la contienda electoral. Le faltó en el periodo que transcurrió después de la firma de la paz, cuando, a causa de los errores ya vistos, no supo cómo manejar sus estructuras propagandísticas en tan complicado tablero. Le volvió a faltar ahora que sus mecanismos de propaganda revisten matices muy diferentes a los que los caracterizaron durante la guerra y que, a ojos vista, no logran conseguir la misma incidencia.

UN ACAPITE OBLIGADO

La última entrevista fue la más difícil de transcribir. Por momentos, "Joaquín" variaba el tono de sus declaraciones y hablaba de *Salpress* con otro acento; de su hermano, que murió en combate en 1981, de su padre, que había muerto mucho antes, y de "Chusón". "Nacho", más parco en sus emociones, también, por momentos, cambiaba el tema o echaba mano al silencio y se sumía quién sabe en qué reflexiones...

Estaban, finalmente, hablando de sus propias vidas, de sus ilusiones, sus sacrificios, y sus frustraciones; de lo que pudo ser y no fue, pese al elevadísimo costo de vidas y esperanzas; de lo que se debió haber hecho y no se hizo...

Por ratos, daba la impresión de que se sentían injustificadamente críticos; y, en efecto, en sus testimonios hubo siempre, sobre todo, mucho de orgullo por la decisión que tomaron cuando se incorporaron a la guerrilla, y de reconocimiento implícito y explícito a quienes, como ellos, con todo y errores, intentaron un proyecto diferente en El Salvador.

Esta investigación, pues, no puede menos que terminar así, con un reconocimiento para "Joaquín", "Nacho" y para quienes con un heroísmo que no atenúan los fracasos posteriores, lograron poner en marcha una estructura de propaganda como la que desarrolló el FMLN; una estructura que no existió en ningún otro movimiento guerrillero en América Latina y que permitió sentar las bases políticas para que hoy pueda ser cuestionada.

Y con un reconocimiento, obligado también, para numerosos periodistas de diferentes nacionalidades que con sus notas, e incluso, con sus vidas, nutrieron ese heroísmo.

CONCLUSIONES

El análisis de los mecanismos de propaganda utilizados en El Salvador por la guerrilla durante los años que abarcó el conflicto bélico, y luego, la transición a la paz, permite constatar la indisoluble relación existente entre los medios de comunicación, las organizaciones políticas que le dan vida las necesidades históricas y políticas de cada coyuntura.

Así, es preciso puntualizar que:

1. Los mecanismos de propaganda guerrillera que operaron en El Salvador surgen a finales de la década de los 70, cuando el estallido del conflicto bélico era casi inminente, a consecuencia de la compleja coyuntura histórica que vivía el país.
2. Nacida del seno de la incipiente guerrilla, la propaganda política de la izquierda armada salvadoreña se nutrió de la experiencia acumulada por la prensa opositora surgida tras la fundación del Partido Comunista, en los años 30, y de los mecanismos y formas de comunicación implementados por las poderosas comunidades cristianas de base que se desarrollaron en el país también en los años 70.
3. El surgimiento de la propaganda guerrillera salvadoreña fue, pues, determinado por una toma de conciencia acerca de la importancia estratégica de la propaganda política para los fines insurgentes, que se consolidó casi aparejada a la conciencia de la urgencia de la lucha armada.
4. Las condiciones propias de El Salvador en esta etapa, la inexistencia de caminos legales para la expresión de los sectores de oposición, y la gestación cada vez más acelerada de la guerra de guerrilla, conminaron a la parte rebelde a concebir como puentes para su comunicación con las masas una amplia diversidad de mecanismos de propaganda que se caracterizaron por su agilidad y creatividad, y que desempeñaron su rol en medio de riesgosas condiciones de clandestinidad y guerra de guerrilla.

5. La propaganda guerrillera en El Salvador fue concebida desde sus inicios como una acción programada de adoctrinamiento de la acción revolucionaria, indisolublemente entrelazada con la agitación, la información y la organización de las masas.

6. Así, definir el carácter de la propaganda guerrillera en El Salvador implica considerarla como una propaganda de tipo política, elaborada y ejecutada con miras a la toma del poder.

7. Se trata, pues, de una propaganda política guerrillera, que nació en virtud de la necesidad de los grupos insurgentes de darse a conocer, crecer y ganar adeptos para su causa en condiciones de violencia y represión que no dejaron resquicio a fórmulas de expresión diferentes.

8. El término guerrillera, define, así, un ingrediente esencial de la propaganda del FMLN: lo guerrillero implica:

- clandestinidad, y la clandestinidad, a su vez, agilidad y creatividad,
- la necesidad de gran diversidad de mecanismos de propaganda
- mecanismos de comunicación que definimos como alternativos, en tanto surgen de la necesidad de abrirse espacios en otros canales de comunicación y por otras vías; y en tanto responden a una urgencia alterativa.

9. Pese a la diversidad referida de mecanismos utilizados, el FMLN concibió desde los inicios a la radio como un arma estratégica de su arsenal político, como el mecanismo idóneo de propaganda en las condiciones de guerra. Hubo varios factores que confluyeron en esa dirección:

- la guerra misma, que implicaba una concientización política más profunda y que abarcara a sectores más amplios de la población, y no exclusivamente a los militantes de izquierda;
- las características particulares de El Salvador, con un alto porcentaje de analfabetismo;
- las dificultades que en cuanto a recursos financieros acumulaban las fuerzas guerrilleras, que obligaron a priorizar medios que resultaran menos costosos, pero de mayor alcance

10. Las radios guerrilleras resultaron, a la vez, causa y efecto del proceso revolucionario salvadoreño. Fueron fruto de una acumulación de experiencias políticas y propagandísticas, y de una muy convulsa situación social. Y se consideran entre los principales catalizadores del proceso mismo: potenciaron y fortalecieron la experiencia propagandística de la guerrilla, y con ella, su incuestionable condición de fuerza beligerante.

11. Amén de las radios, la guerrilla contó con una impresionante red de mecanismos de propaganda a lo largo de toda la guerra: equipos de cine, de agencias de noticias, de periódicos y revistas que circularon, incluso, y durante varios años, fuera de El Salvador, y le garantizaron al FMLN una amplia difusión del fenómeno salvadoreño, lo que se tradujo en una amplia solidaridad de numerosos sectores en los cinco continentes y en un fortalecimiento del trabajo diplomático de la guerrilla.

12. La propaganda guerrillera, y sus estructuras, fueron variando en dependencia de las condiciones que fue imponiendo el conflicto bélico; así, podrían definirse varias etapas en su evolución:

- **La década del 70**, y sus características propias, propiciaron el surgimiento de la propaganda política de los grupos que después integrarían el FMLN. La concepción propagandística de la oposición armada en esos momentos se centraba más en una propaganda hacia el interior de las organizaciones político-militares que aparecían en el país, y hacia sectores específicos de la población, particularmente en zonas rurales, sindicatos, universidades e institutos de educación media. En esta etapa, la guerrilla utilizó como mecanismos de propaganda los medios escritos y las acciones de propaganda armada -tomas de radioemisoras, carteladas, etc-.
- **A partir del inicio de la guerra, en 1981**, la propaganda guerrillera incorporó nuevos medios a su arsenal, las radios, y posteriormente agencias de noticias, cine y video. **Entre 1982 y 1985**, la concepción propagandística del FMLN desplegada en los años 70 se fortaleció con la adopción de un criterio de "propaganda integral" y se delineó con mejores trazos. se priorizaba la propaganda hacia el interior de las bases guerrilleras, y hacia lo que constituía su base de apoyo la población rural. Las acciones guerrilleras, sobre todo, y las

violaciones a los derechos humanos, participación abierta de Estados Unidos en el conflicto salvadoreño y la organización y movilización de sectores sindicales y estudiantiles de la población, constituían los pilares fundamentales de la propaganda guerrillera en este período. A partir del inicio de la guerra quedó en evidencia otra de las características de la propaganda guerrillera en El Salvador: la participación destacada de profesionales no salvadoreños que se incorporaron a estas tareas, sobre todo en la radio y los equipos de cine y video; y la participación de la población civil de las zonas bajo control rebelde en toda la complicada logística que implicaba el funcionamiento, por ejemplo, de las radios rebeldes. Sin la colaboración de miles de campesinos, las radios, por ejemplo, difícilmente hubieran sobrevivido a los primeros años de la guerra, de acuerdo con los testimonios acopiados para esta investigación.

- ***Entre 1986 y 1988*** la propaganda guerrillera se abocó a una etapa de afianzamiento, que supuso un desarrollo más consciente de cada uno de los medios y de toda la red de medios estructurada por el FMLN. Las exigencias de la guerra demandaban un perfeccionamiento en el estilo y lenguaje de los medios, una diversificación de las líneas informativas fundamentales, y una mayor cohesión de las estructuras de propaganda, dentro y fuera del país. La guerra de baja intensidad emprendida por Estados Unidos, las violaciones a los derechos humanos, los avances guerrilleros en el terreno militar y en el político, y la organización popular, continuaban siendo las temáticas principales de la propaganda guerrillera, a la que se empezaba a sumar el tema de las negociaciones, luego que en 1984, gobierno y guerrilla iniciaran el proceso que concluyó con la paz en 1992. Surgió en esta etapa la Comisión de Prensa y Propaganda del FMLN, las llamadas “Brigadas Culturales”, que vinculaban a los medios con otras formas de comunicación, como teatrillos y grupos musicales, y los “Sistemas de Comunicación”, que permitían a los medios contar con estructuras más interrelacionadas, y con centros de monitoreo e información que se establecieron fuera de El Salvador, por condiciones de seguridad y logística. Siguiendo la premisa de que “la guerra hay que cantarla, escribirla y fotografiarla”, en esta etapa se produjeron alrededor de seis filmes y varios videos que se difundieron, sobre todo, en el exterior. Las agencias de noticias,

Salpress y *Notisal*, en tanto, fortalecieron su tarea y lograron funcionar mancomunadamente durante algún tiempo en este período.

- ***El desempeño de los mecanismos de propaganda acumulado hasta 1988 permitió a los medios guerrilleros llegar a su mayoría de edad en 1989***, cuando las circunstancias del conflicto requirieron un desarrollo superior del rol de estas estructuras. A partir de la ofensiva de noviembre de 1989, la propaganda guerrillera sufrió otras modificaciones: se “depuró” el número de medios, priorizando, fundamentalmente, a las radios *-La Farabundo* y *La Venceremos-* y a *Salpress*. El resto de los medios se diluyó en estos, que pasaron a constituir los ejes fundamentales de la propaganda que comenzó a delinearse luego de terminada la ofensiva. Para el momento de la ofensiva, las radios, con su agilidad y creatividad desplegadas, habían demostrado la eficacia de su rol como armas políticas del conflicto.
- A partir de 1990, cuando la guerrilla se abocó a un proceso negociador serio, los mecanismos de comunicación del FMLN pasaron a una nueva etapa de su desarrollo. La paz, sobre todo, se irguió en el principal tema de la línea informativa de los medios rebeldes; pero el proceso que concluyó con la firma del cese de fuego colocó a los medios ante retos que no pudieron sortear, a causa de las oscilaciones propias que trajo aparejada esta etapa, y de las indefiniciones e incertidumbres que azotaron al FMLN a partir de este período.

13. El análisis de los mecanismos de propaganda del FMLN en los años de la guerra deja en claro el vínculo inseparable entre medios-organizaciones políticas y coyunturas históricas; y ello si tomamos en cuenta cómo fueron adaptándose los mecanismos de propaganda a cada una de las circunstancias impuestas por el conflicto bélico, la incidencia que alcanzaron estos medios y el desarrollo que imprimieron a las fuerzas guerrilleras, dentro y fuera del país, donde la influencia de los mecanismos de propaganda política de la insurgencia salvadoreña lograron éxitos numerosos. La guerra en El Salvador hubiera sido virtualmente imposible sin el desarrollo de estos mecanismos de propaganda, a quienes se debe, en buena medida, el hecho de que la guerrilla consiguiera convertirse en lo que fue.

14. A lo largo de toda la guerra, sin embargo, junto a la creatividad, la agilidad, la diversidad y la efectividad de los mecanismos de propaganda de la guerrilla, se fueron acentuando las limitaciones intrínsecas con las que nació la propaganda política de la izquierda salvadoreña. Sumado a la falta de recursos humanos y técnicos, que en mucho afectó el desarrollo de los medios de comunicación, el sectarismo que desde el principio se entronizó en la propaganda guerrillera en El Salvador, afectó muy negativamente el desempeño de los medios insurgentes. De acuerdo con las fuentes consultadas, este sectarismo incidió después no sólo en la parálisis que sufrieron los medios una vez iniciado el proceso de paz, sino que también durante la guerra restó incidencia a los medios, y fuerza, en tanto implicó siempre una disgregación innecesaria de los pocos recursos con que contaron las estructuras de propaganda del FMLN.

15. El sectarismo característico en los mecanismos de propaganda de la guerrilla salvadoreña tiene su origen en el propio sectarismo con el que se formó el FMLN, integrado por cinco organizaciones político-militares cuyos esfuerzos por consolidar una dirección unificada nunca resultaron satisfactorios.

16. Tras el inicio de la etapa de negociaciones que concluyó con el cese de fuego, este sectarismo comenzó a hacerse más evidente, en tanto fueron más evidentes las contradicciones entre cada una de las cinco organizaciones del FMLN en torno a decisiones estratégicas relacionadas con la paz.

17. El análisis de los mecanismos de propoganda del FMLN en el período que abarcó el proceso de negociaciones y luego la transición de la guerra a la paz deja nuevamente en claro el vínculo entre medios-organizaciones políticas y coyunturas históricas: la ausencia de una dirección única y sólida y la crisis política en que se sumió el FMLN luego de la entrada en vigencia del cese de fuego tuvieron sus efectos directos en el desempeño de los mecanismos de propaganda ex guerrilleros en esta etapa, que terminaron desarticulándose o cambiando diametralmente su esencia y contenido.

18. La realidad que exhibe El Salvador cinco años después de terminada la guerra resulta prueba fehaciente de la incapacidad demostrada por las

fuerzas de izquierda salvadoreñas para desempeñar su cuota de poder; y en ese sentido, ilustra, con otros elementos, la relación medios-organizaciones políticas-coyunturas históricas que ocupa el tema central de esta investigación.

México, D.F., Abril de 1997

BIBLIOGRAFIA

- Bassets, Lluís *DE LAS ONDAS ROJAS A LAS RADIOS LIBRES*, Ed.G.Gilli, Barcelona, 1981.
- Bermúdez, Liliam *GUERRA DE BAJA INTENSIDAD. REAGAN CONTRA CENTROAMERICA*, Ed.Siglo XXI,México, 1987.
- Castañeda, Jorge G. *LA UTOPIA DESARMADA*, Ed. Planeta, México, 1993.
- Castellanos, Horacio *LA DIASPORA*, UCA Editores, San Salvador, 1991.
- Cortina, María *EL SALVADOR, MEMORIA INTACTA*, Colección ROTATIVA, Veracruz, 1990.
- Dalton, Roque *HISTORIAS PROHIBIDAS DE PULGARCITO*, Ed. Siglo XXI, México, 1982.
- Dalton, Roque *EL SALVADOR. MONOGRAFIA*, Ed.Casa de las Américas, La Habana, 1965.
- Dalton, Roque *MIGUEL MARMOL. LOS SUCEOS DE 1932 EN EL SALVADOR*, Editorial UCA, San José, 1972.
- Eco, Umberto “Una nueva era en la libertad de expresión”, En: Bassets,L. *DE LAS ONDAS ROJAS A LAS RADIOS LIBRES*, Ed G.Gilli, Barcelona, 1981.
- Fanon, Frantz “Aquí la voz de Argelia”, En Bassets,L. *DE LAS ONDAS ROJAS A LAS RADIOS LIBRES*, Ed.G.Gilli, Barcelona, 1981

- Ferrer R.,Eulalio *POR EL ANCHO MUNDO DE LA PROPAGANDA POLITICA*, De. Enfesa, México.
- Flores,B.,Teresa “Las radios de los mineros bolivianos”, En: Tealdo,A.R., *RADIO Y DEMOCRACIA EN AMERICA LATINA*, IPAL, Lima, 1989.
- Fox, Elizabeth *MEDIOS DE COMUNICACION Y POLITICA EN AMERICA LATINA: LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA*, Ed.G.Gilli, Barcelona, 1989.
- Galeano, Eduardo *MEMORIAS DEL FUEGO III. EL SIGLO DEL VIENTO*, Ed.Siglo XXI, México, 1986
- Hale, Julián *LA RADIO COMO ARMA POLITICA*, Ed.G.Gilli, Barcelona, 1979.
- Jiménez, Liliam *EL SALVADOR. PROBLEMAS SOCIOECONOMICOS ACTUALES*, Ed.Casa de las Américas, La Habana, 1985.
- Lenin, V.I. *ACERCA DE LA PRENSA*
- Lewis,P; Booth,J. *EL MEDIO INVISIBLE. RADIO PUBLICA, PRIVADA, COMERCIAL Y COMUNITARIA*, Ed.Paidós, Barcelona, 1992.
- Lieves, Karin *EL QUINTO PISO DE LA ALEGRIA*, Ed.Sistema Venceremos, El Salvador, 1986.

- López V. Italo *EL PERIODISMO EN EL SALVADOR. BOSQUEJO HISTORICO-DOCUMENTAL PRECEDIDO DE APUNTES SOBRE LA PRENSA COLONIAL HISPANOAMERICANA*, Ed. Universitaria, San Salvador, 1964.
- López, V. Ignacio *LAS MIL Y UNA HISTORIA DE RADIO VENCEREMOS*, UCA Editores, San Salvador, 1994.
- Lungo, Mario *EL SALVADOR, 1981-1984. LA DIMENSION POLITICA DE LA GUERRA*. UCA Editores, San Salvador, 1984.
- Mattelart, Armand Ruptura y continuidad en la comunicación: puntos para una polémica. En Garretón, M.A. *CULTURA Y COMUNICACION DE MASAS*, Ed. Laia, Barcelona, 1976.
- Mattelart, Armand *LA COMUNICACION MASIVA EN EL PROCESO DE LIBERACION*, Ed. Siglo XXI, México, 1988.
- Montecinos, Ivan C *NO HAY GUERRA QUE DURE CIEN AÑOS... EL SALVADOR 1979-1992* (Recopilación fotográfica) Equipo MAIZ, San Salvador, El Salvador, 1993.
- Moragas, Miquel *SOCIOLOGIA DE LA COMUNICACION DE MASAS. PROPAGANDA POLITICA Y OPINION PUBLICA*, Ed. G. Gilli, México, 1993.
- Pinto, Jorge *EL GRITO DEL MAS PEQUEÑO*, Ed. Comete, México, 1988.

- Reyes M., Fernando *COMUNICACION ALTERNATIVA Y BUSQUEDAS DEMOCRATICAS*, Ed.Friedrich Ebert Stiftung, México, 1983.
- Sol, A., Ricardo La comunicación de la iglesia católica en El Salvador, en Fox E. *MEDIOS DE COMUNICACION POLITICA EN AMERICA LATINA: LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA*, Ed.G.Gilli, Barcelon, 1989.
- Taufic, Camilo *PERIODISMO Y LUCHA DE CLASES. LA INFORMACION COMO FORMA DE PODER POLITICO*, Ed.Nueva Imagen, México, 1977.
- Tealdo, Ana Rosa *RADIO Y DEMOCRACIA EN AMERICA LATINA*, IPAL, Lima, 1989.
- Tuchman, G. *LA PRODUCCION DE LA NOTICIA. ESTUDIO SOBRE LA CONSTRUCCION DE LA REALIDAD*. Ed.G.Gilli, Barcelona, 1983.
- Vartos *EL SALVADOR. TESTIGOS DE LA GUERRA*, Ed.Planeta, México, 1990.
- Villalobos, Joaquín *UNA REVOLUCION DEMOCRATICA PARA EL SALVADOR*, Ed.Sistema Venceremos, El Salvador, 1989.

Información cablegráfica elaborada entre 1983 y 1994 por parte las agencias *PRENSA LATINA, AFP, REUTERS, AP* y *UPI*.

Diarios mexicanos *La Jornada, El Día* y *Reforma*

RELACION DE ENTREVISTADOS

“Nacho” (Armando Salazar)

“Milton”

“Joaquín” (Juan José Dalton Cañas)

“Chusón” (Antonio de Jesús Cardenal Caldera)

“Rebeca” (Lorena Peña Mendoza)

“Ricardo” (Ricardo Lucio Bracamontes Gómez)

Douglas Farah (corresponsal de *The Washington Post* para Centroamérica y el Caribe)

Blanche Petrich (periodista del diario *La Jornada*)

Irene Selser (periodista de la agencia *AFP*)